



La historia de
las preguntas

¿Por Qué?

una historia de la
filosofía para niños

de José Ezcurdia

La historia de
las preguntas
**¿Por
Qué?**

una historia de la
filosofía para niños

texto de José Ezcurdia / ilustraciones de Juan Ezcurdia

Primera edición, 2001

© 2001, José Ezcurdia

Esta publicación no puede reproducirse toda o en partes, para fines comerciales, sin la previa autorización escrita del titular de los derechos.

a Martín, con un abrazote y un besote de su tío José

a Pablo y a Claudia por ayudarme a enderezar estas letras



*Este texto se redactó gracias al apoyo del FONCA
en su Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales*

La historia de
las preguntas

¿Por
Qué?

ÍNDICE

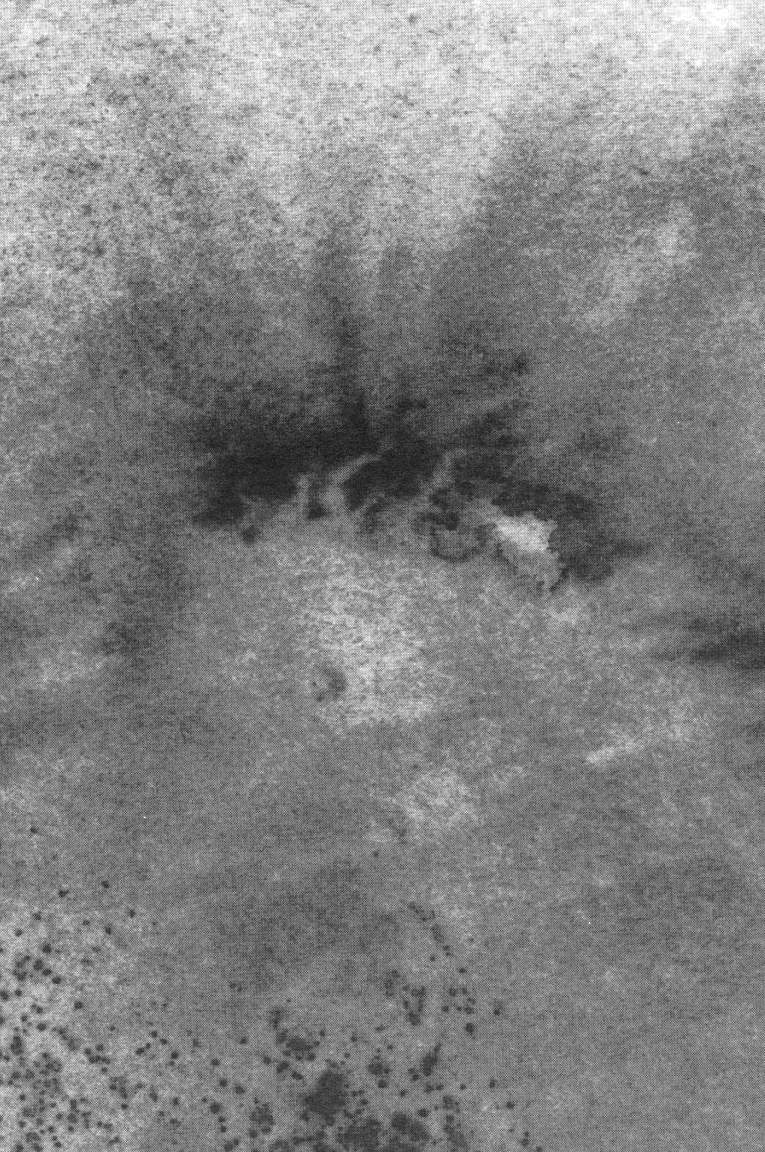
GRECIA Y EL NACIMIENTO DE LA FILOSOFÍA 13

Tales de Mileto	17
Anaxímenes	19
Anaximandro	21
Pitágoras	25
Heráclito	31
Parménides	34
Empédocles	35
Demócrito	39
Protágoras	45
Sócrates	49
Platón	53
Aristóteles	61

LA EDAD MEDIA 65

San Agustín	67
San Francisco de Asís	73
San Anselmo	77
Sto. Tomás de Aquino	81
Guillermo de Occam	89

EL RENACIMIENTO	91
Pico de la Mirándola	92
Giordano Bruno	95
Leonardo da Vinci	103
LA MODERNIDAD	109
Francis Bacon	111
Descartes	112
Spinoza	117
Leibniz	121
Hume	126
Kant	131
Hegel	136
Marx	139
Nietzsche	143
Sartre	150
EPÍLOGO	155



GRECIA Y EL NACIMIENTO DE LA FILOSOFÍA

En la antigua Grecia, hubo unos hombres a los que se llamó filósofos, o amantes de la sabiduría.

Estos hombres vivían en ciudades en las que no había altos edificios, luz eléctrica, ni grandes avenidas repletas de camiones ruidosos. En realidad, estas ciudades, aunque muy bellas, ya que tenían magníficas construcciones, eran del tamaño de un pueblo de la época actual. Dar un breve paseo desde el centro, era suficiente para llegar a la muralla de la ciudad, y encontrarse con el campo abierto.

Tal vez te preguntarás, ¿qué tienen que ver las ciudades de la antigua Grecia, las cuales eran pequeñas y no tenían edificios, ni electricidad, ni camiones, con la filosofía y los filósofos?

Bueno, es que los hombres de aquella época, como no tenían televisión, radio, ni cines con los cuales entretenerse, se sentaban como pasatiempo todas las tardes (y a veces todo el día) a contemplar y a disfrutar del paisaje.

Veían cómo el sol cada día se ocultaba por el horizonte, coloreando el cielo de rojo, para desaparecer totalmente, y dejar su lugar a la noche serena y estrellada, y a la luna con su luz de plata.

También los hombres de esa época miraban el paso de las estaciones, y cómo el caluroso verano, poco a poco, se iba para

que llegara el otoño que quitaba sus hojas a los árboles y le daba al azul del cielo un tono más intenso.

En fin, los griegos de la antigüedad eran grandes observadores, pues les gustaba contemplar a la naturaleza.

Ahora bien, un día, estos hombres comenzaron a preguntarse ¿por qué es que la naturaleza se viste de colores tan bellos?, ¿por qué es que el aire puede soplar tan fuerte en el invierno?, y ¿por qué el sol no se apaga, y además da tanto calor?

Los hombres de la antigüedad empezaron a preguntarse el *¿por qué?* de todo lo que veían.

Entonces tuvieron una gran discusión. Algunos, repitiendo las enseñanzas de sus antepasados, decían que todas las cosas eran dioses. Que la lluvia era un dios; que el rayo era un dios; y que el sol era otro dios... Y que los caprichos de los dioses y las peleas entre ellos, eran la causa del calor en el verano, de las tormentas y los fuertes relámpagos, del nacimiento de las flores en la primavera, y de las buenas y las malas cosechas.

Estas explicaciones eran muy antiguas y muy veneradas por la gente común, y se habían conservado gracias a los sacerdotes.

En cambio, otros hombres no estaban conformes con estas historias, relatos y mitos, pues no creían que las cosas de la naturaleza, como el rayo, la luna y las lluvias, se pudieran enojar y tener caprichos. Estos hombres, los filósofos, antes de responder a todas sus preguntas ¿por qué? según lo que decían los mitos, preferían esperar un poquito, y observar a la naturaleza misma, escucharla, permitiendo que su misteriosa belleza los asombrara, para que tal vez les dijera algún secreto al oído.

¿No se te hace maravilloso cómo surge el arcoiris cuando los rayos del Sol cruzan a través de las gotas de la lluvia? ¿No te parece sorprendente el relámpago luminoso que sacude el cielo en una noche de tormenta?

Los filósofos contemplaban la naturaleza, y ante el asombro que ésta les causaba, se preguntaban *¿por qué?* Y como les parecía que la belleza de la naturaleza y todas las cosas que ella contiene, como la nieve y los desiertos, como las aves y los peces, no era por la azarosa voluntad de los dioses, buscaron algo en la propia naturaleza que pudiera responder a sus preguntas.

Los filósofos preguntaban *¿por qué?*, y buscaron una respuesta que nada tuviera que ver con los dioses de la antigua tradición de los sacerdotes, sino sólo con lo que pasaba en la naturaleza misma, y los secretos que ésta, si ellos ponían atención, les podía revelar.

Así, la filosofía comenzó por el asombro y la curiosidad que la naturaleza provocó en los hombres, que les gustaba dedicar su tiempo a contemplarla, y a preguntar el *¿por qué?* de todo lo que veían.

¿Has pensado por qué cuando hace mucho frío el agua se vuelve hielo; y por qué cuando, al contrario, hace calor, ésta se convierte en vapor? ¿Te has preguntado por qué los murciélagos sólo salen de sus cuevas en las noches?

Cada filósofo dio una respuesta diferente a las preguntas *¿por qué?* que se hacía sobre la naturaleza. Y justamente el conjunto de estas preguntas y respuestas, es lo que se conoce como la historia de las preguntas *¿por qué?*, que es la historia de la filosofía.

Además, en la época de los filósofos griegos había muchos puertos en los que los comerciantes de diferentes países iban a vender productos como telas, especias y armas. Los filósofos se dieron cuenta de que cada comerciante de cada país tenía dioses distintos y creencias distintas. Por ejemplo, el que vendía arroz tenía dioses con cara de chino, y el que vendía alfombras voladoras, creía que los dioses eran narizones y morenos como los árabes. Notaron también que los dioses de los mercaderes eran como los de los sacerdotes, es decir, enojones y caprichosos.

Los filósofos, ante tantos dioses, unos amarillos, otros morenos y otros negros, según el país al que pertenecieran, prefirieron más bien buscar en la naturaleza lo que pudiera responder a sus preguntas *¿por qué?*

Los filósofos, en lugar de buscar en los dioses, las leyendas y los mitos, las respuestas de *¿por qué* el universo tiene tantas estrellas, dónde acaban los mares y qué le pasa al alma del hombre cuando su cuerpo muere?, prefirieron observar la naturaleza, escucharla detenidamente, para buscar esas respuestas.

Cada filósofo buscó en la naturaleza la respuesta a sus preguntas *¿por qué?*, y estas preguntas y respuestas, como dijimos, forman la historia de las preguntas *¿por qué?*, que es la historia de la filosofía.

TALES DE MILETO (s. VII a. C.)

El primer filósofo que vamos a conocer se llamó Tales, y nació en Mileto, un puerto muy bonito de Asia Menor (en esa región que ahora es Turquía). Tales tenía muchas ocupaciones, pero quizá, una de las que más le entretenían y apasionaban, era observar las estrellas y conocer los secretos del cielo. Las noches oscuras, sin luna y sin nubes, eran las que más le gustaban, porque podía mirar detenidamente los cometas que surcaban el espacio, y admirar las constelaciones que formaban las estrellas.

Tanto es así que Tales, una vez, por ir caminando con la mirada fija en el cielo, sin darse cuenta, cayó en un pequeño pozo que había en el camino. Esto causó mucha risa a un sirviente suyo, y le dijo que así eran los filósofos, que por ir pensando en el cielo, las estrellas y la luna, y en el *¿por qué?* de todo lo que hay en el mundo, se olvidan de las cosas de todos los días, acaban por volverse muy distraídos, y terminan metiendo la pata.

Pero bueno, eso es tan sólo una anécdota; lo cierto es que Tales era muy listo y ponía mucha atención en el cielo que tanto le gustaba. De modo que en una ocasión, ayudado por cálculos matemáticos, logró predecir un eclipse, o sea, pudo anticipar que la luna iba a colocarse justo entre la Tierra y el Sol.

¿Te imaginas lo importante que fue para los hombres de esa época, que no tenían telescopios, ni relojes eléctricos, ni naves espaciales, que Tales lograra anunciar que habría un eclipse, y que por ello el Sol, justo en plena mañana, desaparecería en el momento en el que la luna lo ocultara? ¿Has visto un eclipse alguna vez?

Quizá, sin las predicciones de Tales que conocía el movimiento de la luna y los planetas, los hombres de su época hubieran pensado que los dioses estaban enojados con ellos, y que por eso habían desaparecido al sol...

A Tales no sólo le gustaba observar el cielo, sino también todas las cosas que había en la tierra, y se entretenía disfrutando del color de los trigales, de la frescura de la lluvia, y del vuelo de los pájaros.

Tales se preguntaba *¿por qué?* el mundo era tan bello y de qué estaban hechas todas las cosas.

Un día, después de mucho pensar, le dijo a sus amigos que todo estaba hecho de agua. *¿De agua? Sí, de agua.*

Tales pensaba que el mundo estaba hecho de agua porque ésta, si se enfría, se vuelve hielo y muy dura, y después se podía convertir en piedras o en metal; y también cuando se calienta, se vuelve suave como el vapor, y podía convertirse en aire y en todas las cosas ligeras, como las flores y las mariposas.

Tales se preguntaba *¿por qué* el universo es tan grande y tiene tantas cosas tan diferentes? y respondió a esta pregunta diciendo que porque está hecho de agua, ya que el agua, según se calentara o se enfriara, según se volviera suave o dura, resultaba el origen de todo, como la tierra o las piedras, como los árboles y los animales, o como el viento y los insectos.

Tales decía que como el agua puede tomar cualquier forma, color, olor y sabor, todas las cosas están hechas de agua.

¿Crees tú que en realidad todas las cosas están hechas de agua?, ¿de qué crees que están hechas?

ANAXÍMENES (s. VI. a. C.)

Anaxímenes vivió en la misma época que Tales y en la misma ciudad de Mileto. Era como él, un gran observador de la naturaleza, un gran filósofo que contemplaba el universo y buscaba sus secretos. Como Tales, dedicaba su tiempo a preguntarse el *¿por qué?* de todo lo que veía.

A Anaxímenes le gustaban mucho los animales como los pájaros, los caballos y los peces, y se fijó en que éstos, para poder vivir, no sólo necesitan comer y tomar agua, sino también respirar. Por ello, éste filósofo, al ver que los animales deben respirar para poder mantenerse vivos, se dijo a sí mismo que en realidad están hechos de aire.

Entonces Anaxímenes pensó que el aire muy espeso o comprimido, producía el agua, las plantas y a los animales; y que el aire era como una fuerza o un espíritu que le daba vida al universo entero. El aire según Anaxímenes era la 'physis', es decir, el principio o el origen de todas las cosas.

¿Crees que todos los animales y las plantas están hechos de aire como decía Anaxímenes, o de agua, como decía Tales?

Algunos dicen que Anaxímenes prefirió el aire al agua, porque el aire, para decirlo de algún modo, es como más simple y ligero que el agua, y se puede convertir más fácilmente en cualquier cosa.

Anaxímenes, cuando se preguntó *¿por qué?* el mundo tenía tantas cosas tan bellas como los bosques, los lagos y las montañas, pensó que porque todo estaba hecho de aire más o menos comprimido, o más o menos libre.



ANAXIMANDRO (s. VII a. C.)

Anaximandro también nació en Mileto, cuando Tales ya era muy viejo, y Anaxímenes todavía no nació. Anaximandro era una persona muy curiosa; le gustaba observar y disfrutar todo lo que sucede en la naturaleza, como los primeros rayos de sol en la madrugada que empiezan a dibujar el firmamento, o como el rocío que humedece los campos.

Una mañana, al caminar por un sendero en la montaña, Anaximandro iba pensando en lo que había dicho Tales: 'que todas las cosas están hechas de agua, que el origen de todo es el agua!'

Anaximandro entendió muy bien por qué Tales había afirmado que todo está hecho de agua, ya que se daba cuenta de que el agua podía tomar cualquier forma y se podía convertir en cualquier cosa, según se calentara o se enfriara, según se volviera ligera como el vapor y las libélulas, o dura como el hielo y las piedras.

Sin embargo, Anaximandro se preguntaba: ¿de dónde viene el agua?, ¿acaso no viene de algún lado?, ¿de dónde es que el agua toma su forma, suave y elástica, o dura y rígida, para transformarse en cualquier cosa, como los árboles o los animales?

Anaximandro no creía que el agua fuera el origen de todas las cosas, sino que había algo antes que ella, que en realidad era el origen de todo.

Anaximandro se fijó que junto a una pequeña casa que estaba al lado del camino, había un pozo. Como tenía sed, fue hacia él, y lanzó con cuidado el cántaro al interior del mismo.

Justo cuando oía que el cántaro caía en el fondo, notó que por dentro el pozo era oscuro, silencioso, que no tenía ninguna forma, y cómo sin embargo, era fuente de agua fresca y cristalina, o también de agua revuelta y llena de tierra. Y pensó también cómo en ocasiones, cuando los pozos se secan, pueden dejar salir malos olores o algunos animales como gusanos y arañas.

¿Te has fijado en el fondo de un pozo? ¿Has visto que es oscuro y silencioso, y que no tiene ninguna forma?

De repente Anaximandro tuvo una gran idea: al origen de todas las cosas, a la 'physis' del universo, la llamaría "lo que no tiene forma", "lo informe" o "lo indeterminado", porque al igual que el fondo del pozo que es oscuro y sin forma, "lo que no tiene forma", "lo informe" resulta una fuente de la que puede salir cualquier cosa, como el agua, la tierra, las montañas y las estrellas.

Anaxímenes pensó que lo que "no tiene forma", "lo indeterminado", es una fuerza que como no tiene color, ni figura, ni olor, ni tamaño, puede producir cualquier cosa de cualquier tamaño, figura y color, como un águila, un pescado o un toro.

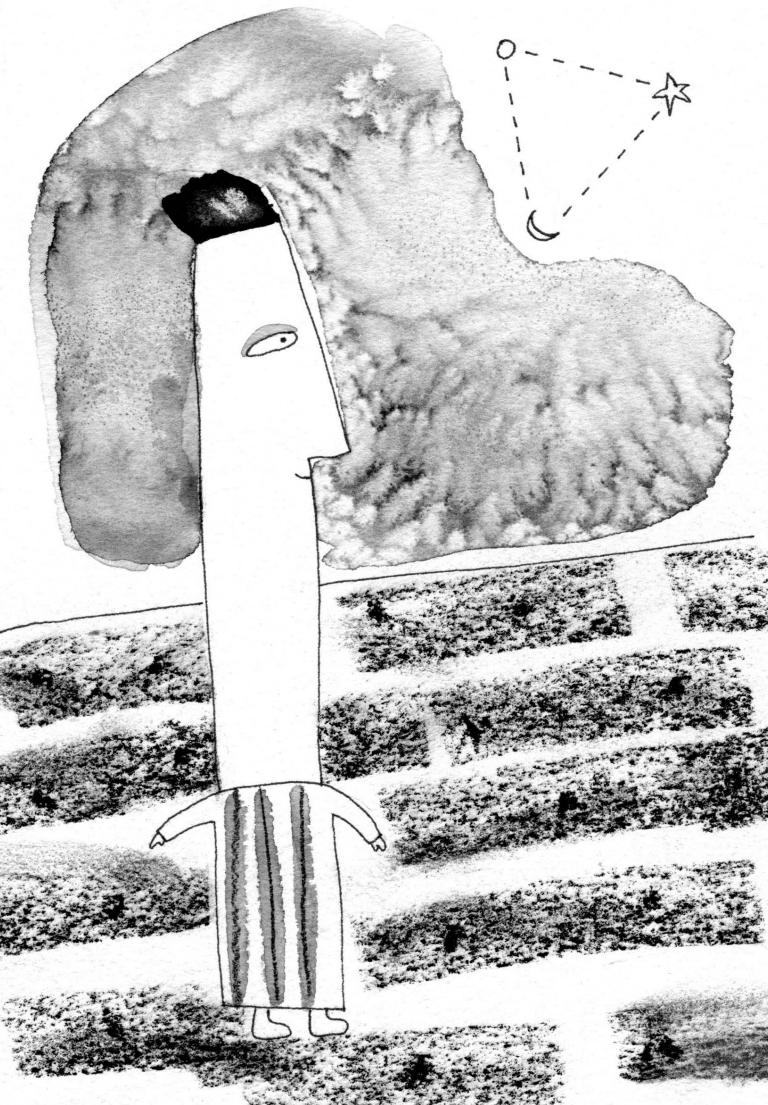
¿Estás de acuerdo con Anaximandro en que el origen de todas las cosas es algo que no tiene ninguna forma precisa, y que justamente por eso, puede tomar cualquier forma, se puede convertir en cualquier cosa, como las nubes o las tortugas?

Anaximandro prefirió "lo indeterminado" como origen del mundo al agua de Tales, porque "lo indeterminado" no tiene forma, y se puede convertir más fácilmente que el agua en cualquier cosa.

Anaximandro pensaba que todas las cosas salen de "lo indeterminado", y cuando mueren o dejan de existir, regresan a él para

desaparecer definitivamente, como un muñeco de plastilina que desaparece cuando se revuelve con la masa de la que fue sacado.

¿Tu qué crees que pasa cuando algo, como un árbol, se muere?, ¿a dónde se va? Anaximandro decía que regresa a "lo indeterminado", a "lo que no tiene forma", de donde vino alguna vez.



PITÁGORAS (s. VI. a. C.)

Pitágoras fue uno de los filósofos más importantes de Grecia, pues fundó una escuela en la que estuvieron otros grandes filósofos.

La escuela de Pitágoras era muy linda, porque tenía vista al mar. Era como una casa de campo muy grande, con muchos árboles y hortalizas, en la que los filósofos estudiaban y al mismo tiempo se dedicaban a trabajar la tierra para cosechar alimentos como zanahorias y cebollas.

La escuela de Pitágoras no era como las de ahora, en las que los alumnos toman clases y regresan a sus casas. En esta escuela los estudiantes vivían de tiempo completo.

Como la escuela de Pitágoras estaba en el campo, él y sus alumnos, al igual que Tales y Anaxímenes, se entretenían disfrutando de las puestas de Sol, gozando del fresco olor de las flores en primavera, así como del paso de las estaciones a lo largo del año. A Pitágoras, como a todos los filósofos de Grecia, le gustaba contemplar la naturaleza para poder conocer sus secretos, y poder responder a todas las preguntas *¿por qué?* que llegaban a su cabeza.

Por ejemplo, Pitágoras se preguntaba *¿por qué* las olas del mar se hacen más grandes cuando hay luna llena?, *¿por qué* las hojas de los árboles caen en otoño?, *¿por qué* hay aves que se van de la región al terminar el verano? ¿Tú sabes la respuesta a alguna de estas preguntas?

Pitágoras se dio cuenta de que en la naturaleza hay muchas cosas que están relacionadas, justamente como la caída de las

hojas de los árboles con el otoño o como algunas flores que se abren al recibir la luz de la mañana y se fijó también que cada año o cada tanto, esas cosas se repiten.

Puso más atención y se dio cuenta de que en la naturaleza hay muchísimas cosas más que se repiten una y otra vez, como la luna que está llena cada 28 días o como las golondrinas que vuelven a sus nidos al atardecer.

¿Tú te has fijado que hay cosas que se repiten en la naturaleza? ¿Qué tan seguido comen y duermen los animales, los osos por ejemplo?, ¿cada cuándo cantan los gallos?

Pitágoras, al ver que todo se repetía, descubrió que en la naturaleza las cosas tienen un ritmo y se repiten no de vez en cuando, a veces sí y a veces no, sino con cierta regularidad. Pitágoras notó como los campos florecen cada primavera y están amarillos en invierno.

Finalmente pensó que el ritmo de la naturaleza en realidad se marcaba, como en la música, según números y compases. Por ejemplo, cada año era 1 vuelta del Sol y cada vuelta del sol eran 365 días y 4 estaciones.

En este sentido, por el ritmo y el compás con el que se repiten todas las cosas, Pitágoras dijo que la naturaleza no estaba hecha ni de agua, ni de aire, sino de números.

¿De números? Sí, porque los números nos dicen qué tan seguido se repiten las cosas de la naturaleza. Cada mes hay luna llena, y cada luna llena, las olas del mar crecen. Cada año, en verano, hace calor, y entonces las parras dan uvas.

Pitágoras veía que todas las cosas tenían un ritmo y que éste se podía conocer si se encontraban los números que lo determinan.

¿Estás de acuerdo con Pitágoras en que los números le dan ritmo a todas las cosas, como a la duración de la noche y del día, como al tiempo que duran las estaciones, o como por ejemplo, al tamaño de las patas de un perro, según el tamaño de su cuerpo?

¿Te imaginas un perro con unas patas grandes grandes, y un cuerpo chiquitito? ¡Qué feo sería! Pitágoras diría que el tamaño de sus patas es muy grande, que el perro está desproporcionado, y que tendría números muy malos en su cuerpo.

Pitágoras pensó en la música, y en las notas de las escala: do, re, mi, fa, sol, la, si; y cómo estas notas se van repitiendo; do, re, mi...; notó que hay ritmos diferentes; unos más lentos, como los de la música de las ceremonias religiosas; y otros más rápidos, como los de la música para bailar. Pitágoras siguió estudiando la música, estudiando los números que regulan sus acordes, sus armonías y sus ritmos; y bueno, siguió también observando a la naturaleza y en especial a los planetas.

Como en la época de Pitágoras sólo conocían 7 planetas, ya que no tenían telescopios, creyó que cada planeta era una nota musical, como las 7 notas de la escala.

Así, Mercurio era do, Venus re, Marte mi, y de igual manera con los demás planetas.

A Pitágoras le parecía que el universo y sus planetas eran como un instrumento que tenía las notas de la escala musical.

Por ello, en las noches, él y sus alumnos salían al campo, se

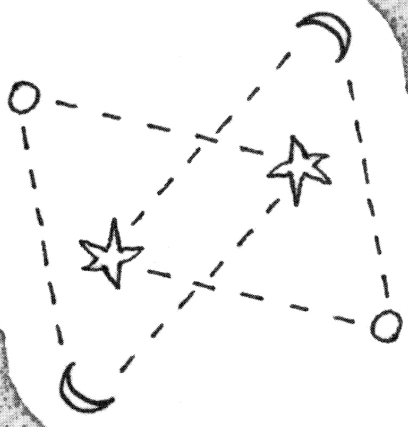
tomaban de la mano formando un círculo, y guardaban silencio. Todos se quedaban muy calladitos. ¿Muy calladitos, para qué?

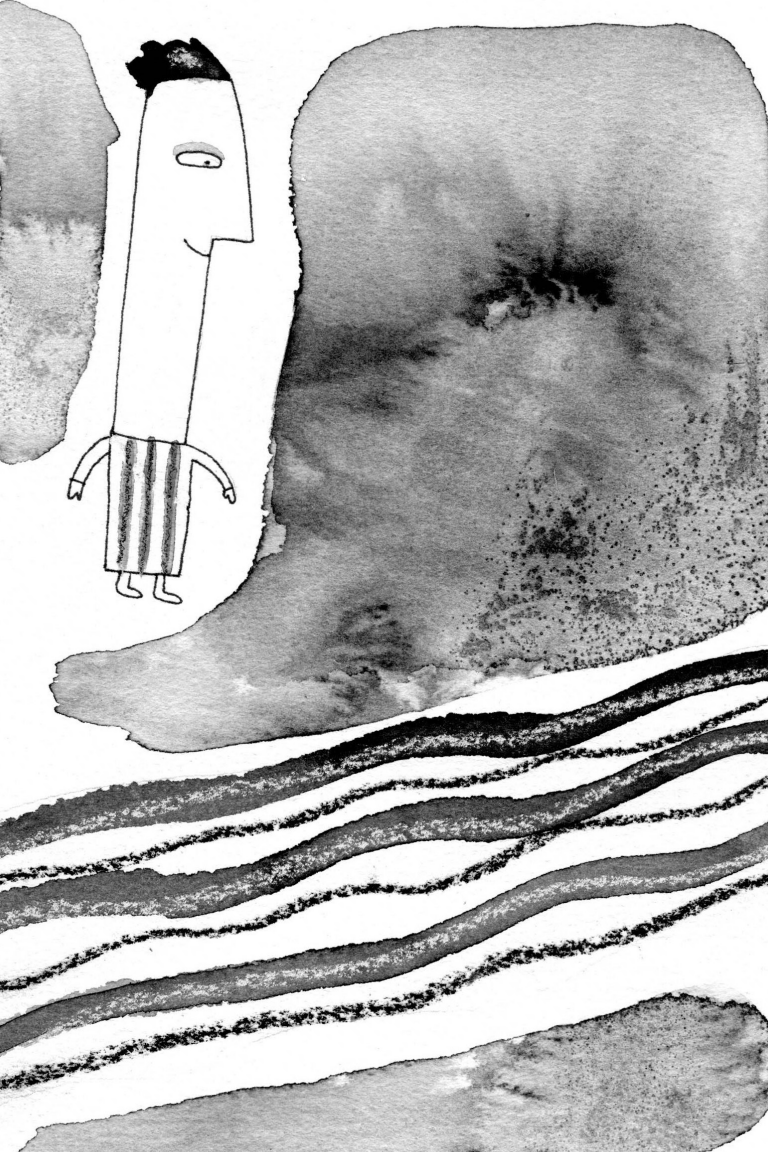
Pues como creían que los números que señalan el ritmo de los planetas, y los números del ritmo de las notas de la escala musical eran los mismos, esperaban oír la música de los planetas, la música y el ritmo del universo.

Para Pitágoras los números eran como dioses, porque ordenaban el ritmo de todas las cosas de la naturaleza, dándole a éstas, como a la música, belleza y armonía.

¿No te parece muy bello el ritmo y el sonido de las olas cuando revientan en la playa, o el sonido del viento cuando sopla en las copas de los árboles? Pitágoras y sus alumnos escuchaban cómo los planetas al girar, creaban una bella armonía.

Como Pitágoras pensaba que el ritmo y los números eran dioses, los respetaba y adoraba, y hacía todo lo que podía para comprenderlos y vivir también él en armonía. Por esto, Pitágoras no sólo fue un gran filósofo que preguntaba el *¿por qué?* de todo lo que observaba, sino que también era como un sacerdote que reconocía en los números, el espíritu del mundo.





HERÁCLITO (ss. VI y V a. C.)

Heráclito nació en Éfeso, un pueblo cerca de Mileto, y como a los otros filósofos, le gustaba contemplar la naturaleza, ver el movimiento de la luna y las estrellas, y el vuelo de los pájaros que rasgan el cielo. También como los otros filósofos, se preguntaba el *¿por qué?* de todo lo que veía.

Como estaba muy interesado en todo lo que pasa en el universo, Heráclito prefirió irse a vivir solo a la montaña, donde nadie lo pudiera distraer, y no lo dejara dedicarse a estudiar el mundo. Él era como un ermitaño, le gustaba la soledad, porque pensaba que la mayoría de los hombres no se detenían a gozar de la belleza de los árboles y del calor del Sol, sino que siempre estaban preocupados en sus propios negocios.

Heráclito era una persona algo huraña, y además, como siempre decía lo que pensaba usando frases enigmáticas, la gente lo llamaba "el oscuro".

Sin embargo, a pesar de que no estaba acostumbrado a vivir con los hombres, un día, después de estar muchos años en el bosque, regresó a la ciudad para enseñar lo que había aprendido a lo largo de su vida.

¿Y qué fue lo que Heráclito enseñó ?

Él decía que todo se mueve, que nada está quieto, que el universo es como el tiempo que se va, o como un río que nunca deja de correr.

¿Has notado que las cosas nunca dejan de moverse?, ¿que todo cambia?

¿Te has fijado que siempre el invierno da paso a la primavera, que lo frío reemplaza a lo caliente, y también que la noche termina por ocupar el lugar del día?

¿Crees tú que haya algo que esté quieto en el universo?

Heráclito dijo que este movimiento del universo está ordenado y gobernado por el "Logos", o sea la Razón, que para él era como una fuerza que estaba en todos lados.

¿Podrías imaginar el movimiento de la naturaleza sin orden o todo alocado?, ¿y que el agua cayera hacia arriba, que los perros maullaran como los gatos, o algo peor, que el Sol una mañana dejara de brillar?

Heráclito veía que el cambio de todas las cosas está ordenado, que la primavera está antes que el verano, que las nubes se juntan antes de llover, y dijo que este orden de la naturaleza se debía a esa fuerza a la que dijimos llamó Razón o "Logos".

Heráclito también enseñó que el cambio o el movimiento se deben a la eterna lucha entre las cosas contrarias que hay en la naturaleza. ¿Pensaste alguna vez que la luz está en lucha con la oscuridad, que lo mojado está en lucha con lo seco, que lo blanco pelea con lo negro?

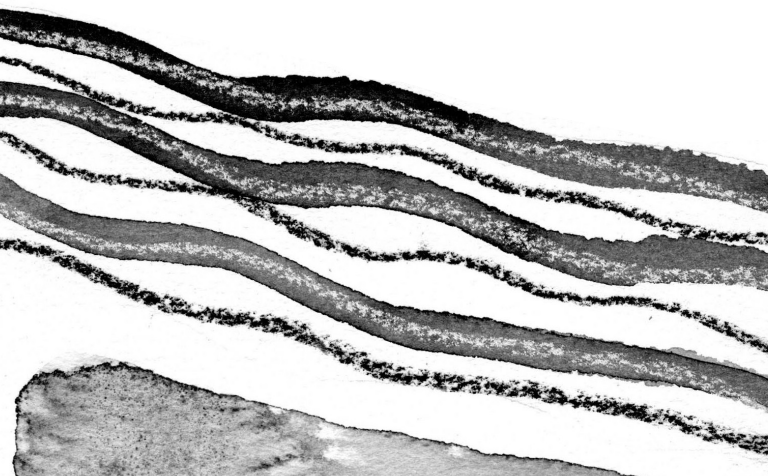
Heráclito señalaba al fuego para mostrar que todo siempre está cambiando. El fuego, aunque nunca deja de ser el mismo, nunca deja de moverse.

Con una de sus frases enigmáticas, Heráclito nos dice:

"Este universo, uno mismo para todos los seres, no lo hizo ninguno de los dioses, ni de los hombres, sino que siempre ha sido, es y será, un fuego eternamente viviente".

Heráclito utilizaba al fuego como símbolo para enseñar lo que era la naturaleza, porque la naturaleza siempre cambia.

Por todo esto, a Heráclito se le llama el filósofo del movimiento, ya que dijo que nada, ni la piedra más grande, ni el mosquito más pequeño, ni el universo mismo, deja de transformarse continuamente, deja de cambiar.



PARMÉNIDES (ss. VI-V a. C.)

Parménides es un filósofo que no estaba de acuerdo con Heráclito. Mientras que a Heráclito le gustaba mirar el paisaje, ver correr a los ciervos, y sentir el aire fresco que mueve a los pinos, a Parménides le parecía mejor quedarse en su casa sólo pensando y pensando ¿por qué en la naturaleza hay tantos animales y tantos árboles diferentes?, sin siquiera irles a echar un vistazo y disfrutar de lo bellos que son.

A Heráclito, como vimos, le parece que en la Naturaleza todo está cambiando, que lo frío lucha con el calor y el calor con el frío; que la noche pelea con el día y el día con la noche.

Parménides, por el contrario, como no le tenía confianza a las cosas que veía con sus ojos y sentía con su piel, como no confiaba en el conocimiento sensible y prefería sólo pensar, decía que la naturaleza está quieta, que el mundo es inmóvil, porque no tiene a donde ir ni a donde llegar, ni en qué transformarse.

Parménides dice que el mundo no tiene ninguna parte hacia la cual se pueda mover, que no puede transformarse en nada, porque éste ya de por sí es todas las cosas.

¿Hacia dónde se mueve el mundo, con sus planetas, y sus estrellas? ¿Hacia dónde va el universo? ¿En qué crees que se pudiera transformar la naturaleza, si ella lo es todo? ¿La naturaleza podría ir más allá de sí misma? Parménides afirma que la naturaleza no se puede transformar en nada, que es inmóvil, porque ella lo es todo.

¿Tú te imaginas a dónde podrían ir el universo y todas sus estrellas?

Parménides, al contrario que Heráclito, decía que nada se mueve, que el mundo es como una pelota o una esfera maciza. Y bueno, aunque parezca extraño, Parménides decía que todo lo que vemos moverse como los ríos y los animales, son puras ilusiones, porque los sentidos engañan y en realidad todo está quieto. Para este filósofo el mundo es como una fotografía sin figura y sin color, y los hombres, siempre apegados al conocimiento sensible, no podemos ver su verdadera forma.

EMPÉDOCLES (484/481-424/421 a. C.)

Empédocles fue un filósofo que le gustaba realizar largos viajes. Recorrió ciudades maravillosas de la antigua Grecia y el Oriente y además aprendió medicina. Empédocles tenía muchos amigos y mantenía una nutrida correspondencia con todos ellos.

En sus recorridos, Empédocles observó paisajes diferentes. Gozó de las cálidas playas bañadas por el sol, de las praderas y los bosques tupidos, y también de las altas y frías montañas en las que siempre nieva. Y bueno, junto con esos paisajes, conoció diversos pueblos y culturas, y por ello se enteró de lo que algunos filósofos y pensadores de otros lugares decían.

Cuando Empédocles veía los campos dorados rebosantes de trigo, y escuchaba el canto de las gaviotas sobre el mar, y se preguntaba el *¿por qué?* de todo ello, se acordaba de lo que pensaban filósofos como Tales o Anaxímenes: 'que el mundo estaba hecho de agua o de aire.'

Por ello, Empédocles pensó que el mundo estaba hecho de los elementos que decían esos filósofos, más otros que él proponía, que eran la tierra y el fuego. Así, Empédocles sostenía que el mundo y todas las cosas estaban hechas de agua, aire, tierra y fuego.

Por ejemplo, para Empédocles un árbol era la mezcla de una mitad de tierra, una cuarta parte de agua, otra parte de aire, y un poquito de fuego; y una tortuga se hacía juntando una mitad de agua, una cuarta parte de tierra, otra parte de fuego, y un poco de aire.

¿Tu de qué crees que están hechas las cosas?, ¿cuáles crees que sean sus ingredientes y, cómo crees que estén combinados?

Empédocles decía que las cosas del mundo se hacían según se mezclaran la tierra, el aire, el agua y el fuego. Al mismo tiempo, como Heráclito, veía que todo cambiaba, que las flores crecían y después se marchitaban; y también que los animales nacían, crecían, se hacían fuertes, para luego envejecer y morir.

Empédocles se fijó en que todas las cosas se movían, que el sol y la luna nunca estaban quietos. Entonces se preguntó:

¿Por qué el árbol que crece lentamente y da frutos durante muchos años, termina por secarse para no retoñar jamás?

Empédocles se acordaba de Heráclito que decía que el cambio de las cosas estaba ordenado por la Razón o el "Logos". Pero él pensó una cosa distinta.

Se dijo a sí mismo: cuando nace un árbol, es porque se juntan una mitad de tierra, dos partes de agua y aire, y un poco de fuego. Y estos elementos se juntan entre sí, porque el Amor los une.

Empédocles pensaba que los ingredientes de las cosas se unían porque había Amor entre ellos.

Por ejemplo, ¿tú por qué crees que se mezclan los ingredientes para cocinar un pastel? Empédocles decía que por Amor.

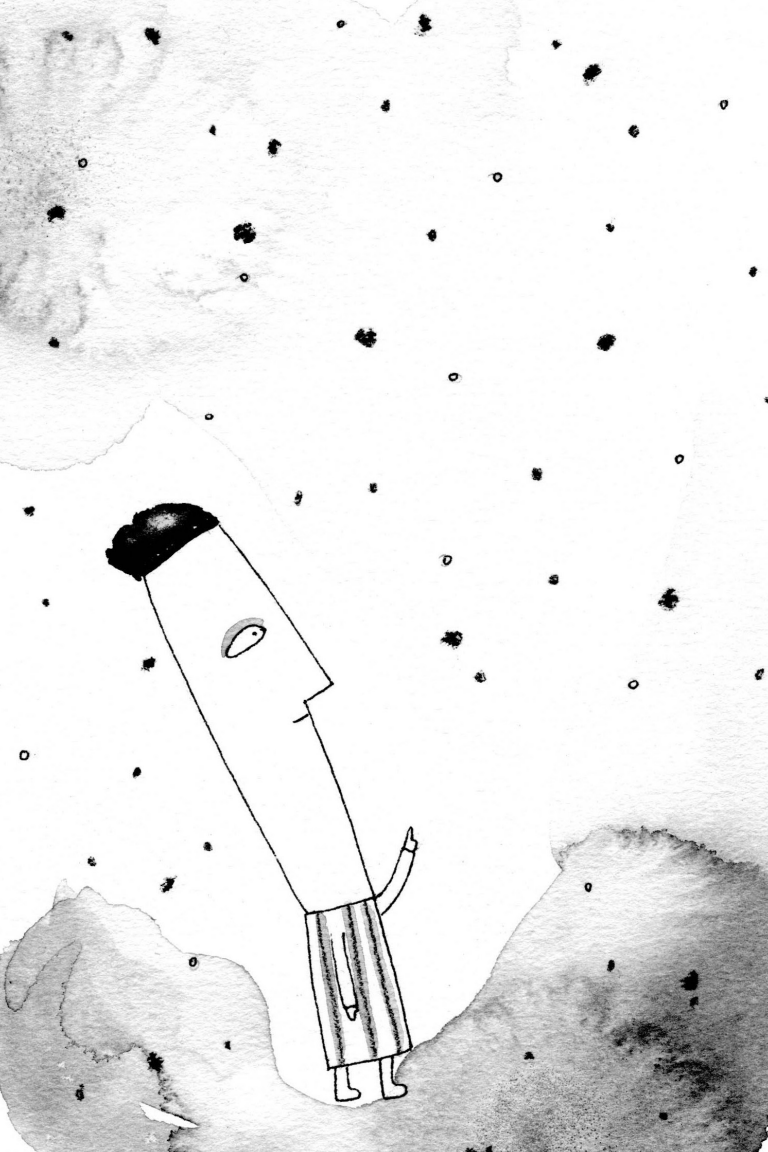
Y bueno, regresando al árbol. ¿por qué crees que Empédocles decía que se secaba y se moría?

Porque sus elementos (la tierra, el agua, el aire y el fuego) se separaban. ¿Y por qué se separaban? Por odio.

Es como los novios, que cuando se aman siempre están juntos formando una pareja, y cuando se odian, se separan y se acaba la pareja.

Para Empédocles, el Amor y el Odio eran las fuerzas o principios que hacían que la tierra, el agua, el aire y el fuego, se combinaran de muchas maneras haciendo y deshaciendo todas las cosas que hay en la naturaleza como los bosques, los cometas, las noche profunda y el mar.

Para Empédocles todas las cosas nacen y mueren porque los elementos que las forman, o sea, la tierra, el agua, el aire y el fuego, se unen y se separan según el Amor y el Odio que son su motor y su gobierno.



DEMÓCRITO (460 a. C.)

Demócrito, al igual que Empédocles, era un gran viajero, pues le gustaba unirse a las caravanas de beduinos y hacer largos recorridos por los desiertos del Oriente. Se dice que en sus viajes, Demócrito aprendió muchas ciencias de los egipcios, y sobre todo la matemática.

Una mañana de verano, Demócrito estaba acostado en su cama, pues acababa de despertar. No escuchaba ningún ruido, sólo el rumor de las voces de unos niños que jugaban en la calle.

El cuarto de Demócrito estaba oscuro, excepto por un rayo de sol que entraba por una puerta que no estaba bien cerrada. Entonces, Demócrito puso atención en el rayo, y vio cómo infinitas partículas de polvo flotaban en el aire. ¿Has visto cómo el polvo parece como pequeñas estrellitas cuando los rayos del sol entran por las rendijas que dejan las cortinas de las ventanas de tu casa?

Esa misma noche, Demócrito salió a dar un paseo a las afueras de la ciudad de Abdera, donde vivía. La noche era sin nubes ni luna, por lo que podía ver el cielo estrellado.

Entonces se acordó del polvo que había visto en el rayo de sol que entró a su cuarto esa mañana, y pensó que todas las estrellas del universo eran pequeñas partículas de polvo. La vía láctea y los cometas, eran polvo regado en el universo.

Al día siguiente, cuando iba de camino a su trabajo -que era enseñar matemáticas a unos jóvenes en la escuela de la ciudad- Demócrito tuvo una gran idea: a cada partícula de polvo, la llamaría átomo, y los átomos serían como el material o la materia

no sólo con el que estaban hechas las estrellas, sino con el que estaban hechas todas las cosas.

Demócrito decía que las flores, las piedras, las cabras y las vacas, en fin, todas las plantas, los animales y las cosas, estaban hechas de átomos.

Ahora bien, quizá podrás preguntar: ¿por qué Demócrito dijo que esas partículas eran átomos y no otra cosa como gotitas de agua, o piedrecitas, o pequeñas lucecitas, como tal vez hubieran dicho Tales o Empédocles?, ¿por qué el polvo de que está hecho el universo son átomos y no otra cosa diferente como el aire o la tierra?, ¿qué son los átomos?

Una gota de agua, por ejemplo, puede ser partida a la mitad; y esa mitad, a la mitad; y esa otra mitad, también a la mitad... Y así infinitamente.

Y también ocurre lo mismo con una piedrita: la puedes partir en 2, luego en 4, luego en 8, y así, sin nunca acabar.

Eso en cambio, con los átomos, no podría pasar. No los puedes dividir, ya que son como los puntitos con los que estarían hechas todas las cosas, como el agua, las piedras o los árboles. Si se dividieran los átomos, decía Demócrito, no servirían para construir ni los animales, ni las plantas, ni el universo, porque éstos se desmoronarían, como un polvorón o un terrón de azúcar, y no quedaría nada.

Átomo quiere decir indivisible. ¿Tú te imaginas que de repente el mundo se empezara a desmoronar como si fuera un pan duro porque estuviera hecho de algo que se puede dividir? Por eso, Demócrito decía que todo estaba hecho de átomos, porque no se pueden dividir y no se pueden deshacer.

Y bueno, probablemente también te puedes preguntar, ¿por qué los átomos se mueven y se combinan de diferentes maneras para hacer todas las cosas que hay en el mundo? Por ejemplo, ¿por qué los árboles, que están hechos de átomos, crecen, dan frutos y después se mueren?, ¿por qué los planetas dan vueltas alrededor del sol?, ¿por qué las flores y los animales, que también están hechos de átomos, siempre cambian?

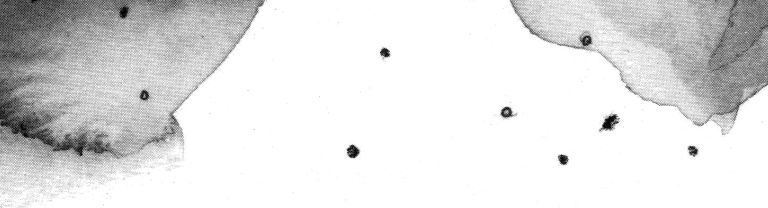
Demócrito se hizo las mismas preguntas una tarde calurosa que veía un terreno seco que no tenía nada cultivado. En realidad discutía con unos amigos si sería bueno sembrar ahí unos viñedos o un olivar.

De repente, un fuerte viento, como un espíritu poderoso, comenzó a hacer un remolino muy grande en el terreno. Ese remolino iba levantando toda la tierra y el polvo, moviéndolo, creando con él muchas figuras, destruyendo otras. El remolino iba creciendo, hasta que se convirtió en un gran torbellino en el que se veía, como en una pantalla de cine, muchas formas distintas, todas hechas de polvo, como aves y plantas, soles y lunas.

En ese momento Demócrito se acordó de lo que pensaba de los átomos, y se dijo a sí mismo que éstos se movían, haciendo y dándole forma a todas las cosas como las brillantes nubes y el dulce atardecer, porque el universo es como un gran torbellino.

Demócrito decía que los átomos del mundo giran como un torbellino, y en ese torbellino es donde se crean el mar y sus olas, los volcanes que vomitan fuego, y las grandes y furiosas tormentas.

Cierto día, Demócrito vio en la plaza de Abdera un grupo de gente alrededor de una persona que había venido de tierras lejanas para enseñar su filosofía.



Esta persona era un alumno de Tales, quien pregonaba que las cosas estaban hechas de agua.

-El agua es como el alma de todas las cosas- anunciaba, -porque sin ella todo estaría muerto y vacío, y el universo sería como un gran desierto. El agua, como es suave y flexible, toma todas las formas del mundo, como los árboles y los animales, y les da vida y movimiento.

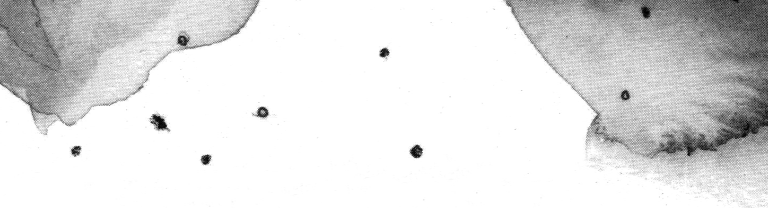
Entonces Demócrito que lo escuchaba atentamente, le respondió:

-No sé tu nombre, pero sé que perteneces a la escuela de Tales, puesto que lo que dices es parte de su filosofía. Siempre he estado en desacuerdo con Tales, porque no veo cómo el agua puede ser el origen de todas las cosas. Si el mundo estuviera hecho de agua, se escurriría y se desharía, porque el agua se puede dividir en partes, y esas partes en otras, y así infinitamente, sin que pudiéramos encontrar algo sólido y estable. Además no entiendo cómo el agua puede ser el origen del fuego, si el fuego la consume y la evapora.

El alumno de Tales se sorprendió al ver que alguien refutaba su pensamiento con tan buenos argumentos. Tras reflexionar unos instantes, respondió a su vez:

-Si no estás de acuerdo en que el agua es el origen de todas las cosas, entonces, ¿cómo explicarías la variedad de todo lo que hay en el mundo? Sólo el agua, al calentarse o enfriarse, puede dar lugar a lo suave y a lo ligero, a lo duro y a lo pesado, como las plumas y los elefantes o como los sueños y el metal.

-El origen de todas las cosas está en los átomos- contestó Demócrito alzando la voz, -porque los átomos no se pueden dividir, son resistentes, y por eso son como las pequeñas piezas o los



ladrillos con los que se hace el mundo, sin que temamos que se nos pueda derretir, como si fuera nieve.

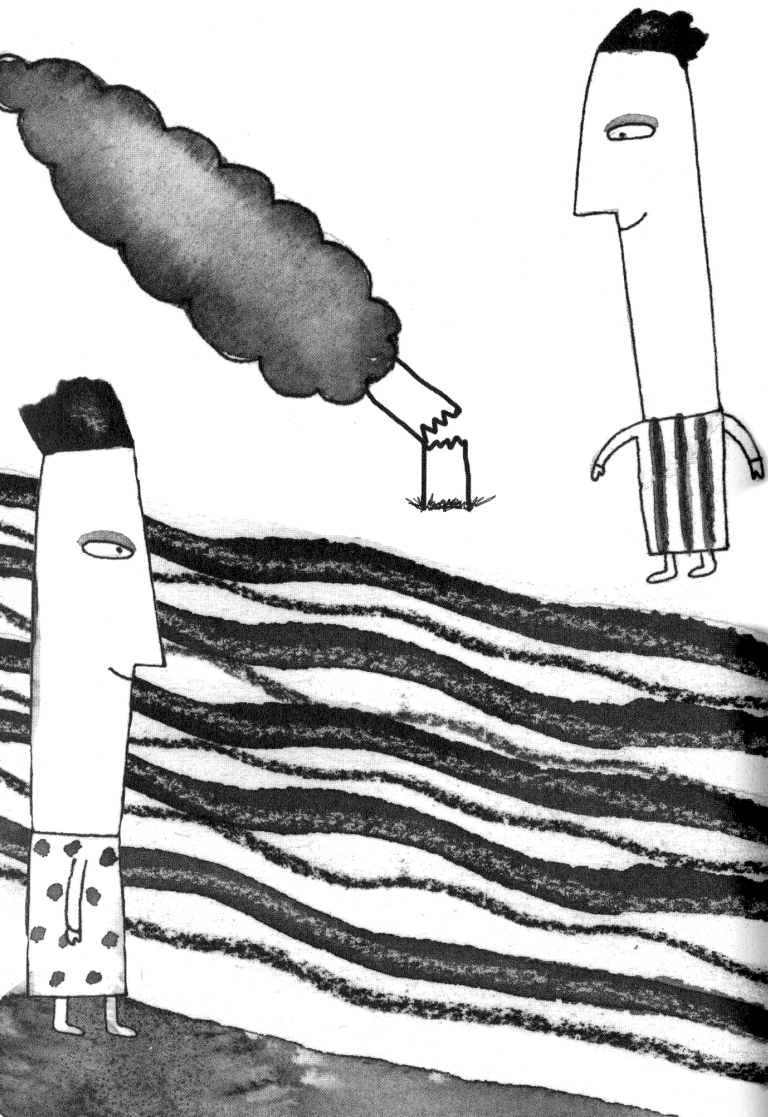
El alumno de Tales lo refutó así:

-Está bien, los átomos no los puedes dividir, pero tampoco los puedes unir para hacer cosas muy suaves y ligeras, y que no tienen partes como el aire y la luz. Pensar que el origen de todas las cosas son los átomos, es como querer construir algo tan delicado, simple y flexible como las nubes, con un saco de piedras o canicas. Al contrario, el agua, como puede tomar cualquier forma, es el origen de todas las cosas.

-Lo que pasa, es que los átomos son tan pequeños, que no podemos verlos-, respondió nuevamente Demócrito, pero, antes de que pudiera continuar, todos los presentes también se habían puesto a dialogar y a discutir las propuestas de estos filósofos sobre el origen del mundo.

En la discusión, salían a relucir no sólo las filosofías de Tales y Demócrito, sino también las de Pitágoras, Empédocles y Parménides. Algunos decían que el origen de todo eran los números, porque ellos le daban ritmo y armonía al universo. Otros, en cambio, como enseñó Anaximandro, afirmaban que el universo viene de "lo que no tiene forma" y otros apoyaban lo que decía Heráclito respecto al "Logos" y al movimiento.

La discusión entre todos aquellos hombres reunidos en la plaza de Abdera, se prolongó hasta ya entrada la noche. Dialogaban, intercambiaban sus puntos de vista y enriquecían sus filosofías, al tratar de describir juntos aquello que les parecía que era el principio, el gobierno y la fuente de todas las cosas y el universo.



PROTÁGORAS (480-410 a. C.)

Protágoras fue uno de los pensadores más importantes de la Grecia Antigua porque no estaba de acuerdo con lo que decían la mayoría de los filósofos. No creía que el agua, el aire o los números fueran el origen del universo, no porque tuviera alguna propuesta al respecto, sino porque decía que en realidad el hombre era la medida de todas las cosas, es decir, que era el hombre mismo quien inventaba una serie de causas o principios y se los atribuía al universo, aunque el propio universo fuera totalmente diferente. Esto se hizo muy claro un día que Protágoras estaba paseando por la ciudad de Abdera, su ciudad natal, cuando se acercó a él un seguidor de la doctrina de Heráclito. Éste le dijo:

-Señor Protágoras, he oído que usted dice que el 'Logos' que le da orden al universo no existe, sino que es sólo un producto de la mente humana. En este punto, estoy en total desacuerdo con usted. El 'Logos' es el principio por el cual se mueven y luchan las cosas de la naturaleza como la noche y el día, como lo frío y lo caliente, evitando que el mundo se desordene y se convierta en un caos.

-Muchacho- le respondió Protágoras al discípulo de Heráclito. Tu maestro era un gran filósofo. En verdad le guardo un gran respeto y admiración. Todos los pensadores deberíamos de estudiar su filosofía. Estoy de acuerdo con él en que todo cambia, en que nada deja de transformarse. El sol, las nubes, el agua de los ríos, aún las montañas, en fin, todas las cosas del universo fluyen y cambian constantemente. Sin embargo, por ello mismo,

me atrevería a preguntarles a ti y a tu maestro: si todo cambia, ¿el propio 'Logos' no cambia también como todo lo que hay en el universo y por ello quizá ha ya dejado de existir? ¿El 'Logos', la razón, no cambia también y termina por desaparecer como las hojas de los árboles que caen en invierno y se deshacen en la tierra? Estoy de acuerdo con tu maestro en que todo cambia, pero no veo por qué este cambio debe tener un orden. ¿El cambio tiene una razón de ser? ¿Qué sentido tiene el cambio de todas las cosas? Esos son problemas demasiado grandes para el hombre que tiene una vida muy corta. El 'Logos' es una invención humana, como los antiguos mitos de nuestros abuelos. El 'Logos' en realidad no existe.

El discípulo de Heráclito estaba consternado. Jamás había escuchado nada semejante. Después de meditar reflexionar unos instantes le preguntó:

-Protágoras, si el 'Logos' no le da orden a la naturaleza, pues es una invención del hombre, ¿cómo podemos encontrar la verdad sobre el universo? Si no existe ningún orden en la naturaleza ¿cómo lograremos distinguir lo verdadero de lo falso? Es claro que después de la primavera viene el verano y que el fuego lucha siempre con el agua. Si no existiera el 'Logos' y le diera orden a estas cosas y al universo entero, ¿cómo podríamos sostener estas verdades?

-Pequeño amigo, dijo Protágoras con dulzura, a ti te parece una verdad que la primavera antecede al verano y que el fuego lucha con el agua, pero dentro de miles de años, cuando la tierra, el sol y las estrellas ya no existan, nada de esto seguirá siendo igual. Las

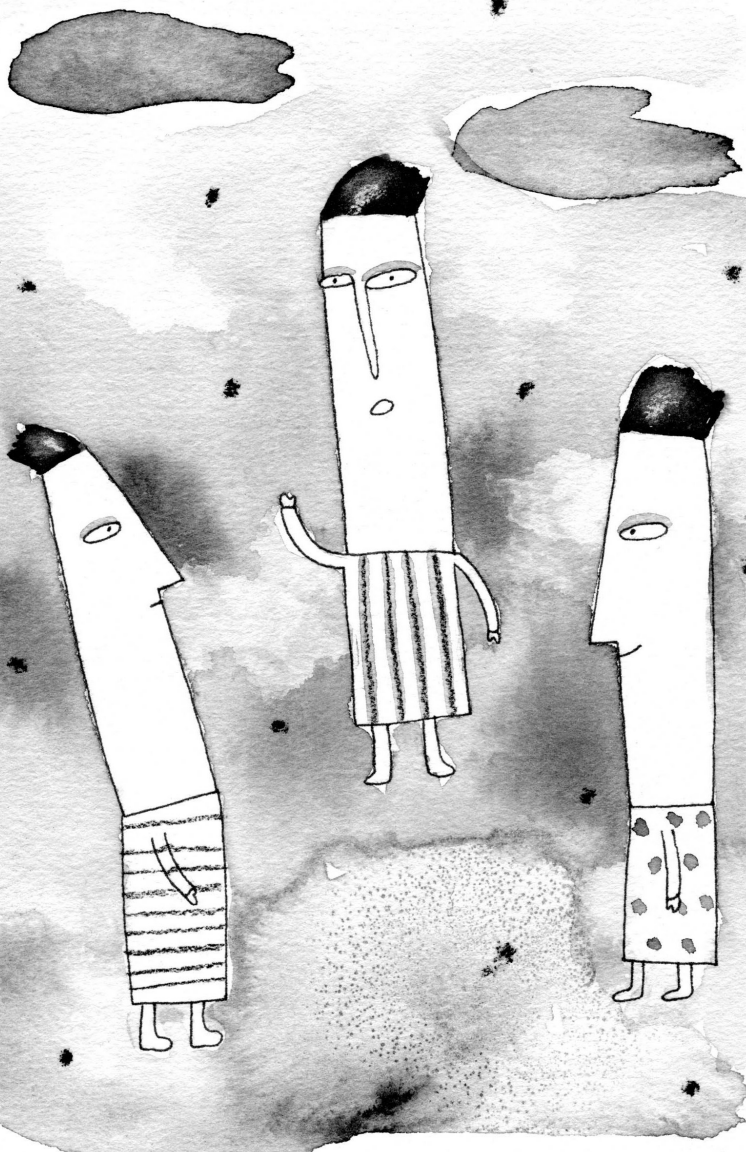
verdades que sostenemos respecto al sol, las estrellas y el universo entero, sólo sirven para el aquí y el ahora. Las verdades que tu defiendes, cobran forma sólo gracias a tu pensamiento, pero no porque el 'Logos' le de orden al universo. Esas verdades tienen sentido sólo en tu mundo particular. Acuérdate: "el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en tanto que son, y de las que no son en tanto que no son". Las verdades son relativas a la opinión de los hombres y sus costumbres, y no al universo.

El alumno de Heráclito escuchaba atentamente a Protágoras. Realmente no sabía que pensar. De pronto recordó una frase de su maestro y la recitó en voz alta: "No escuchando a mi, sino a la Razón ('Logos'), sabio es que reconozcamos que todas las cosas son Uno".

Protágoras estaba complacido por el coraje del discípulo de Heráclito, que buscaba hacerle ver que el 'Logos' era la fuente tanto del orden del universo, como de las verdades que el hombre podría conocer. Sin embargo, se mantenía firme en que todas las verdades dependían del particular punto de vista del hombre y no de la existencia de 'Logos' mismo.

¿Tu estás de acuerdo con Protágoras en que el hombre es el principio de toda verdad o estás con Heráclito y piensas que el 'Logos' y el orden existen independientemente del hombre? Por ejemplo, si un árbol cae en un bosque y no hay nadie ahí para escuchar su caída ¿podemos decir que en efecto el árbol ha caído? ¿Podrían existir el orden y la verdad, sin el hombre que dice que tal cosa está ordenada o que tal otra es verdadera?

Protágoras afirmaba que las verdades dependen del hombre y no del 'Logos', pues el hombre es la medida de todas las cosas.



SÓCRATES (470/469-399 a. C.)

Sócrates a diferencia de Heráclito, no era una persona huraña, a la que le disgustara convivir con los hombres. Al contrario, Sócrates pasaba la mayor parte de su tiempo en la ciudad de Atenas, y justamente su entretenimiento preferido era conversar con todas las personas que encontraba por la calle.

A Sócrates, como a todos los filósofos, le interesaba conocer los secretos de la naturaleza, saber de qué está hecho el mundo, y cómo y por qué las cosas se mueven. A Sócrates le daba curiosidad conocer el ritmo de las estaciones, y estudiar las estrellas y las constelaciones que éstas forman en el cielo.

Sin embargo, al mismo tiempo, le causaba mucha preocupación conocer el carácter de los hombres de su ciudad.

En eso, parece que el mundo no ha cambiado mucho. Aunque en la época de Sócrates, como ahora, había gente muy buena y honesta; también había borrachos que se enojaban, sufrían y hacían sufrir a los demás cuando tomaban vino; esposos iracundos que golpeaban a sus mujeres; políticos y gobernantes corruptos que se enriquecían con lo que no les pertenecía.

A Sócrates le asombraba mucho ver cómo algunos hombres podían tener tan mal carácter, y ser tan borrachos o ladrones.

¿Conoces a alguien que tenga mal genio, que sea muy enojón, que siempre esté triste, o que no pueda dejar de decir mentiras? ¿Tú por qué crees que la gente puede tener mal carácter?

Bueno, Sócrates pensaba que a la gente se le hacía malo el carácter, porque se preocupaba demasiado por sus pertenencias, o

por su imagen ante los demás, o porque gozaba en exceso de ciertas cosas, como del vino por ejemplo. Esta preocupación se volvía tan fuerte en algunos, que empezaban a mentir, a robar, a hacer mal a los otros y a sí mismos, y no lo podían evitar. Y terminaban por ser esclavos de sus propios vicios y sus propias pasiones.

¿Tu tienes algún amigo o conoces a alguien que no le guste compartir sus juguetes o sus cosas, que los quiera tanto que no los preste y termine jugando solo porque nadie quiera estar con él? ¿Tienes algún familiar o amigo muy presumido, que se cree mucho por lo que tiene, y que justamente por presumido le cae mal a la gente?

Sócrates, como ya hemos dicho, se interesaba por el carácter de las personas, y por eso le gustaba conversar con todos los que encontraba por la calle.

Iba a la plaza, y ahí abordaba al político del gobierno, que por cierto era muy ladrón y corrupto, e irónicamente le preguntaba: "señor político ¿qué es la justicia y la política?" Al principio el político respondía con lo primero que se lo ocurría, para tratar de salir del paso, pero Sócrates insistía, y como el político no sabía responder, ya que únicamente se dedicaba a robar, se molestaba mucho, se enojaba con Sócrates que lo hacía quedar en ridículo y le daba la espalda.

Sócrates se dedicaba a hacer lo mismo con el comerciante, el guerrero y el maestro. A todos les preguntaba en qué consistía su trabajo y de qué se trataba, y como ninguno sabía, pues el comerciante sólo trataba de estafar a las personas; el guerrero hacía mal uso de sus armas; y el maestro sólo regañaba a sus alumnos; todos se enojaban con Sócrates y ya no querían hablar con él. En ocasiones algunos le decían a Sócrates que si era

tan sabio, que fuera él mismo quién respondiera a sus propias preguntas. Entonces Sócrates les decía, con un tono entre humilde y burlón, que él no sabía nada, que no era un sabio, sino que quería aprender y que deberían ser ellos, los propios ciudadanos, sobretodo si ocupaban cargos en el gobierno, los que tendrían que responder a sus preguntas. Algunas veces la discusión se acaloraba, porque Sócrates ponía en evidencia que la gente no sabía en que consistían sus trabajos y se conformaban con meras opiniones que eran muy fáciles de rebatir.

No es que Sócrates no tuviera amigos, sólo que era muy difícil sostener su conversación, porque siempre interrogaba a todo el mundo sobre su carácter. Como decíamos, al político le preguntaba qué era la justicia, para que tratara de ser un buen político y ya no fuera corrupto. Al guerrero le preguntaba qué era la valentía y la defensa de la patria, para que ya no abusara con sus armas de los ciudadanos libres que vivían en la ciudad.

Sócrates se daba cuenta de que casi nadie podía responder a sus preguntas, porque la mayoría de la gente tenía mal carácter, y como decíamos, era esclava de sus riquezas, sus pasiones y sus vicios; no era dueña de sí misma y no hacía bien sus trabajos.

Cuando Sócrates encontraba a alguien que tenía buen carácter, que hacía su trabajo no para volverse famoso, o muy rico, sino por el gusto de hacerlo bien, decía que era una persona que practicaba la 'virtud'.

La virtud, decía Sócrates, es justo la capacidad de ser dueño de uno mismo.

Aquí tal vez te preguntarás: ¿cómo es que la gente se vuelve virtuosa? ¿Acaso Sócrates le podía enseñar a todo el mundo lo

que es la virtud? ¿Cómo es que Sócrates podía convencer al comerciante ladrón, de que no era bueno estafar a la gente; y al político corrupto, de que no debería decir mentiras?

Cuando Sócrates le preguntaba al político ¿qué es la justicia?, y al guerrero ¿qué es la valentía?; en realidad nunca les decía las respuestas a estas preguntas, sino que hacía que la gente las tratara de encontrar por su propia cuenta.

Sócrates creía que si la gente era sincera consigo misma, podía saber la respuesta de lo que era su trabajo, o saber cuándo hacía mal las cosas, y así, tener buen carácter, ser virtuosa y feliz.

Sócrates pensaba que todos los hombres tenemos una vocecilla interior, como la conciencia, o como Pepe Grillo (el amigo de Pinocchio), que nos dice qué es lo que está bien, o lo que está mal: una vocecilla interior que nos dice cuándo somos poco honestos, cuándo decimos mentiras o cuándo somos perezosos.

¿Tú no crees que un borracho, que sufre mucho cuando bebe, no sabe en el fondo de sí mismo que no debería beber? O tú por ejemplo, cuando dices una mentira, aunque saques provecho de ella, o cuando algo te da envidia o eres presumido, ¿no sabes en el fondo de tu conciencia que esas acciones y esos sentimientos no son buenos, y que se necesita valor para reconocerlos y cambiarlos?

Bueno, a esto se refería Sócrates cuando decía que los hombres tenemos una vocecilla interior, que es como nuestra conciencia; y que si somos sinceros y valientes, y la escuchamos, es que podremos ser dueños de nosotros mismos, es decir, virtuosos y felices, porque estaremos contentos y satisfechos con lo que hacemos y con lo que somos.

PLATÓN (428/427-347 a. C.)

Platón, como los demás filósofos, dedicaba parte de su tiempo a contemplar el cielo, a estudiar las estrellas que engalanan la noche, y a gozar de los atardeceres cuando el sol se oculta en el mar.

Además, era un hombre muy fuerte y sano, que participó como guerrero en la defensa de su ciudad, Atenas, contra el ejército persa. Él era una persona que se interesaba mucho en la política y que quería vivir en una ciudad rica y próspera.

Una tarde, estaba conversando con Sócrates y Aristófanes, un amigo suyo, en el centro de Atenas. Mientras conversaban, veían cómo la gente iba y venía de un lado a otro muy entretenida con sus ocupaciones. Platón, Sócrates y Aristófanes observaban cómo las personas siempre podían encontrarse trabajando, o de fiesta, o de compras, o cenando en alguna fonda o merendero.

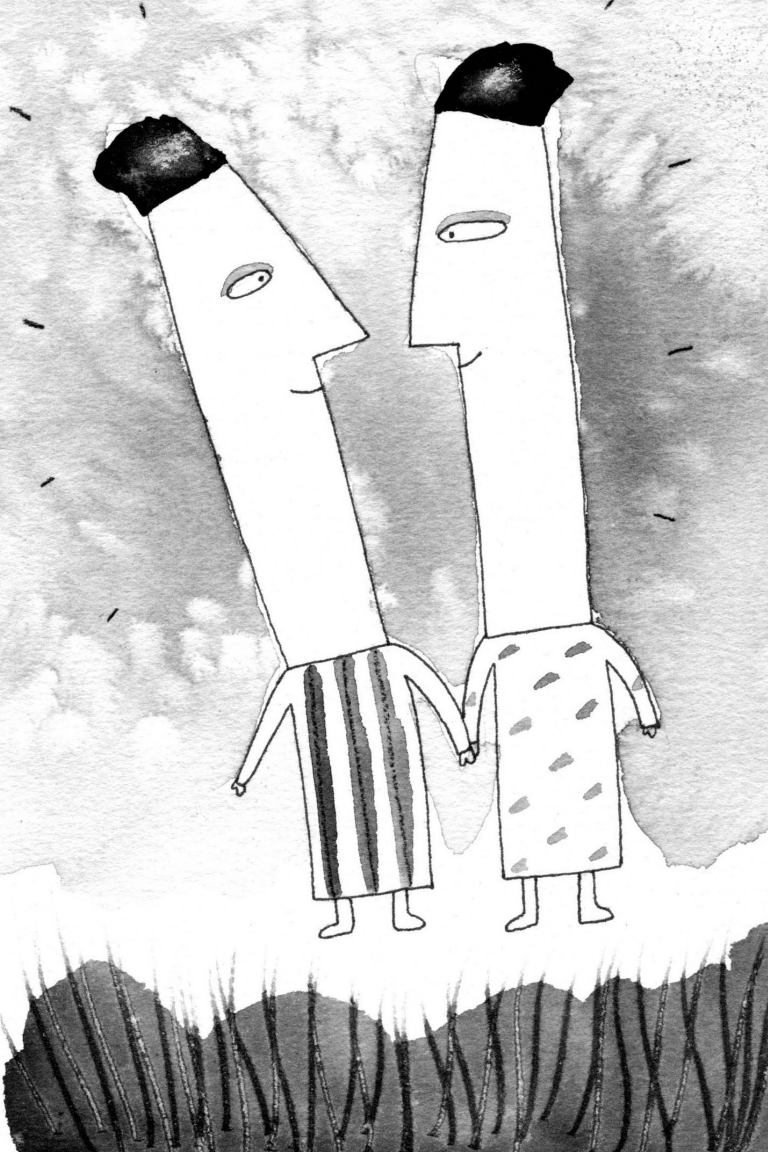
Entonces Platón le preguntó a sus amigos:

-Sócrates, Aristófanes, ¿por qué la gente siempre está tan ocupada, y hace tantas cosas como trabajar, practicar gimnasia, o entablar largas conversaciones? ¿No les parece que la gente es muy inquieta? ¿Por qué es tan inquieta la gente?

Sócrates respondió:

-La gente es tan inquieta, trabaja tanto, hace gimnasia, se va de fiesta, porque algo anda buscando, algo que le falta; porque se siente incompleta, desea muchas cosas y trata de colmar o llenar ese vacío.

Sócrates le enseñó a Platón y a Aristófanes que todos los hombres hacemos nuestras actividades, como estudiar, traba-



jar o ir de paseo, porque deseamos llenar nuestras vidas y sentirnos plenos. También les enseñó que los hombres queremos tener objetos o cosas como muebles nuevos o ropa bonita, porque sentimos nuestra vida medio vacía, y tratamos de colmarla precisamente con esas cosas.

¿Tú alguna vez has sentido deseos de tener unos patines o de ir al circo? o ¿has sentido el deseo de obtener un juguete nuevo?

¿Te has fijado en que la gente adulta siempre desea muchas cosas como tener una casa grande o viajar?

¿Por qué crees que la gente se siente incompleta y quiere sentirse plena haciendo y teniendo tantas cosas?

¿Por qué crees que la gente desea?

Muchas de estas preguntas se hicieron Sócrates, Platón y Aristófanes, justo cuando este último recordó una antigua historia que había oído narrar a sus abuelos una noche lluviosa junto al fuego.

-Amigos- les dijo Aristófanes a Sócrates y Platón, -les voy a contar una historia, que tal vez pueda responder a nuestras preguntas:

"Hace muchos, muchos años, los hombres eran muy poderosos y fuertes, porque tenían cuatro manos, cuatro piernas, dos cabezas y dos sexos. Eran dobles, entonces podían rodar y realizar grandes hazañas, como alcanzar cimas inaccesibles y cruzar nadando el mar.

"Pero un día los hombres orgullosos por su fuerza, quisieron ser como los dioses y subir al Olimpo. Iban subiendo sobre sus ocho miembros, o sea, sobre sus cuatro piernas y sus cuatro brazos, sin que nada los pudiera detener.

"De pronto, los dioses se dieron cuenta de la osadía de los hombres y de su enorme orgullo. No satisfechos con su fuerza, sus 2 cabezas y sus 8 extremidades, los hombres tenían la pretensión de ser como ellos.

"Entonces los dioses se enojaron, y como castigo, partieron a los hombres por la mitad, y desde entonces éstos sólo tienen una cabeza, dos brazos, dos piernas y un sexo, y por eso siempre andan buscando lo que les falta, esa otra mitad que los hacía sentirse fuertes.

"A los hombres les quedó la marca del ombligo, como señal de que antes estaban unidos a su mitad faltante y de que se sentían completos y poderosos".

Platón y Sócrates se quedaron sorprendidos observando a Aristófanes y pensando en la historia que les había contado.

¿Qué piensas tú de la historia de Aristófanes?

¿Por qué crees que los humanos anhelamos hacer y tener tantas cosas? ¿Crees que nos falta la mitad de nosotros mismos y tratamos de llenar ese vacío?

Sócrates y Platón iban a hacerle a Aristófanes algunas preguntas, cuando una anciana que estaba escuchando su conversación detrás de ellos, los saludó y se presentó. Dijo que se llamaba Diótima.

Esta anciana, aunque estaba flaca y encorvada por la edad, tenía una enorme sonrisa, un rostro hermoso, y los ojos despejados y vibrantes.

-Muy interesante-, dijo Diótima con voz dulce, -muy interesante, sólo quisiera agregar un par de observaciones que seguro les darán que pensar:

"Los hombres, como están incompletos, siempre están buscando lo que les falta, siempre están tratando de encontrar la mitad que perdieron alguna vez.

"Sin embargo, hay un intermediario entre los dioses y los hombres, un semidios, llamado Eros o el Amor, que le puede regalar a los hombres aquello que desean para que alcancen la plenitud y la felicidad.

"Por ejemplo, cuando los hombres encuentran una pareja que les agrada y les corresponde sus intenciones, se dice que están enamorados, porque el semidios Eros les otorgó el don del amor y les permitió encontrar esa parte de sí mismos que tanto necesitaban. Cuando un hombre siente que puede crear bellas obras de arte, o se ve unido con Dios en un éxtasis místico, se dice que está entusiasmado o endiosado, porque Eros o el Amor le ha permitido satisfacer sus deseos, y sentirse fuerte y completo como cuando podía subir al Olimpo.

"Eros, el Amor, hijo de 'Poros' La Abundancia y de 'Penia' La Pobreza, en ocasiones conduce a los hombres a su mitad perdida, brindándoles el sentimiento de unidad que tanto han añorado. En ocasiones Eros los conduce hacia su amante, pero éste no corresponde sus cuidados. Entonces los hombres enflaquecen, no pueden dormir y terminan por enloquecer, pues sienten que la vida los abandona si no logran entablar una relación con quién aman".

Sócrates, Platón y Aristófanes escucharon atentamente a Diótima, tanto, que por momentos se olvidaron de sí mismos, y de que estaban en una plaza; y se sintieron justamente entusiasmados y como fuera del tiempo, embriagados por la historia de aquella viejecita.

¿Crees que el amor es un regalo del semidios Eros que permite a los hombres sentirse plenos y felices?

¿Crees que el amor posibilita a los hombres encontrar lo que les falta y así satisfacer sus deseos?

¿Conoces a alguna persona que te haga sentir pleno o algún juego que te entusiasme? Diótima diría que esa persona y ese juego te hacen sentir feliz, porque Eros o el Amor te une con ellos para que estés completo y encuentres tu mitad perdida. ¿Te sentirías desdichado si esa persona que te hace tan feliz ya no quisiera estar contigo?

Sócrates, Platón y Aristófanes estaban por hacerle una serie de comentarios a Diótima sobre la historia que les había contado, cuando ella los interrumpió al decir:

"Pero hay que tener cuidado con el Amor, porque en realidad hay dos clases del mismo: uno bueno y otro malo. Uno que realmente hace feliz a la gente, y otro que sólo causa un placer pasajero, desaparece rápidamente y en realidad sólo deja tras de sí vacío y frustración.

"Por ejemplo, el amor que permite la satisfacción de crear, como el del escultor que se siente endiosado por hacer finas estatuas, es un amor que produce una plenitud que no se acaba, porque el escultor es dueño de su arte, lo practica a voluntad y puede gozar al contemplar formas bellas. O por ejemplo, el amor místico que algunas personas sienten por Dios o el 'Logos' que le da forma al mundo brinda completa satisfacción, porque el hombre se une con Dios mismo participando de su eterna perfección y su bondad.

"En cambio, hay otro Amor, el mal amor, que nace cuando alguien quiere alguna cosa pasajera que en verdad no lo va a ha-

cer feliz. Como la gente que sólo quiere tomar vino, y entre más toma, tratando de sentirse bien, sólo se siente más triste. O como la gente que siempre desea tener mucho dinero, y trabaja incansablemente para tenerlo, pero cuando lo gasta o lo pierde, siente que su vida no vale nada, y entonces roba para tener más y más, pero nunca está satisfecha".

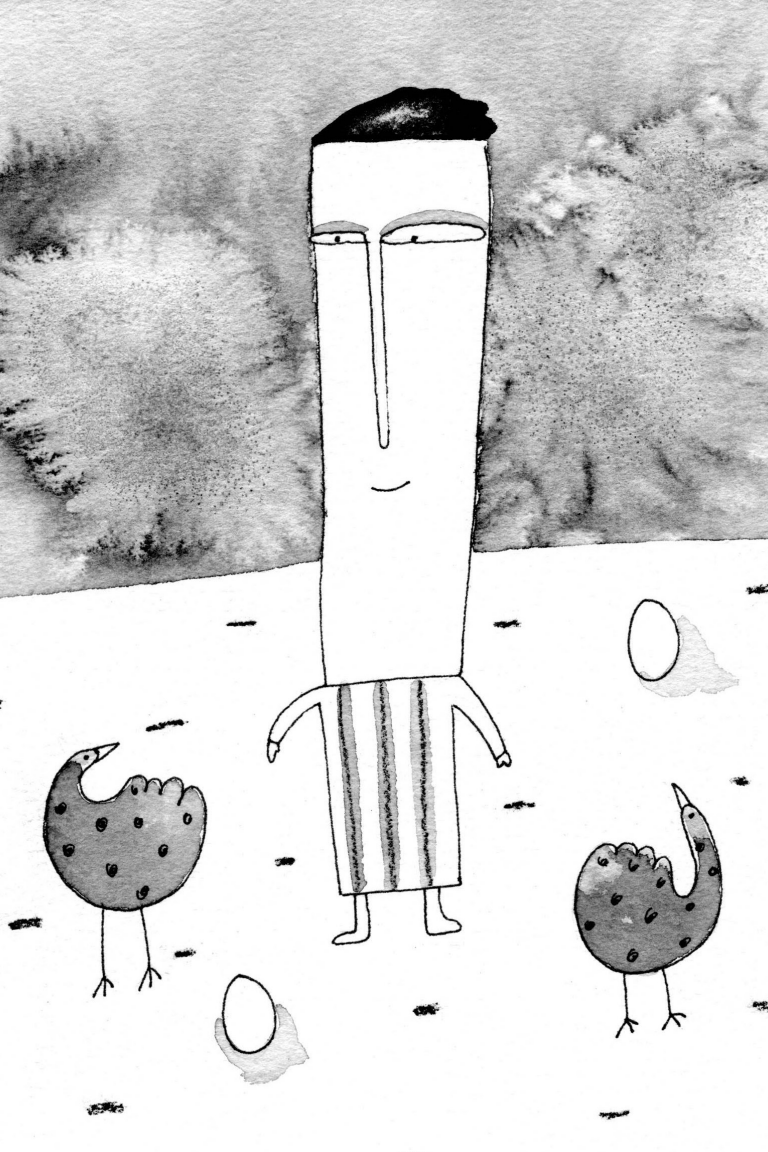
Sócrates, Platón y Aristófanes estaban muy atentos a la historia de Diótima sobre el buen y el mal amor.

¿Crees que sea cierto que hay buenos y malos amores? ¿Pienzas que sea lo mismo el amor que una persona le tiene a la virtud y a hacer bien las cosas, que el amor que le pueda tener a algo que le hace daño, como el exceso de vino o de riquezas?

Diótima decía que hay un mal amor, porque no todas las cosas, aunque al principio parezcan muy buenas, hacen bien al corazón de la gente.

Sócrates, Platón y Aristófanes estaban absortos escuchando a Diótima, cuando ella, sin darles oportunidad de decir nada, se despidió, y rápidamente desapareció entre toda la gente que caminaba por ahí. Sócrates, Platón y Aristófanes nunca volvieron a ver a esta mujer.

Los tres amigos se quedaron en silencio un rato, mirándose entre sí, convencidos por la historia que Diótima les había contado. Ya era de noche y cada uno se fue a su casa. Pero Platón, antes de dormirse, estuvo pensando en aquella historia, sin saber que un día escribiría un libro bellissimo que se llamaría *El Banquete o del Amor* en el que algunos de los personajes serían Aristófanes y el mismo Sócrates, quien, en un banquete, le contaba a los comensales la historia de la vieja Diótima.



ARISTÓTELES (384/383-322 a. C.)

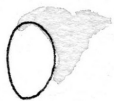
Aristóteles fue alumno de Platón, y como él y todos los filósofos, frecuentemente observaba las cosas de la naturaleza, como la mar embravecida, las nubes que juegan y cambian de forma en el cielo, o el paisaje que se pierde en la lejanía.

Una tarde diáfana y brillante, Aristóteles estaba por acabar de comer en la cocina de su casa, frente a una ventana que daba a unos olivares. Comía un delicioso pescado con aceitunas y pan de centeno, acompañado de un buen vaso de vino. El viento soplaba sacudiendo los olivares del otro lado de la ventana, y Aristóteles disfrutaba al ver cómo el sol caía sobre el horizonte. Estaba por acabar su platillo, se comía las aceitunas que quedaban en el plato, y se comenzaba a chupar los dedos.

De pronto, al sacar de su boca la semilla de la última aceituna que había comido, Aristóteles quedó sorprendido: veía la semilla de la aceituna, y veía también los grandes y viejos olivos, cargados de aceitunas. A Aristóteles le maravilló como esa pequeña semillita, al ser sembrada en la tierra, con el tiempo, el sol y la lluvia, podía convertirse en un árbol robusto y frondoso. No se podía imaginar cómo un árbol que podía vivir tantos años, estaba en potencia en esa semillita.

¿Tú has sembrado la semilla de algún árbol, y después visto cómo nace una pequeña plantita, que después se convertirá en un enorme tronco con espeso follaje?

Aristóteles pensó en otras cosas de la naturaleza, y se dio cuenta, por ejemplo, de que así como el árbol está en potencia en la semilla, la lluvia está en potencia en la nube, la leche está en potencia en la vaca, y el vino está en potencia en las uvas.



Aristóteles pensó que en la naturaleza las cosas siempre están en potencia antes de estar en acto y volverse realidad. Por ejemplo, el lodo está en potencia, y sólo hace falta que la lluvia moje la tierra, para que se haga realidad en acto.

Sin embargo, Aristóteles puso más atención, y se dio cuenta de que todo lo que está en acto, como la semilla de la que saldrá un árbol, o la nube de la que caerá la lluvia, también alguna vez estuvo en potencia. Por ejemplo, la nube de la que cae la lluvia estuvo en potencia en el agua que se evapora de los ríos y el mar, y la semilla estuvo en potencia en un árbol más viejo.

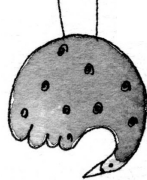
Es como el huevo y la gallina: el huevo esta en potencia en la gallina, pero a su vez la gallina estuvo en potencia en otro huevo, y este huevo, en otra gallina y así infinitas veces.

Aristóteles veía el movimiento de la naturaleza y pensó que este movimiento es el resultado de que todas las cosas, como las semillas de los árboles, o los huevos de las gallinas, pasan de la potencia al acto.

La lluvia cae en la tierra, que tiene el pasto en potencia; por la lluvia, crece el pasto. A ese pasto se lo come la vaca que tiene la leche en potencia; por el pasto la vaca puede dar leche. Y de la leche de la vaca sale el queso; el queso está en potencia en la leche. A su vez, el queso puede ser útil para hacer un pastel. El pastel de queso está en potencia en la leche que salió de la vaca, que comió el pasto, que creció en el campo cuando cayó la lluvia, que está en potencia en la nube.

Todo esto para que podamos comer un delicioso pastel de queso.
¿Ves como las cosas pasan de la potencia al acto?

Así, para Aristóteles, todas las cosas se mueven, pasan de la potencia al acto, como el niño que es adulto en potencia, y lue-



go se vuelve adulto en acto; o como el adulto que es viejo en potencia y luego se vuelve viejo en acto.

¿Estas de acuerdo con Aristóteles, en que el movimiento de las cosas es el paso de la potencia al acto? ¿Por qué crees que las cosas se mueven?

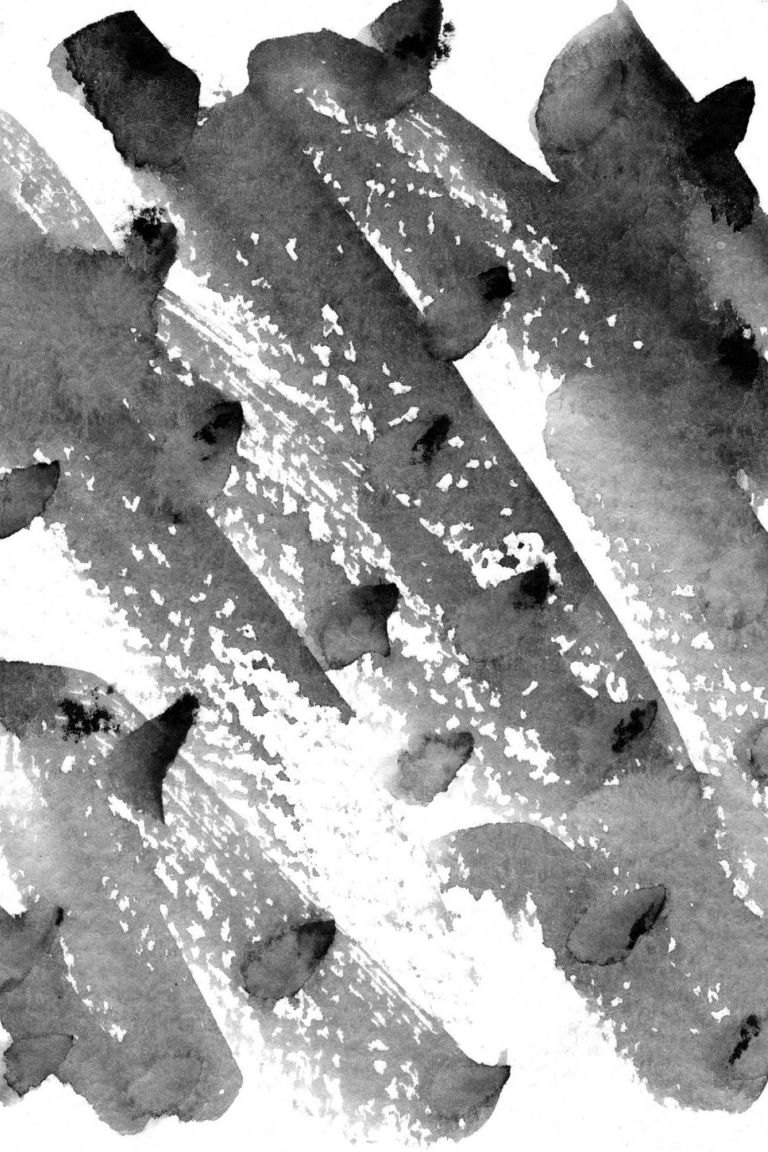
Aristóteles, como Platón, fue uno de los filósofos griegos más conocidos en la Edad Media. Sus ideas sobre el movimiento, sobre el paso de la potencia al acto, siempre fueron recordadas, porque decía que antes de todos los actos y de todas las potencias, había un acto que no venía de ninguna potencia. O sea, por ejemplo, que antes de todos los huevos, y todas las gallinas, y antes de que la lluvia viniera de las nubes, y las nubes del agua de los ríos, y el agua de los ríos de la nieve de las montañas y así al infinito, antes de todo esto, hubo un primer acto, una primera fuerza, que hizo que todas las cosas del mundo se movieran, sin nada anterior que la moviera.

A ese primer acto, a ese primer motor del universo que hace que todas las cosas se muevan, y que las semillas den árboles, y que en los campos puedan germinar hermosas flores, Aristóteles lo llamo acto puro o Dios.

En la Edad Media los filósofos se preocupaban mucho sobre la forma de Dios y por eso, aunque su Dios, Cristo, nada tiene que ver con el acto puro o Dios de Aristóteles, siempre lo tomaron en cuenta cuando respondían a sus preguntas *¿por qué?*

¿Tu crees en Dios?

¿Crees que Dios es como el primer motor que hace que todas las cosas y los hombres se muevan, y pasen de la potencia al acto, como la noche negra que se convierte en el día caluroso, o el triste invierno que da lugar a la colorida y alegre primavera?



LA EDAD MEDIA

La Edad Media fue la época de los reyes y los castillos, de los bosques encantados y las imponentes catedrales, que vino después de la Antigüedad griega y romana.

A todos los filósofos de la Edad Media, como a los filósofos griegos, les gustaba contemplar la naturaleza, gozar de los colores que nos regala el atardecer, y escuchar el canto de los pájaros. A los filósofos de la Edad Media les parecía importante contemplar la naturaleza, escucharla atentamente, para que ésta les regalara sus secretos. Como los filósofos griegos, los filósofos medievales eran muy buenos observadores.

No obstante, al mismo tiempo, había otra cosa que les importaba mucho a estos filósofos, y les ayudaba a responder a sus preguntas *¿por qué?*

Esto que les importaba era la religión cristiana.

Por ejemplo, Tales, al contemplar la naturaleza, y preguntarse de qué estaba hecho el mundo, respondió que de agua; y cuando Heráclito veía que en la naturaleza todas las cosas están ordenadas, y se preguntaba *¿por qué?*, dijo que el orden se debía al "Logos" o la Razón, que era la fuerza que gobernaba al universo.

Los filósofos de la Edad Media en cambio, antes de responder a sus preguntas *¿por qué?* contemplando la naturaleza misma, les importaba más todo lo que el cristianismo les decía.

Por esto, los filósofos medievales no pensaban que el principio del mundo fuera el agua, el aire, o los átomos, sino creían que Dios lo había creado y lo había sacado de la nada.

¿Tú crees que el mundo lo creó Dios o que es producto de un elemento como la tierra o el fuego?

¿Piensas que el mundo está hecho de átomos que se mueven en un torbellino eterno, como decía Demócrito, o crees que es una creación de Dios?

¿Crees en Dios?

Todos los filósofos de la Edad Media, cuando trataron de responder a sus preguntas *¿por qué?*, siempre tomaron muy en cuenta lo que les decía la religión cristiana.

¿Tú tienes alguna religión? ¿Por qué crees que la gente tiene religiones, como el cristianismo, el judaísmo o el hinduismo?

Para los filósofos de la Edad Media la doctrina cristiana era muy importante, pues les ayudaba a responder a todas sus preguntas *¿por qué?*

SAN AGUSTÍN (354-430)

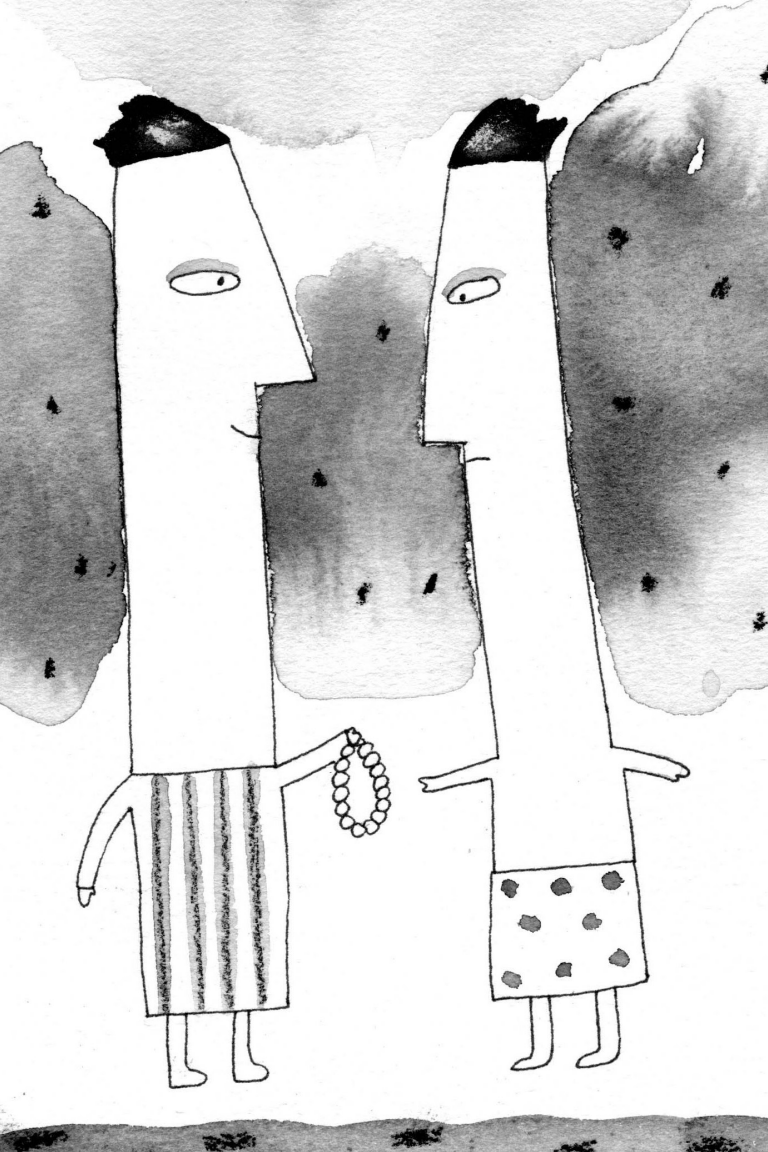
San Agustín nació en Tagaste, en la costa del norte de África. De joven fue muy inquieto, simpático y parrandero. Tenía muchos amigos, le gustaban las fiestas y viajar. También se entretenía estudiando y aprendiendo todo lo que sus maestros le enseñaban.

San Agustín fue un gran filósofo, pues se la pasaba preguntando el *¿por qué?* de todo lo que veía. Le intrigaban muchas cosas, como *¿por qué* los días se acortan en invierno?, *¿dónde* termina el mar? o *¿por qué* la gente puede ser virtuosa, tener buen carácter o ser esclava de sus pasiones?

San Agustín era muy curioso, y no siempre se daba por satisfecho cuando encontraba alguna respuesta a sus preguntas *¿por qué?* Frecuentemente cambiaba de opinión y a veces creía en unas cosas y a veces en otras.

Este filósofo vivió en una época en la que, como en la nuestra o en cualquier otra, había hombres muy ricos, que hacían trabajar a la gente, le pagaban muy poco por su trabajo, y con el dinero que se guardaban, llevaban una vida sumamente lujosa. Agustín veía que algunas personas eran muy pobres, pues la gente rica se quedaba con su dinero y la comida, dejándoles muy poca cosa, a penas lo justo para sobrevivir.

San Agustín, cuando observaba a las personas del país en el que vivía, se acordaba mucho de Platón, que decía que la gente está incompleta y siempre está buscando algo, y se dio cuenta de que por eso algunos hombres trataban de tener muchas riquezas y poder.



San Agustín veía que los hombres encontraban en la riqueza un medio para ser felices, aunque por ello provocaran que otros se volvieran muy pobres.

¿Te has fijado que hay gente que nunca está conforme con nada, y que por eso toma lo que no le pertenece y vive a costa de los demás, como los políticos mentirosos y ladrones, o los dueños de las grandes fábricas que no le pagan bien a sus obreros?

¿Has leído en los periódicos cómo los presidentes de algunos países y sus amigos se volvieron riquísimos con el dinero de la nación, mientras el pueblo estaba en la miseria?

Bueno, en la época de San Agustín era igual que ahora. Los hombres en ese entonces creían que el dinero y las riquezas eran la fuente de la plenitud y la felicidad.

San Agustín estaba muy preocupado pensando en cómo lograr que los hombres fueran felices, se sintieran satisfechos con sus vidas, y que al mismo tiempo dejaran de robarse unos a otros, de decir mentiras y de acaparar todas las riquezas

¿Cómo lograr que los políticos no fueran corruptos, le devolvieran la tierra y el dinero a los pobres, para que así todo el mundo tuviera qué comer, pudiera estar en paz y se sintiera a gusto con su vida?

Después de mucho dudar y mucho reflexionar, San Agustín decidió aceptar lo que decía la religión cristiana, o sea, que los hombres deben amarse los unos a los otros, como Cristo, el Hijo de Dios, los había amado, porque este amor era lo que realmente iba a permitir que todos fueran felices.

Por ejemplo, un niño que quiere mucho a sus juguetes y no los presta, no está contento, porque no tiene con quién jugar. Y

sus amigos, que no tienen juguetes, tampoco están contentos. San Agustín diría que ese niño debería amar más a sus amigos que a sus juguetes, porque así podría compartir los juguetes mismos, jugar con sus amigos, de modo que todos se sintieran plenos y felices.

San Agustín estaba de acuerdo con el cristianismo en que si cada hombre fuera menos egoísta, y amara más a los demás, el mundo sería más agradable, porque nadie robaría, ni mentiría, y nadie se sentiría solo y todo mundo se ayudaría y se encontraría más completo y alegre.

Cristo, el Dios de los cristianos, dijo que si los hombres querían satisfacer sus deseos y alcanzar una vida plena y divina, tenían que amarse los unos a los otros, más que a las riquezas, la fama y el poder, y todas esas cosas que hacen que los hombres se peleen entre sí; y que haya pobreza, envidia y dolor; como el rico que ama más el dinero, que permitir que los pobres tengan que comer.

San Agustín se acordaba de Platón, y de la diferencia entre el buen y el mal amor, y pensaba que el buen amor, el amor que hace realmente felices a las personas, no era el amor a los lujos, ni a las grandes casas, ni al dinero, sino el amor a la justicia y a los seres humanos.

Muchas personas estuvieron de acuerdo con Agustín, porque se dieron cuenta de que si todo mundo se amaba, iba a ser más fácil dejar la miseria y nadie se sentiría solo porque todos serían amigos y se apoyarían para trabajar.

¿Piensas como San Agustín y los cristianos en que la mejor manera de que todos los hombres sean felices, es que se amen

los unos a los otros? ¿Crees que si todo mundo se amara, la vida sería más alegre para todos?

Sin embargo, en la época de San Agustín muchas personas prefirieron no amar a todas las personas, y más bien quisieron seguir teniendo muchas riquezas y lujos, aún cuando hubiera mucha gente que por su culpa fuera pobre... Hubo muchas personas que no se quisieron convertir al cristianismo.

San Agustín se dio cuenta de que lo que él y la religión cristiana enseñaban, iba a provocar que la gente pobre tratara de tomar lo que le pertenecía, y que los ricos estuvieran en desacuerdo, porque deberían dejar todas las riquezas robadas, con las que trataban de ser felices. Y bueno, San Agustín estuvo de acuerdo en que el amor entre la gente iba a hacer que se le quitaran a algunos sus riquezas, para repartirlas entre todos, para que todo mundo pudiera vivir bien.

¿Te parece correcto que unos sean muy ricos, porque viven del trabajo de los pobres?, ¿Estás de acuerdo con que haya pobreza?

¿Qué piensas de que los pobres le quiten a los ricos todas sus inmensas riquezas? ¿Crees que el amor entre los hombres es la mejor manera de que todos sean felices?



SAN FRANCISCO DE ASÍS (1182-1226)

San Francisco en realidad no fue un filósofo, sino más bien una persona muy religiosa que no se dedicaba a preguntar el *¿por qué?* de todo lo que veía, sino que creía en las enseñanzas de la doctrina cristiana.

Por eso, San Francisco no se dedicó a ninguna otra cosa que no fuera amar a los hombres. Dejó su casa y los lujos, y puso un hospital para curar a la gente que estaba enferma de lepra y otros males. San Francisco era muy feliz amando y ayudando a la gente, de manera que para estar contento no necesitaba tener grandes cantidades de tierra, casas enormes y ropa elegante.

San Francisco vivía en el bosque, y todos los días por la mañana se dirigía hacia el valle donde estaba el hospital donde trabajaba. Después, por la tarde, regresaba a la montaña para comer y dormir. Al pie de unos grandes peñascos, entre unos pinos, había una cueva donde San Francisco y algunos amigos pasaban las noches, sin nada más que su comida, paja para abrigarse del frío, y un hábito café o gris, que era como un camisón que usaban los campesinos y la gente sencilla.

San Francisco se sentía pleno con la vida que llevaba, cuidando enfermos, ayudando a quien podía y teniendo buenos amigos. Además, mucha gente lo iba a visitar, pues su bella sonrisa y sus ojos brillantes derramaban una alegría contagiosa. San Francisco no tenía propiedades ni comodidades, pero, en cambio, tenía mucha paz en su corazón.

En ocasiones, San Francisco dejaba de comer por varios días. Al principio le daba hambre, pero después, al contrario, se sentía

como muy ligerito, y podía entonces gozar mejor del calor del sol, del fresco de la mañana y del delicioso olor de los pinos. A San Francisco le gustaba disfrutar del bosque en el que vivía, pues se daba cuenta de que amando no sólo a los hombres, sino a toda la naturaleza, podía encontrarse entero y completo.

El amor de San Francisco a la naturaleza era tan intenso, que una mañana, cuando le daba de comer a unas palomas, al regar migajón por el suelo, notó que entendía cuando éstas le daban las gracias.

Entonces, poco a poco, fue aprendiendo el idioma de las palomas, y después el de las golondrinas y el de todos los pájaros del bosque.

Algún tiempo después, San Francisco ya sabía el lenguaje de los zorros, las abejas, las tortugas, las serpientes, los jabalíes y de todos los animales de la región.

Así, a veces, cuando regresaba de trabajar en el hospital, llegaban varios animales a conversar con él.

Una vez que estaban reunidos muchos animales hablando con San Francisco, le empezaron a decir que si los hombres seguían destruyendo a los bosques sólo con el fin de vender la madera y con el dinero comprar armas para la guerra, y si seguían matando animales sólo para hacer sacos elegantes con sus hermosas pieles, pronto estarían peleados con la naturaleza, y ya no habría bosques inmensos, ni ríos con peces, ni frutas con dulces sabores. Entonces los hombres morirían de soledad y tristeza.

San Francisco oía muy apenado lo que le decían los animales del bosque, y no le quedaba más que aceptar que los hombres, a ese paso, iban a hacer de la Tierra un lugar desolado y sin vida.

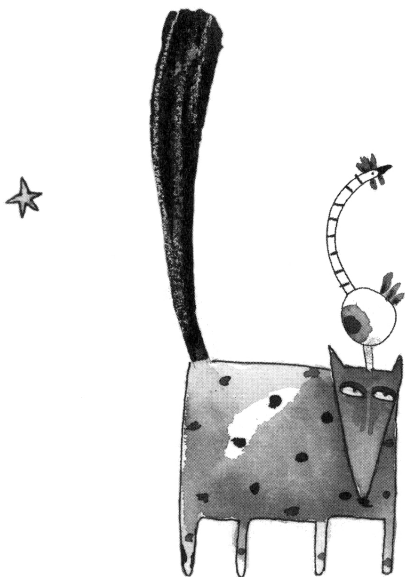
Los animales le decían a San Francisco que si los hombres no aprendían, no sólo a amarse los unos a los otros, sino también a amar a los animales y a todas las cosas del planeta, como al oso y al águila, como a los árboles centenarios y al sereno lago; y sólo se dedicaban a destruirlos, pronto vivirían amontonados en casas en las que no entraría el sol, ni el delicioso aroma de las flores del campo, y pronto tendrían el corazón congelado por el ruido, y los ojos con lágrimas por no ver el cielo azul.

San Francisco estaba muy triste, porque creía que los animales tenían razón; pensaba que los hombres, al tratar de satisfacer sus deseos y sentir sus vidas completas, destruían todo lo que encontraban, para construir así enormes palacios, con grandes y fríos salones que nadie ocupaba, o armas para la guerra que matan a mucha gente buena e inocente, y puras cosas que en lugar de hacerlos realmente felices, sólo les causaban daño y vacío.

Desde ese momento San Francisco trató de convencer a la gente de que para ser feliz no era necesario tener inagotables riquezas, y por ello cortar tantos árboles y matar tantos animales. Pero la gente no le hacía caso.

¿Tú crees como San Francisco que si los hombres amaran a la naturaleza, y no la destruyeran para hacer muchas cosas que no son realmente importantes, como coches de carreras, zapatos de piel de cocodrilo, bombas atómicas, podrían ser más felices, pues gozarían del aire puro de la montaña, del murmullo de los ríos y tendrían la compañía y la conversación de todos los animales?

Un día San Francisco, cuando ya era viejo, se dio de cuenta que sus días estaban terminando. Los ojos ya no le funcionaban, los huesos le dolían, la fuerza de su cuerpo era cada vez menor. Entonces se fue solo caminando al bosque profundo, donde no había hombres. Se dice que en el camino, antes de morir, algunos vieron que su cabeza estaba envuelta en un halo de hermosos colores y un intenso resplandor, como un arcoiris muy bello. Después nadie lo volvió a ver.



SAN ANSELMO (1033-1109)

San Anselmo, una tarde que venía de la catedral donde celebraba misa, decidió entrar a un merendero para cenar un buen trozo de pan con queso y salchicha. Cuando entró a ese lugar, vio que toda la gente estaba metida en una gran discusión.

Gritos por aquí, gritos por allá, y San Anselmo no lograba saber por qué la gente discutía tanto.

En medio de la algarabía, un viejo gordo y barbón le explicó a San Anselmo cuál era el motivo del alegato:

-Hay un grupo de hombres que dicen que Dios no existe. Otros afirman que sí existe, que si no fuera así, no se podría saber de dónde viene el mundo, porque Dios lo creó. Los primeros, en cambio, dicen que el mundo no pudo haber sido creado por Dios, porque el mundo ha existido desde siempre.

San Anselmo oía la discusión, que a veces se volvía un poco violenta. Cuando parecía que no se iba a llegar a ningún acuerdo, se levantó sobre su silla, y dijo en voz alta:

-Señores. Claro que Dios existe, si no fuera así, ¿cómo existirían la montaña y los ríos? Si Dios no existiera, nadie los hubiera creado, y no existirían-.

-Anselmo- respondió un hombre fuerte y maduro, -tú no puedes probar que Dios existe diciendo que si Él no existiera, el mundo tampoco existiría. El mundo es eterno, nadie lo creó, existe desde siempre, y no hubo ningún Dios que lo creara. Si tú crees en Dios, es gracias a tu fe, pero no puedes demostrar con razones que Dios existe.

San Anselmo no pudo responder a los argumentos de aquel hombre, porque en ese momento estalló de nuevo una fuerte gritería en la que nada se entendía claramente.

¿Crees que Dios existe? ¿Piensas que una manera de demostrar la existencia de Dios es decir que sin Él el mundo no existiría porque nadie lo hubiera hecho? ¿Y qué tal que si el mundo es eterno, y existe sin que Dios lo haya creado? ¿Cómo probarías la existencia de Dios?

San Anselmo estaba muy enojado en su silla, porque no había logrado convencer a nadie de que Dios existe. Estaba de acuerdo con aquel hombre en que la fe era una vía para creer en Dios, pero de todas maneras quería encontrar un argumento, además de la fe misma, para probar su existencia.

San Anselmo quería probar con razones, y no sólo con la fe, que Dios existía.

De pronto, una gran idea vino a su cabeza, y se levantó nuevamente sobre su silla. Fue tal el entusiasmo que lo embargaba, que todos los presentes guardaron silencio al escuchar sus primeras palabras.

-Señores- volvió a decir San Anselmo -¿qué es mejor para un niño, tener un juguete que le gusta mucho, o imaginar que lo tiene?

-Tener el juguete. Dijeron todos a coro.

-Entonces el juguete que se tiene, es mejor y más perfecto que el que sólo se imagina que se tiene- añadió San Anselmo.

-Claro. Respondieron los demás.

Bueno, ahora piensen en Dios. Se dice de Dios que es lo más grande y lo mejor. ¿Estamos de acuerdo?

-De acuerdo- dijeron los presentes.

-Si Dios es lo más grande y lo mejor, es lo más perfecto.

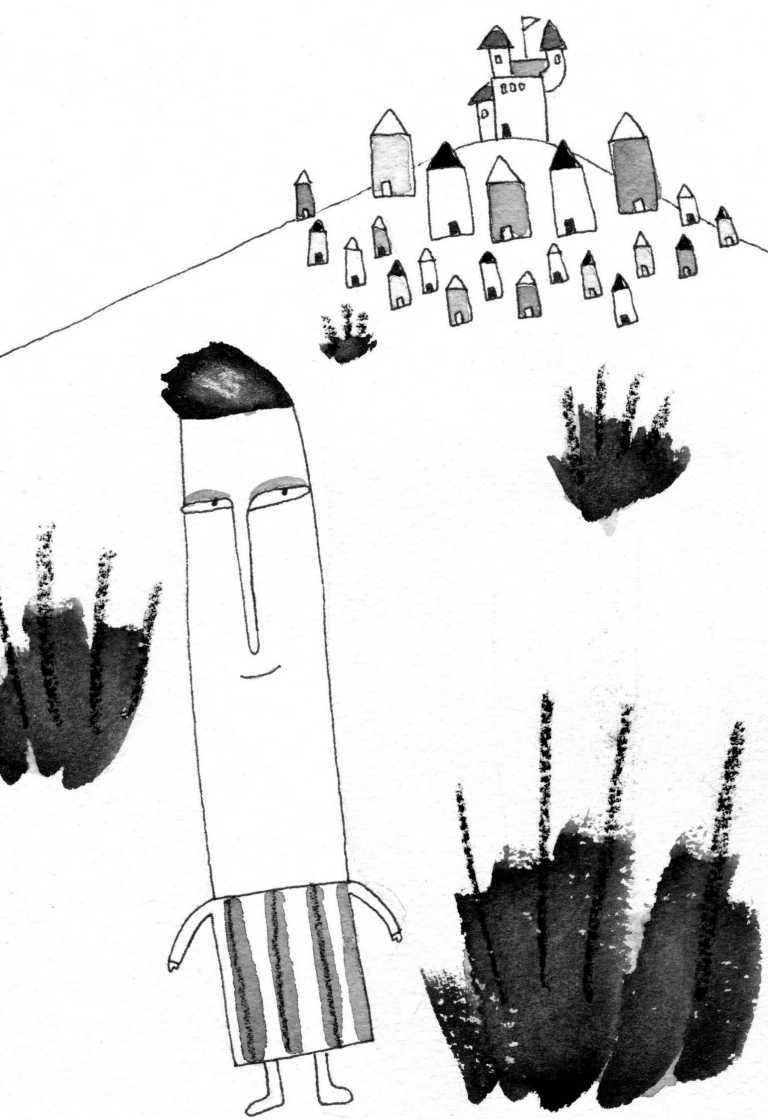
-De acuerdo.

-Y claro, si Dios es lo más grande, mejor y perfecto, no puede ser sólo que lo imaginemos, como el niño que imagina un juguete, sino que realmente, si es perfecto, lo podemos tener y existe. Como el juguete que el niño tiene y no imagina, de igual manera, Dios, por ser perfecto, existe y nosotros podemos conocerlo.

En ese momento, todos los que estaban a favor de que Dios existía, empezaron a gritar felices, convencidos de que San Anselmo había logrado probar su existencia. Los que no creían en Dios, se quedaron callados, no sabían qué decir. San Anselmo, con sus argumentos, había ganado la discusión.

¿Estas de acuerdo con San Anselmo? ¿Piensas en que si Dios es perfecto, existe, como el juguete perfecto que el niño tiene y no sólo imagina? ¿Piensas que es cierto que si Dios es lo más grande, lo mejor y lo más perfecto que se puede pensar, entonces tiene que existir?

San Anselmo, desde ese día, fue recordado justamente como un filósofo que había probado la existencia de Dios.



SANTO TOMÁS DE AQUINO (1221-1274)

Sto. Tomás vivió en Nápoles. Esta ciudad, como casi todas en la Edad Media, estaba amurallada, para que los ejércitos de las ciudades enemigas no la pudieran conquistar.

En el centro de la ciudad, había un hermoso castillo donde vivía un rey. Alrededor del castillo, estaban los palacios de los príncipes y los caballeros. Después, alrededor de los palacios de los príncipes y caballeros, se encontraban las casas de los soldados y los artesanos. Y por último, cerca de la muralla que defendía a la ciudad, vivían los campesinos y la gente pobre que todos los días cruzaba las puertas de la muralla para salir a trabajar a los campos del rey.

Sto. Tomás acostumbraba pasear en las mañanas, e iba saludando a toda la gente que encontraba.

Primero, pasaba frente al castillo real, y hacía una solemne reverencia. Después iba a desayunar con los príncipes y los caballeros. Luego, con el fin de hacer la digestión, se alejaba más del castillo, y bajaba al barrio de los artesanos y soldados donde hacía algunas compras que guardaba en un saco, para después atravesar el barrio de los campesinos, y llegar a las puertas de la ciudad, desde donde se iba a caminar por los campos sembrados de trigo.

Una tarde Sto. Tomás venía de regreso al reino; estaba muy cansado, pues había caminado todo el día, así que se recargó justo en la muralla observando el sol que se estaba ocultando en el horizonte. Estaba tan cansado, que se quedó dormido.

Cuando despertó, ya no pudo ver los campos y las montañas bañadas por el sol de la tarde; primero, porque se había resbalado y estaba acostado boca arriba; y segundo, porque sólo veía el cielo oscuro lleno de estrellas.

Sto. Tomás observaba cómo el cielo era una bóveda o una cúpula que cubría a la tierra. El sol había desaparecido por completo, pero detrás de las montañas, asomaban los primeros rayos de la luna.

Sto. Tomás estaba muy sorprendido por la belleza y lo grande que es el universo; y le parecía maravilloso cómo la Tierra estaba en el centro del mismo, y cómo alrededor de ella giraban la luna, el sol, los planetas y todas las estrellas.

Este filósofo estaba convencido de que la Tierra no se movía, y de que todos los demás astros giraban alrededor de ella.

Como Sto. Tomás era cristiano, creía que el mundo había sido creado por Dios y lo había sacado de la nada. Por eso, no se preguntaba si el origen del cosmos era el aire, el fuego, los números o los átomos. Pero sí se preguntaba ¿por qué la Tierra estaba en el centro del universo, y por qué la luna, el sol y los demás planetas, giraban a su alrededor?

¿Por qué Dios había creado un cosmos redondo y cerrado como una pelota o una esfera, y no uno cuadrado en el que la Tierra le diera vueltas al sol?

Sto. Tomás estaba preocupado ya que no sabía por qué Dios había creado un universo como ese, pero tenía frío y hambre, así que mejor se fue a su casa para cenar y dormir.

Al día siguiente no pudo salir a pasear, porque tenía que ir a una misa en la iglesia de la ciudad.

Cuando estaba escuchando lo que decía el sacerdote, se distrajo unos momentos, y se puso a pensar en su duda de la noche anterior: "¿por qué todos los planetas giran alrededor de la Tierra inmóvil, que está en el centro del universo?"

Luego, en lugar de poner atención en la misa, se fijó en los retablos y murales que había en la iglesia. Notó cómo había algunos en los que, como en una pirámide, se mostraba a Dios hasta arriba; más abajo, a los arcángeles, a los serafines y a los ángeles formando un ejército; y al final, a los hombres y a los animales.

¿Has entrado a una iglesia? ¿Te has fijado en los cuadros y pinturas que muestran a Dios sentado en una silla, y por debajo de Él a muchos ángeles, y todavía más abajo a los hombres, y luego a los animales?

Sto. Tomás se dio cuenta de que algunas personas lo veían severamente, porque no ponía atención a la misa. Entonces puso cara de que estaba muy interesado en ella, pero por dentro, en su mente, seguía pensando...

A la mañana siguiente, hizo su paseo acostumbrado. Haciendo una reverencia, pasó frente al castillo del rey, que como dijimos estaba en el centro del reino; después visitó el barrio de los príncipes y caballeros; se alejó más del castillo y bajó al barrio de los soldados y los artesanos; fue aún más lejos pasando las chozas de los campesinos, hasta que llegó a las murallas de la ciudad.

Ahí se sentó a ver el campo, a oler el aire fresco cargado con aromas de flores silvestres, y a pensar...

¿Por qué el universo es como una esfera en la que la Tierra está en el centro, y alrededor de la tierra misma giran la luna, el sol y los planetas?



Luego vinieron a su cabeza las imágenes de los retablos de la iglesia en los que estaban Dios, los ángeles, los hombres y los animales, y también se preguntó: ¿por qué estaban dibujados formando una pirámide o una jerarquía, en la que Dios estaba hasta arriba; abajo los arcángeles, los serafines y los ángeles; luego los hombres, y hasta abajo los animales?

De pronto, pasó un campesino que traía al hombro la pala y el azadón.

Entonces Sto. Tomás, que tenía ganas de conversar, lo llamó. En realidad, Sto. Tomás creía que no iba a poder hablar mucho con el campesino, porque la mayoría de ellos no sabían leer y escribir, y sólo conocían lo que tiene que ver con el campo.

Sto. Tomás, sin muchos rodeos, le dijo:

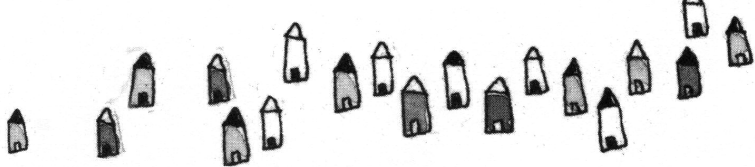
-Campesino, ¿por qué crees que el universo es como una esfera, y que en el centro de la esfera está la Tierra, alrededor de la cual giran la luna, el sol, los planetas y todas las estrellas?

El campesino se detuvo, pensó unos momentos y le respondió:

-Hace muchas mañanas que te veo cruzar el camino desde el centro del reino, donde está el castillo, hasta las murallas, donde viven los campesinos; y también te he visto en la iglesia, observando los cuadros y las pinturas que hay en ella. Por eso me extraña que no sepas por qué Dios creó la Tierra en el centro del cosmos, y girando a su alrededor, la luna, el sol, y los siete planetas.

-No te comprendo- dijo Sto. Tomás, asombrado.

-Fíjate en mí- respondió el campesino. -¿Crees que algún día viviré en el castillo del rey? Pues no, porque mi abuelo fue campesino, mi padre fue campesino, y yo soy campesino, y por eso siempre viviré junto a la muralla del reino.



Lo mismo pasa con las pinturas de la iglesia. Dios está arriba de todos los seres, luego por debajo de Él vienen los ángeles, luego los hombres y al final los animales. ¿Crees que cualquier hombre o un ángel pueda quitarle su lugar a Dios?

Bueno, lo mismo pasa en el universo. En el centro está la Tierra, donde nació Cristo, mi Dios, luego está la luna, el sol y los demás astros. ¿Piensas que un día la luna podría juntarse con la Tierra y quitarle su lugar? Pues claro que no.

Lo que pasa es que Dios, cuando creó al mundo, quiso que todas las cosas estuvieran en un lugar y ordenadas como por grados, y que el castillo del rey estuviera en el centro del reino, y los campesinos viviéramos a su alrededor; Dios quiso que Él mismo estuviera hasta arriba de la pirámide o la jerarquía de los ángeles, los hombres y los animales; y que la Tierra, donde nació su Hijo, Cristo, estuviera en el centro del universo.

El campesino, al que no le gustaban las grandes discusiones porque era gente sencilla, tomó la pala y el azadón, y se fue sin darle a Sto. Tomás la oportunidad de decir nada.

¿Estás de acuerdo con lo que le dijo el campesino a Sto. Tomás?

¿Crees que Dios creó a unos hombres reyes y a otros campesinos, y que los campesinos no pueden ser reyes, para que el mundo esté ordenado por grados?

¿Piensas que en el centro del universo está la Tierra que no se mueve, y alrededor de ella girando los demás planetas, porque la Tierra es mejor, ya que Cristo, el Hijo de Dios, nació en ella?

¿Crees que la gente rica, como los reyes, es rica y poderosa porque Dios así creó el mundo, y que la gente pobre debe ser pobre, porque así lo quiere Dios?

¿Te parece que el universo se ordena en una jerarquía en la que Dios está hasta arriba, luego los ángeles y más abajo, los hombres y los animales?

¿Estás de acuerdo con la historia del campesino?

Bueno, Sto. Tomás sí estuvo de acuerdo con lo que el campesino le contó. En realidad, no le dijo a nadie de su conversación con él. Pero después escribió muchos libros en los que explicaba detenidamente esta conversación, y cómo cuando Dios creó el universo, quiso que en el centro estuviera la Tierra y alrededor de ella giraran los planetas; que en el centro del reino estuviera el castillo del rey y alrededor los nobles y el resto del pueblo, y que los ángeles, los hombres y los animales se ordenaran en forma de pirámide o en una jerarquía.

Cierta ocasión, Sto. Tomás se encontró con un fraile franciscano que había leído algunos de sus libros. El fraile le preguntó:

-¿Tomás, crees que Dios creó el mundo como por grados, aunque el rey fuera rico y poderoso, y los campesinos pobres e ignorantes? ¿Piensas que un campesino jamás podría ocupar el lugar del rey?

Sto. Tomás, sin mirarlo al rostro, le respondió:

-Claro, porque de esta manera las ciudades pueden tener un orden y vivir en paz. ¡Imagínate que cada quien hiciera lo que quiera!, ¿quién trabajaría la tierra?, ¿quién defendería al castillo del ejército enemigo?, ¿quién haría las leyes y gobernaría?

-Pero, ¿tu crees que sea bueno un reino ordenado, en el que haya paz porque cada quien cumple con su trabajo, pero sin jus-

ticia?, ¿se te hace justo que el rey se quede con toda la riqueza del trabajo de los campesinos y los artesanos?- le respondió el fraile franciscano alzando la voz.

-Lo que pasa es que si no hay un orden y cada quien hace lo que quiere, nadie podrá trabajar- contestó Sto. Tomás frunciendo el ceño.

-No, lo que se necesita es que los hombres trabajen juntos, que haya una paz en la que todos sean felices, justo porque hay justicia- le reprochó el franciscano.

-Pero no es posible que todos trabajen, ¡alguien tiene que dar las órdenes!- dijo Sto. Tomás, al tiempo que se daba la vuelta para seguir con su camino -Estoy muy ocupado, tendrías que estudiar más para comprender mis argumentos.

El franciscano, enojado y triste a la vez, se dió cuenta que Sto. Tomás no quería hablar con él.

¿A quién le darías la razón?, ¿a Sto. Tomás, que busca que en la ciudad unos den órdenes y otros obedezcan, para que haya orden y se pueda trabajar imitando el orden del universo?, ¿o al fraile franciscano, que quiere que todos trabajen para que no sólo haya paz y orden, sino también amor y justicia?



GUILLERMO DE OCCAM (1280-1349)

Guillermo de Occam era un fraile franciscano, o sea, que estaba de acuerdo con la forma de vida de San Francisco de Asís. Por esto, a Guillermo de Occam le gustaba vivir amando a los hombres y a la naturaleza. Occam pensaba que no había necesidad de crear teorías como la de Sto. Tomás, llenas de ideas muy complicadas y enredadas, si lo único realmente importante era comprender cómo el amor de Dios se manifestaba en cada cosa, por pequeña que fuera. Occam decía que toda la obra y la filosofía de Sto. Tomás eran tan sólo palabras vacías, como simples disparates que nada tienen que ver con Dios, el amor y la vida. Este filósofo pensaba que Dios es amor y justicia y por ello no creía que el universo y los hombres se ordenaran en forma de pirámide o en una jerarquía. Decía que la verdadera filosofía debería ser como una navaja, lista para cortar de raíz las doctrinas de todos los pensadores que en lugar de ayudar a vivir el amor de Dios, sólo enmarañaran el entendimiento de los hombres.

Pero bueno, además de ésto, gozaba de una ocupación a la que dedicaba casi todo su tiempo.

En el convento donde vivía, tenía un cuarto en el que había muchos aparatos para hacer experimentos con la luz, los colores y las figuras. Tenía lentes, lupas, espejos y vidrios de formas variadas que torcían las imágenes, y hacían muy gorda a la gente o la reflejaban muy flaca y alargada.

Guillermo de Occam se la pasaba muy atareado en su cuarto haciendo experimentos, juegos de luces y sombras, calculando

las figuras que hacían los rayos de la luz y midiendo el grosor de los lentes y las lupas.

En la época de Occam, muy poca gente se dedicaba a hacer experimentos, por lo que no había todos los aparatos que conocemos ahora, como radios, televisiones o refrigeradores. Ni siquiera conocían la luz eléctrica o las máquinas de vapor.

Occam fue una de las primeras personas que comenzó a medir y a calcular las propiedades del agua o de los metales, y a hacer experimentos con todo lo que encontraba, para tratar de crear máquinas que fueran útiles al hombre.

Por eso, Occam es uno de los filósofos de la Edad Media más importantes, ya que al mismo tiempo que le importaba que los hombres se amaran los unos a los otros, que se practicara la justicia, que los reyes no trataran mal a los campesinos, también se dedicó a hacer experimentos.

Muchos de sus experimentos y su forma de pensar fueron tomados en cuenta en la época futura, en el Renacimiento, cuando nació la ciencia moderna, y se inventó el telescopio, el péndulo, y muchos aparatos que servían para medir y calcular, y así conocer mejor todas las cosas que hay en la naturaleza.

¿Te has puesto a pensar que hace algunos años no había televisión y que poco antes no había radio? Si tienes abuelos, pregúntales si cuando eran niños tenían televisión.

¿Te imaginas cómo era la vida cuando no había coches, refrigeradores ni aviones?

Guillermo de Occam fue de los primeros que se preocuparon por inventar todas esas cosas y tratar de hacer la vida del hombre más fácil y segura, y por eso fue uno de los precursores de la ciencia moderna.



EL RENACIMIENTO

El Renacimiento es una época en la que la gente y los filósofos ya no estaban de acuerdo con lo que decía Sto. Tomás. Por ejemplo, muchas personas empezaron a dudar si realmente la Tierra no se movía y era el centro del universo. Otros afirmaron que el cosmos no era como una esfera, sino que más bien era infinito, que nunca se acababa, y que dentro de él había muchos soles, alrededor de los cuales giraban innumerables planetas como la Tierra misma.

También durante el Renacimiento, hay quienes ya no estaban de acuerdo con que en las ciudades, el castillo del rey estuviera en el centro, luego viniera el barrio de los príncipes y los caballeros, después las casas de los soldados y los artesanos, y al final las chozas de los campesinos. A mucha gente no le parecía bien que los campesinos no pudieran ser más que campesinos, y no se dedicaran a otra cosa, como ser artesanos, comerciantes u hombres libres que no trabajaran en las tierras del rey.

En el Renacimiento la gente común ya no quería ser sólo como una pieza de rompecabezas en la jerarquía de los nobles, los artesanos y los campesinos.

En esa época, en cambio, los hombres querían valer por sí mismos, y no porque Dios les hubiese dado un lugar en el mundo.

En el Renacimiento cada quien trataba de resaltar por sí mismo, por lo que le gustaba hacer, y no por lo que le tocara hacer, según el barrio en el que hubiera nacido. De modo que hubo muchas personas de diferentes barrios que se convirtieron en pintores, magos, arquitectos, escritores, músicos y matemáticos. En el Renacimiento, los campesinos se volvieron comerciantes; los artesanos y algunos nobles quisieron ser artistas y científicos que trabajaban para su propio provecho y ya no le hacían caso al rey y a la nobleza. Las murallas de las ciudades empezaron a derribarse, y la gente prefería moverse con más libertad, para hacer buenos negocios y conocer otras formas de vida

PICO DE LA MIRÁNDOLA (1463-1494)

Pico de la Mirándola era un joven muy guapo. A Pico le gustaba salir a pasear por la ciudad. En sus paseos iba viendo a las personas en la calle, y se le hacía muy curioso como todas eran tan diferentes.

Por ejemplo, a veces veía algunos sucios pordioseros pidiendo limosna en una esquina, y a la siguiente calle se encontraba con unos señores muy elegantes y arreglados, comiendo deliciosos platillos y conversando con cortesía.

Otras veces, entraba a una sala de conciertos, y admiraba la capacidad de un artista para hacer música muy bella, como un flautista que tocaba suaves melodías. Y al salir, observaba cómo unos borrachos venían de la taberna, casi sin poder caminar, diciendo tonterías, hasta que se quedaban tirados en algún callejón oscuro.

¿Tú te has fijado como las personas pueden ser muy diferentes entre sí; cómo hay algunas despiertas y trabajadoras, y otras viciosas y con el rostro opaco?

¿Has notado cómo hay personas limpias y que siempre están enderezadas, y también otras que, por el contrario, están desahregladas, encorvadas y con la cara llena de malos gestos?

Pico estaba muy intrigado, pues no sabía por qué los hombres podían ser tan diferentes unos de otros, aún siendo hermanos o parientes, y habiendo ido a una misma escuela.

Algunas ocasiones, Pico iba con su papá a visitar una granja que tenían fuera de la ciudad, y ahí veía a los chivos, las vacas y las gallinas que estaban en los corrales. Se dio cuenta entonces de que las vacas, por ejemplo, nunca cambian, sino que todas son más o menos iguales entre sí. O sea, que no había unas vacas por-dioseras, y otras que tocaran el violín. Tampoco había chivos bo-rrachos, y chivos que les gustaran las matemáticas y la alquimia.

Pico veía cómo los animales no se preocupaban por llegar a ser alguien, ni por hacer algo con sus vidas. Los animales están tranquilos con su manera de ser, dada de una vez por todas.

¿Has visto alguna vez una mula que le guste la pintura, y a otra que prefiera dedicarse a aprender idiomas? Los mulas son mulas, y no se ocupan de nada más.

Entonces Pico se sintió más intrigado, ya que no sabía a final de cuentas ¿por qué los hombres pueden ser tan diferentes unos de otros, por qué puede haber algunos hombres malos y ladrones, y otros buenos y alegres; unos que no saben hacer nada y sólo les gusta vagar, y otros trabajadores e ingeniosos?

Tú ¿por qué crees que los hombres pueden ser tan diferentes unos de otros?

¿Por qué crees que los hombres no son como los animales, y que no tienen su manera de ser hecha de una vez y para siempre?

Bueno, Pico se dio cuenta de que los hombres, al nacer, todavía no tienen claro su carácter, sino que, en el transcurso de su vida, pueden llegar a ser cualquier cosa. Se pueden volver sucios y holgazanes como los puercos, o pueden ser inteligentes y nobles como los ángeles.

Pico decía que el hombre es un ser maravilloso, porque se puede convertir en cualquier cosa, como en una bestia bruta que sólo quiere comer y dormir, o en un gran artista que crea cosas bellas, como la pintura y la música.

Para Pico, el hombre puede trabajar toda su vida para alcanzar lo que quiere ser, no importando si nace siendo el hijo de un campesino, de un herrero, o del rey.

Según Pico, el hombre es un ser libre, que puede escoger convertirse en algo tan aburrido como un asno, en un ser apestoso como un puerco, o también en algo tan maravilloso como los mismos ángeles.

¿Estás de acuerdo con Pico de la Mirándola en que los hombres no tenemos un carácter ya hecho, sino que lo tenemos que ganar día a día, con todo lo que hacemos? ¿Crees que el hombre se puede convertir en cualquier cosa, o que nace ya con su futuro determinado según el barrio o la clase social a la que pertenezca, como el campesino o el artesano de la ciudad medieval?

Pico, como muchos de los hombres del Renacimiento, cree en la libertad humana y en que el hombre es dueño de su carácter y su destino.

GIORDANO BRUNO (1548-1600)

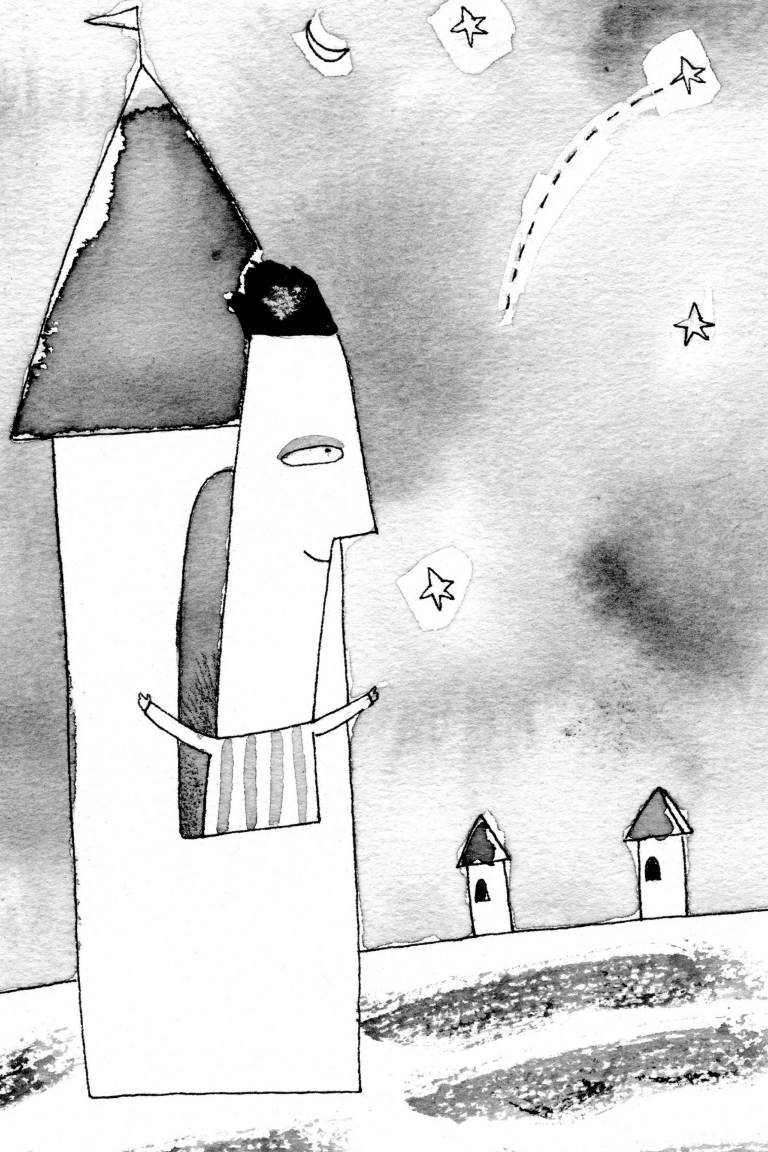
Giordano Bruno vivía en un convento y, una noche, subió a la torre del mismo. No había luna, y se podían ver claramente las estrellas brillando en el universo. De pronto, vio cómo un cometa cruzaba el cielo y desaparecía en la lejanía.

Entonces pensó: "El universo no puede ser como dice Sto. Tomás. No puede ser una esfera o una pelota en la que la Tierra está en el centro, porque si así fuera, entonces ese cometa se hubiera estrellado contra las paredes del universo. ¿Hacia dónde se fue el cometa? No oí que golpeará la esfera que envuelve a la Tierra y los planetas. A mí se me hace que el cometa no se estrelló contra las paredes del universo, porque el universo no tiene paredes, pues es infinito".

"El universo es infinito, porque si estuviera metido en una esfera, esa esfera, a su vez, tendría que estar en algún lugar, y ese lugar, en otro, y ese otro, también en otro, y así infinitamente. El universo es infinito, no se acaba jamás. El cometa que vi pasar, podrá viajar por siempre, o hasta que choque con una estrella, pero no se detendrá porque choque con las paredes del universo, porque el universo es infinito, no se acaba jamás, y no tiene paredes".

Bruno siguió mirando el cielo, y se dio cuenta de que en el cosmos podían existir miles de soles, con muchos planetas como la Tierra, y que el planeta Tierra en el que vivía, no tenía que ser el centro del cosmos, como decía Sto. Tomás.

¿Estás de acuerdo con Bruno en que el cosmos es infinito y que la Tierra no es su centro, o más bien estás del lado de Sto.



Tomás, y piensas que el cosmos es como una pelota o una esfera en la que el centro está en la Tierra?

Giordano Bruno daba clases de matemáticas y astronomía en una universidad en la que siempre se enseñaba lo que Sto. Tomás había dicho.

Una mañana llegó a dar su clase, y en lugar de repetir lo que decía el libro de texto y los manuales sobre ese filósofo, se le ocurrió enseñarle a los alumnos lo que había pensado aquella noche cuando estuvo en la torre de la iglesia: que el cosmos era infinito, y que la Tierra no era su centro.

En ese momento, muchos de sus alumnos quedaron impresionados porque Bruno les había dicho algo que no habían pensado jamás. ¿Cómo iba a ser que la Tierra no era el centro del universo? ¿Acaso Bruno no sabía leer los libros de Sto. Tomás? Se armó tanto revuelo en la universidad por lo que Bruno había dicho, que llegó el director, los otros maestros, y le preguntaron si era cierto que él decía eso de que el cosmos era infinito y que la tierra no era su centro.

El respondió con orgullo que si era cierto.



Al día siguiente Bruno caminaba por el campo, buscando una ciudad en la que hubiera una universidad para dar clases, porque lo habían despedido de su trabajo como maestro, por no enseñar la filosofía de Sto. Tomás.

Y bueno, lo despidieron porque el rey y el papa querían que se enseñara lo que decía Sto. Tomás, o sea, que el mundo está ordenado por grados y que la Tierra era el centro del universo, porque así también se podía pensar que el rey y su castillo, así como el papa y la catedral, debían estar en el centro de la ciudad y que todos deberían trabajar para ellos.

Si se enseñaba que la Tierra no era el centro del universo y que éste es infinito, a lo mejor la gente pensaba que el rey y el papa tampoco deberían vivir en el centro de la ciudad y gobernar a todos, sino que cada quien, como decía Pico de la Mirándola, podía hacer su vida por sí mismo, sin hacerle caso más que a su propia conciencia.

Después de caminar toda la mañana, Bruno estaba agotado, por lo que decidió dormir un poco al lado del camino. Había sol y el clima ideal para descansar.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que estaba dormido justo al lado de un hormiguero. Entonces se fijó en las hormigas trabajadoras que vivían como en un pequeño mundo. Las plantas eran grandes árboles, las piedras eran enormes montañas y un charquito de agua, era como un lago.

¿No se te ha ocurrido pensar que para los bichos como las hormigas, las lombrices y las libélulas, el pasto es como un bosque inmenso, las piedras son como peñascos muy empinados, y un pequeño riachuelo, como el caudal de un ancho río?

En ese momento a Bruno se le ocurrió que quizá nuestro mundo es como una partecita de un mundo más grande en el que estamos metidos. Se imaginó que los mares son como charquitos, los bosques como un poco de musgo y las montañas como montoncitos de tierra de otros mundos más grandes. Bruno pensó que las cosas más pequeñas, son como un espejo que refleja a las más grandes, así como el hormiguero y el charco reflejan a los bosques y a los lagos de la Tierra. También pensó que en las cosas más grandes como el universo, hay muchos mundos chiquitos, como las ciudades de los hombres y los hormigueros y los panales; y que dentro de esos mundos chiquitos, hay otros más pequeños aún.

Bruno creyó que el cosmos entero estaba en cada piedrita, y que cada piedrita estaba en el cosmos. Que lo más grande era igual a lo más pequeño y que lo más pequeño era igual a lo más grande.

En ese instante pensó que tal vez, si comenzaba por ejemplo, a hacer que la hormiga reina no pudiera llegar al hormiguero, entonces el rey del castillo o el director de la universidad tampoco podrían llegar a sus habitaciones, ni a su cama para descansar. Y se le ocurrió que tal vez si hacía que el pequeño charquito de agua que estaba junto al hormiguero se desparramara, entonces también el río que estaba junto a la catedral se desbordaría sobre los jardines del papa.

Como Bruno creía que lo más chico estaba en lo más grande, cualquier cosa que uno hiciera en lo chiquito, se repetiría en lo grande. A esto lo llamó magia, y Bruno comenzó a practicar la magia para lograr lo que le convenía.

¿Tú crees que existe la magia? ¿Crees, por ejemplo, que si quemas una casa de juguete, puedes crear un gran incendio en una

casa de verdad, o que si riegas tu jardín con mucha agua, puedes hacer que caiga del cielo una gran tormenta?

Bruno creía en la magia. Bruno creía que en el mundo hay un gran espíritu infinito, que conecta las cosas grandes con las pequeñas, las montañas con las piedras, los lagos con los charcos y los bosques con los jardines, de modo que cualquier cosa que uno provoque en lo pequeño, sucederá en lo grande y viceversa.

¿Crees que todo está conectado con todo, y lo que pasa por ejemplo en tu familia, cuando peleas con tus padres, sucede quizá porque la gran ciudad en la que vives el aire está sucio, hay mucho tráfico y la gente vive nerviosa y fatigada?

¿Piensas que si no estás limpio y siempre estás desordenado, toda tu vida va a estar desordenada, y nada, como las tareas de la escuela, te saldrá bien?

¿Crees en la magia?

Bruno siguió su camino, hasta que llegó a otra ciudad en la que pudo encontrar una universidad en la que le dieron trabajo. Bruno comenzó de nuevo a dar clases.

Esta vez, cuando todos los alumnos estaban listos para tomar la lección, Bruno les dijo que guardaran sus libros de Sto. Tomás, y no sólo les enseñó que el cosmos es infinito, que la Tierra no está fija en el centro del universo y que puede haber muchos soles con muchos planetas como la Tierra, sino que también les platicó cómo lo más grande está en lo más pequeño; que los mares enteros están en una gota de agua; que los bosques están en un pedazo de jardín; y que por todo eso, si los hombres sencillos despertaban sus heroicos furores, el azufre y el mercurio



rio de los volcanes que laten en su corazón, podrían hacer magia y volverse fuertes y poderosos.

Según Bruno, los hombres podrían conectarse o vincularse al espíritu del mundo que une a lo pequeño con lo grande y, de este modo, hacerse uno con el universo mismo, cobrar fuerza, ser libres, volverse dueños de su carácter, y no hacerle ya más caso al rey.

Igual que la vez pasada, los alumnos quedaron impresionados, y de nuevo, se hizo mucho alboroto porque Bruno no enseñaba la filosofía de Sto. Tomás.

Otra vez llegó el director de la universidad y despidió a Bruno dejándolo sin trabajo.

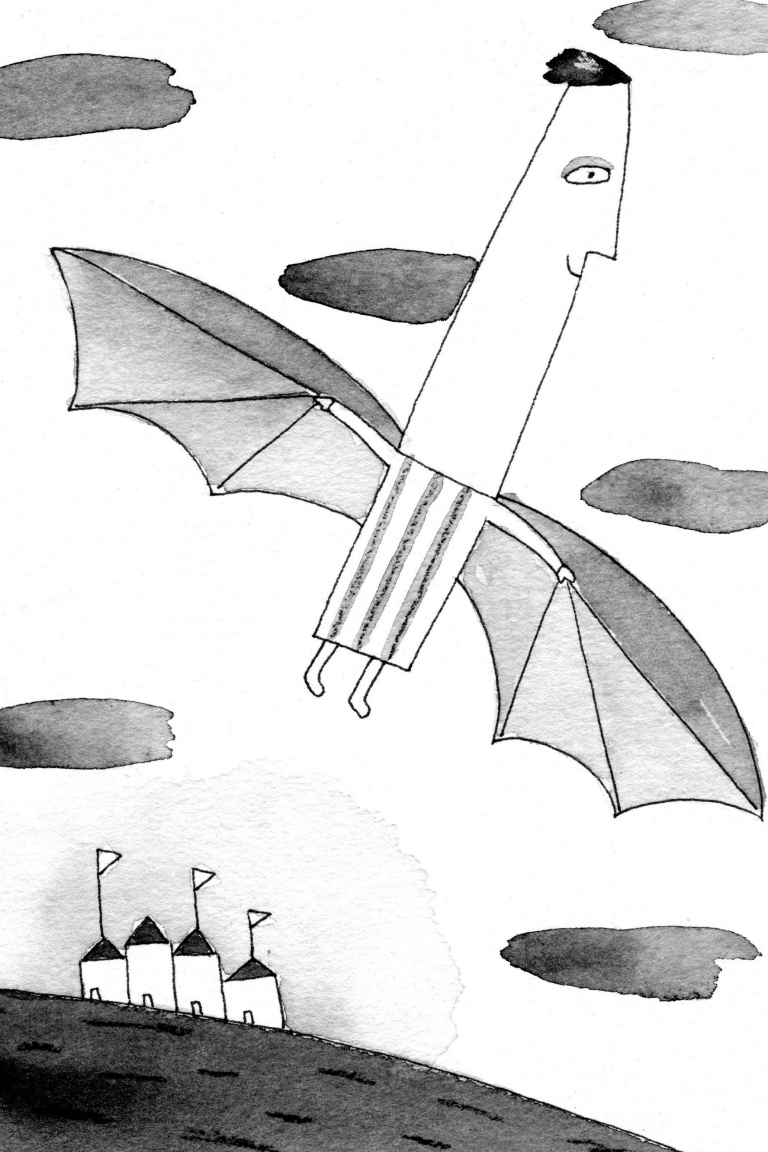
Como Giordano Bruno estaba convencido de que el cosmos era infinito, que la tierra no estaba en el centro, y que además se movía, siempre lo despedían de las universidades; y lo que es mucho peor, un día, ante un juez de la Inquisición, lo acusaron de enseñar mentiras y criticar el poder de los reyes y el papa; y por eso, lo quemaron vivo en la plaza de la ciudad, frente a todo el pueblo.

¿Crees que es justo que quemen a la gente por enseñar lo que piensa? Imagínate, todos creían que la Tierra era el centro del universo y que no se movía, y Bruno, por decir lo contrario (y tener razón) fue quemado vivo.

A Bruno lo quemaron por enseñar magia, y cosas contrarias a las que decían la Iglesia y Sto. Tomas.

¿Estás de acuerdo con que se queme a la gente que dice algo a lo que nadie está acostumbrado?

Durante el Renacimiento encarcelaron o castigaron a muchas personas porque enseñaban cosas prohibidas por la Iglesia, que sin embargo podían ser verdad.





LEONARDO DA VINCI (1452-1519)

Leonardo estaba acabando los planos de un máquina maravillosa, que hacía muchos meses había imaginado. Esta máquina, haría a los hombres iguales a los pájaros, porque sería una máquina para volar.

Todo estaba calculado: el peso de la madera con la que se construiría el aparato, la forma de murciélago de las alas, los pedales y la cadena para impulsar las hélices.

Ahora lo único que faltaba, era mandar los planos al taller. Sin embargo, Leonardo no tenía dinero para que en el taller construyeran la máquina que había inventado. No tenía más dinero y hogar, que el que le daba un rico comerciante que se llamaba Lorenzo, a cambio de que le hiciera retratos y pinturas de todos los miembros de su familia. Leonardo, con un gesto de ligera resignación por no tener tanto dinero como quisiera, echó los planos a un baúl donde guardaba todos los planos y proyectos que no había podido financiar.

En ese baúl tenía planos de algunas máquinas para navegar sumergido en los mares y para la fabricación de catapultas para la guerra.

A Leonardo también le gustaba dibujar cuerpo humano, y conocer detalladamente sus músculos, sus huesos y todos los órganos como el corazón, el hígado y los pulmones.

Una tarde, María, la hija de Lorenzo, entró al estudio de trabajo de Leonardo, porque estaba jugando al escondite con sus amigas. Aunque no conocía ese sitio -pues su papá se lo había prohibido- sabía que ahí sería difícil que la pudieran encontrar.

El estudio de Leonardo estaba en el último piso de una torre muy alta, de manera que cuando la niña entró, quedó sorprendida, pues encontró grandes ventanales desde donde se podía ver toda la comarca.

Además, junto a las ventanas, había muchos aparatos diferentes, que servían para medir las sombras que proyectaban los objetos, según les diera la luz. También había lupas que concentraban los rayos del sol, y algunas lentes que servían para enfocar y agrandar los objetos que estaban a la distancia.

En otra habitación que estaba al fondo, había unas mesas sobre las que se encontraban animales muertos como cabras y perros, abiertos por la mitad, con las víceras por fuera. Arriba de las mesas, pegados en la pared, había dibujos en grandes hojas que mostraban los huesos y las tripas de los animales, junto con algunas párrafos escritos a mano con una letra muy extraña.

La niña salió del cuarto y observó que el estudio tenía más mesas, en las que había plantas y flores sacadas de la tierra con todo y raíz; y que también había en las paredes dibujos y bocetos de ellas, que de igual modo tenían cosas escritas, que seguramente eran explicaciones.

Había pasado ya mucho tiempo, y María no se había dado cuenta porque estaba muy entretenida observando el taller de Leonardo, y en particular un cuadro de una señora muy tranquila, de mirada como de cómplice de una travesura.

De repente, oyó que la puerta se abría de golpe. Entraron Leonardo y Lorenzo, su papá, quien estaba muy enojado, porque hacía mucho tiempo que las amigas de María se habían

ido, y todo mundo la estaba buscando en el palacio, y nadie la podía encontrar.

Sin embargo, antes de que nadie dijera nada, o sea, antes de que ella tratara de inventar una excusa, o Lorenzo la regañara, Leonardo gritó entusiasmado:

-¡Claro!- y corrió hacia una mesa en la que tenía un aparato con una hélice, unas poleas, unos engranes y unos rodillos de piedra.

-¡Por fin!- dijo de nuevo, y se puso a cambiar de lugar los engranes y a comparar y medir la posición de los rodillos. Inmediatamente después sacó de abajo de la mesa una grandes hojas de papel, para hacer los planos de la nueva máquina que quería inventar.

-Había pasado toda la semana pensando en esto, y acabo de encontrar el mecanismo para que cuando el viento sople a través de la hélice, se muevan los engranes y los rodillos que permiten moler el trigo.

Leonardo estaba inventando un molino de viento.

-Sólo tengo que perfeccionar algunos detalles, y diseñar un armazón de madera.

Entonces Lorenzo, olvidándose del regaño a María, comenzó a mirar detenidamente todo lo que había en el estudio de Leonardo. No conocía ese lugar, por lo que puso mucha atención en todo lo que veía e incluso abrió el baúl de los proyectos que Leonardo no había mandado al taller. Mientras tanto, el propio Leonardo le iba explicando cómo cada plano mostraba la estructura de máquinas diferentes, como la de la máquina para volar o la de los transportes submarinos. También le enseñó los dibu-

jos en los que se veían todos los órganos de cuerpo humano, junto con una explicación sobre su forma y funcionamiento, además de otros en los que aparecían animales y plantas.

Por momentos, Leonardo le enseñaba a Lorenzo algunas máquinas con las cuales hacía experimentos, y así le explicaba más fácilmente los dibujos de los planos.

Lorenzo quedó asombrado por todo lo que había visto, abrazó a Leonardo, y le dijo:

-Leonardo, divino Leonardo, eres como los dioses, eres capaz de crear muchas cosas maravillosas.

En la época de Leonardo no había tantas máquinas ni aparatos como ahora. No había aviones, coches, submarinos, ni telescopios, y sin embargo, Leonardo era capaz de hacer planos para poder construirlos.

¿Te imaginas que inteligente era Leonardo para poder hacer planos de todas esas cosas, cuando en su época no había ninguna?

Además, en la época de Leonardo, nadie abría los cuerpos de los animales muertos o del hombre, para saber como funcionaban por dentro. Leonardo fue de las primeras personas que se dedicaron a estudiar el cuerpo humano, con el fin de conocer su estructura y su función. ¡Imaginate lo asombrado que estaba Lorenzo cuando vio todos los dibujos de Leonardo!

Pocos días después, el estudio de Leonardo estaba lleno de gente que Lorenzo había invitado: muchos científicos, artistas y comerciantes, así como algunos príncipes de Florencia, observaban los planos y las máquinas que Leonardo había inventado, y le preguntaban para qué servían, cuál era su mecanismo y cómo había logrado concebirlos.

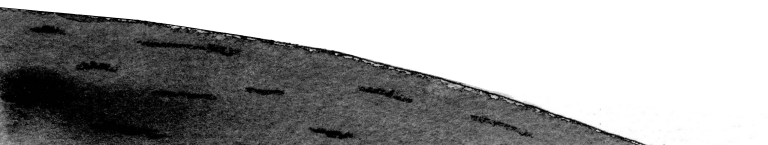
Leonardo, humildemente, les respondía que a él le gustaba hacer experimentos y planos que, gracias a las matemáticas, le permitían conocer las reglas de la naturaleza. Leonardo les comentaba que la mejor manera de conocer a la naturaleza, era aprender su lenguaje, que eran las matemáticas, y así poder medir y calcular, y hacer muchos experimentos, gracias a los cuales era posible inventar tantas cosas.

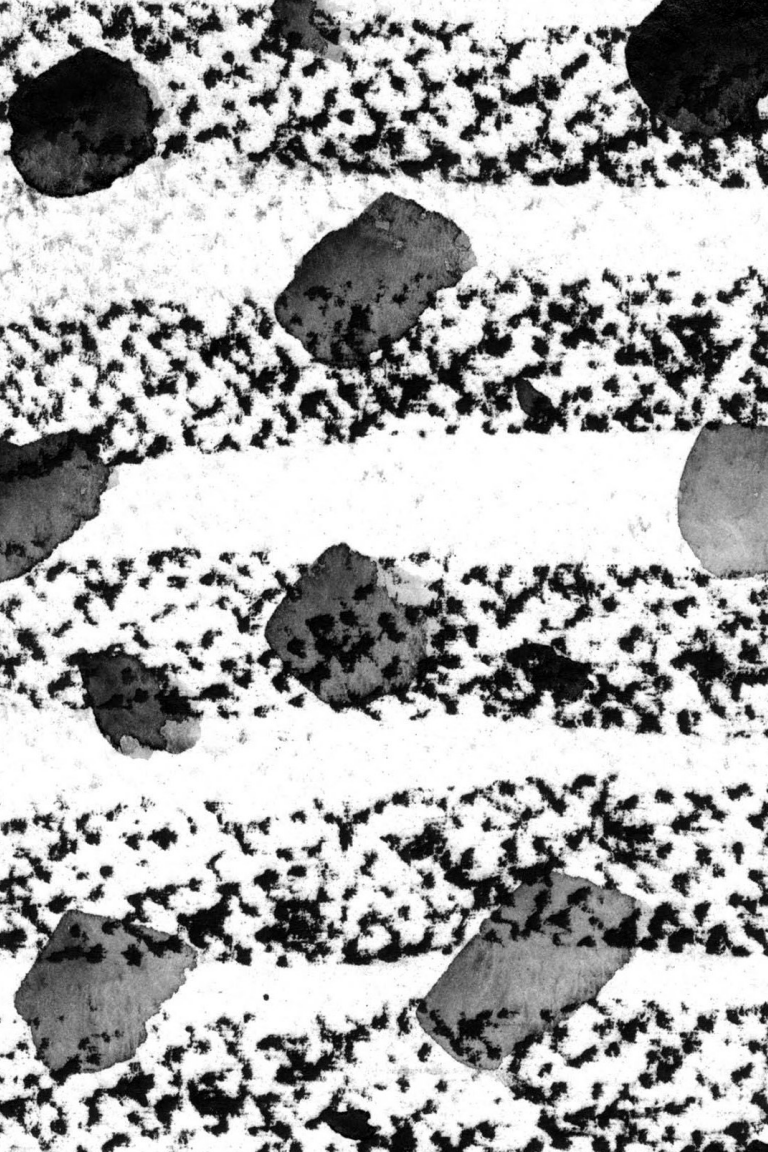
¿Te imaginas lo sorprendente que fue para las personas de esa época, que alguien pudiera hacer experimentos para inventar máquinas para volar, cuando ni siquiera existían las bicicletas?

Ahora, en nuestra época, nos parecen muy importantes todos los aparatos que nos hacen la vida más fácil, como los coches, los aviones o el teléfono. ¡Piensa en lo impresionada que se sintió la gente cuando Leonardo inventó las primeras máquinas!

Desde ese día, todo el mundo llamaba a Leonardo, "El Divino Leonardo", porque, como decía Pico de la Mirándola, se había convertido en un ángel o en un dios capaz de crear.

Cuando todos iba saliendo del estudio de Leonardo, de pronto se fijaron en aquel cuadro, en el que María había puesto su atención. Era una obra que Leonardo había pintado no hace mucho tiempo, y que consideraba como uno de sus mejores trabajos. Era ese cuadro bellissimo de aquella mujer que tenía una mirada de complicidad con alguien que ha hecho una travesura.





LA MODERNIDAD

La Modernidad es la época que se encuentra inmediatamente después del Renacimiento. Desde cierto punto de vista, los filósofos modernos se dedicaron a desarrollar o pensar cosas que habían dicho los filósofos del Renacimiento. Por ejemplo, Bacon, a quien le gustaba hacer experimentos, era un seguidor de Occam y Leonardo; Spinoza, que estaba interesado en el infinito, tomaba mucho en cuenta lo que había dicho Bruno sobre el cosmos sin fin y el espíritu del mundo; y, en general, todos los filósofos modernos estaban de acuerdo con Pico en que el hombre valía por sí mismo, pues era dueño de su carácter y su destino.

No es que los filósofos modernos no fueran originales y sólo se dedicaran a copiar lo que otros habían dicho antes. Cada filósofo moderno era muy ingenioso y tenía ideas propias. Sólo que como en el Renacimiento se descubrieron muchas cosas nuevas que en la Edad Media no se conocían, los filósofos modernos se dedicaron a estudiar y poner mucha atención en lo que los renacentistas habían propuesto.

En la Modernidad algunos filósofos creyeron que con las máquinas que los científicos podían crear haciendo experimentos, la humanidad podría progresar, tener ciudades más cómodas y seguras, en las que nadie tuviera que trabajar, porque los trenes

y los aviones, los teléfonos y todas las herramientas, harían el trabajo por el hombre.

Además, con todos los experimentos y las máquinas, los filósofos de la modernidad pensaron que los hombres podrían satisfacer todos sus deseos y sentirse plenos y felices.

Sin embargo, hubo algunos filósofos que no estaban de acuerdo con lo que decían esos filósofos modernos. No creían en el progreso, ni que las máquinas fueran a solucionar todos los problemas de la humanidad. Algunos de estos filósofos decían que la mejor manera de ser feliz era amando a Dios y a los hombres, como decían Platón y San Agustín; y pensaban que el progreso, las máquinas y las grandes fábricas no pueden brindar al hombre la verdadera felicidad.

¿Tú crees que el progreso es la mejor manera de hacer a los hombres felices? ¿Piensas que en las grandes ciudades, llenas de coches, edificios y fábricas, con teléfonos y televisiones, los hombres pueden sentir sus vidas llenas, y estar alegres y en paz?

¿Qué cosas piensas que son buenas del progreso y qué cosas piensas que son malas?

FRANCIS BACON (1561-1626)

Bacon era un filósofo que disfrutaba al observar los bosques tupidos, ver la nieve que pinta el paisaje de blanco y escuchar el golpeteo de la lluvia sobre las piedras. Sin embargo Bacon, como Leonardo y Occam, se entretenía realizando experimentos para mejor conocer a la naturaleza y al universo.

Por ejemplo, un día de otoño, estaba tratando de inventar una báscula que sirviera para pesar la fruta que vendían en el mercado. A Bacon le parecía que sus experimentos y sus conocimientos debían servir para algo, debían ser útiles y prácticos para la vida cotidiana.

Bacon hacía experimentos con unos resortes para lograr construir el mecanismo de la báscula. Experimentaba con resortes de distintos calibres, y también con pesas de diferentes tamaños. En un pizarrón iba anotando el resultado de cada experimento para compararlos y ver lo que tenían en común.

Así, gracias a todos los experimentos, Bacon buscaba cuál era la ley que le permitiría construir básculas que siempre tuvieran resortes y pesas que mostraran correctamente el peso de la mercancía.

Como decíamos, las máquinas que inventaba Bacon siempre eran muy útiles, y le hacían la vida más fácil a los hombres. La propia báscula, como tenía resortes con un calibre determinado según el tamaño de la charola y la regla que señalaba el peso de la mercancía, servía para que los comerciantes no hicieran trampa y vendieran menos fruta por más dinero.

Bacon decía que el hombre, entre más sabe, entre más experimentos realiza y mejor conoce a la naturaleza y sus leyes, es

más poderoso. Afirmó que saber es poder, porque el saber le permite al hombre dominar y controlar a la naturaleza.

Bacon pensaba que los hombres podrían ser poderosos, pues dominarían el viento y los mares, los ríos y las montañas, y harían transportes y máquinas para mejorar la agricultura.

Bacon decía que los hombres, al crear muchas máquinas útiles para la vida, disfrutarían de mucho tiempo libre y podrían ser felices.

¿Qué ventajas ves en que el hombre, con la ciencia y el saber, sea poderoso y domine a la naturaleza? ¿Qué desventajas ves en esto? ¿Crees que las máquinas y la tecnología pueden hacer al hombre realmente feliz?

¿Qué opinarían San Francisco y San Agustín?

DESCARTES (1569-1650)

Descartes fue un filósofo muy importante porque entre otras cosas, decidió escribir sus libros en francés, cuando todo mundo estaba acostumbrado a leer y a escribir en latín, que era la lengua que usaban los reyes y los monjes en la Edad Media.

Descartes un día viajaba en una carreta porque iba a visitar a la reina de Suecia, que era su amiga.

En el camino, cuando cruzaba un bosque de encinos, se quedó dormido, pues hacía calor, acababa de comer y lo arrullaba el trotar de los caballos.

De pronto se despertó empapado en sudor, y gritó sobresaltado:

-¡Me picó una abeja, mi mano está inflamada! ¡llamen a un doctor!
Pero conforme se tranquilizaba, se dio cuenta de que su mano estaba bien y de que no lo había picado ninguna abeja. La observó detenidamente, y cayó en cuenta de que el piquete había sido sólo un sueño:

-¡Dios mío, soñé que me picó una abeja, y sin embargo creí que había sido realidad!.

En ese momento, al asomarse por la ventana y ver el paisaje, pensó:
"¿Qué tal que ahora estoy soñando que voy en una carreta, y de pronto despierto, y resulta que estoy en mi cama? ¿Cómo puedo estar seguro de que ahora no estoy durmiendo, y que la carreta, los caballos y todo el paisaje, no son más que un sueño? ¿Cómo se que no confundo el sueño con la realidad y la realidad con el sueño?

Descartes, por un momento, dudó de todo.

Tú ¿te has puesto a dudar de todo? ¿Has pensado que tu vida no es más que un sueño, y que tu familia, la escuela y tus amigos, no son más que una ilusión y que tal vez, cuando despiertes, no los vas a encontrar?

Descartes se puso un poco nervioso porque no sabía cómo hacer para llegar a algo que fuera sin duda cierto, y que a lo mejor no fuera a ser sólo un sueño. Descartes estaba preocupado porque pensaba que no podía tener un conocimiento seguro de ninguna cosa.

Por ejemplo, que tal que así como había confundido a su sueño con un piquete real, lo que percibía con los ojos y los oídos, como el paisaje y el trotar de los caballos, eran no la realidad, sino una pura

ilusión. Descartes temía no poder distinguir el sueño de la realidad. ¿Qué tal que si un genio maligno lo engañaba constantemente, y hacía que se equivocara en todo?, ¿qué tal que si el genio hacía que confundiera a la reina de Suecia con una simple doncella?

Por ello, Descartes empezó a buscar una manera de conocer que fuera cierta, y que no pudiera dudar de ella.

¿Qué manera de conocer propondrías tú de la cual nadie pudiera dudar?

Descartes, como vimos, desconfiaba de lo que le decían los sentidos, como la vista o el tacto, porque se prestaban a confusiones como en el caso del piquete de la abeja.

Como se había quedado dormido, se asomó por la ventana de la carreta, y le preguntó al cochero cuanto tiempo faltaba para llegar al castillo de la reina. El cochero pensó en voz alta:

-Salimos a las 5:00 de la mañana, a las 12:00 nos paramos a comer, a las 4:00 cruzamos el río. Entonces faltan 2 horas, porque desde la posada donde dormimos hasta el castillo, hay una legua de camino, y una legua se recorre más o menos en trece horas.

Descartes asintió y metió la cabeza a la carreta satisfecho con la explicación que le había dado el cochero.

De pronto, tuvo una gran alegría, y le gritó al cochero que parara la carreta. Inmediatamente se bajó, se trepó al asiento de aquel, le dio un beso y un abrazo, y le dijo:

-¡Cochero, acabas de solucionar un gran problema!

El cochero no entendía nada, miraba extrañado a Descartes, cuando éste regresó de nuevo al interior de la carreta.

¿Por qué Descartes se puso tan contento cuando el cochero le

explicó cuánto tiempo faltaba para llegar al castillo? Bueno, es que sin querer, el cochero le había enseñado una manera segura de conocer, de la cual nadie podía dudar, aunque estuviera soñando. Descartes no podía dudar, si hacía los cálculos necesarios, de que faltaban 2 horas para llegar al castillo de la reina.

Descartes se dio cuenta de que las matemáticas son un conocimiento claro y distinto, del cual es imposible dudar.

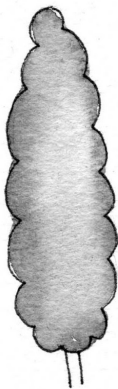
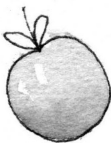
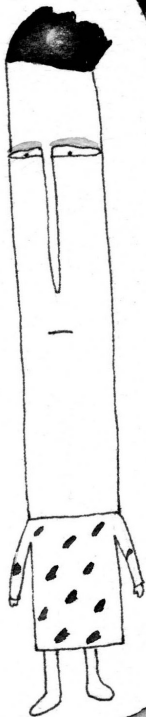
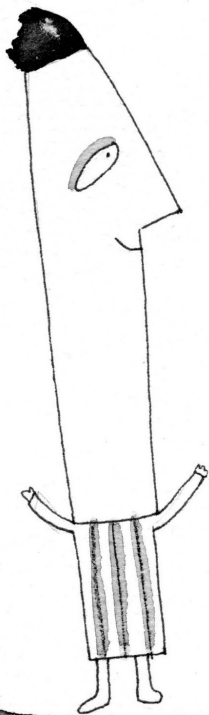
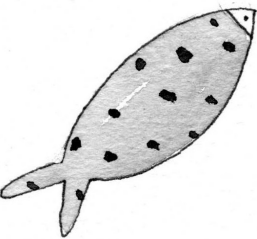
Por ejemplo, ¿tu podrías dudar de que $2+2=4$, o que un triángulo tiene tres lados?

Descartes veía en las matemáticas la fuente de un conocimiento cierto, que no se podía poner en duda. Cuando alguien realiza una operación matemática con cuidado, paso por paso, fijándose en que unas cantidades se distinguen unas de otras, y se sumen y se resten adecuadamente, no puede equivocarse. Descartes pensaba que las matemáticas son como un juego de armar, pues si colocas y sumas los números, que son como las piezas, en orden y con cuidado, no puedes cometer errores.

Por eso Descartes pensó que todo conocimiento verdadero es, por fuerza, un conocimiento matemático.

¿Estás de acuerdo con Descartes? ¿Piensas que las matemáticas son la mejor manera de conocer? ¿Confías en otras formas de conocimiento, como la vista o el oído?

Desde entonces, Descartes comenzó a estudiar geometría y aritmética, y sobre todo matemáticas. Aunque como otros filósofos le gustaba hacer experimentos, le parecía más importante estudiar matemáticas, pues le parecía que éstas producen un conocimiento cierto del cual no se puede dudar.



SPINOZA (1632-1677)

Spinoza era un filósofo judío que tenía como oficio tallar lentes para hacer anteojos, lupas y telescopios. Una tarde que había acabado de cortar unos vidrios para después pulirlos, decidió salir a dar un paseo.

Se sentía bien, con fuerza, respiraba el aire fresco y veía cómo los árboles que estaban sobre la avenida eran frondosos y jóvenes. Alcanzaba a ver a lo lejos una parvada de golondrinas que hacían grandes espirales en el aire.

Entonces se acordó de Giordano Bruno quien decía que el cosmos era infinito, y que un espíritu conectaba y animaba a todas las cosas.

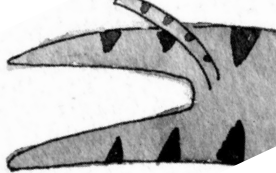
Observaba el paisaje, sentía como los árboles estaban rebosantes de vida, como su pecho estaba lleno de alegría, y gozaba al ver cómo los pájaros jugaban en el viento.

Por ello pensaba que Dios estaba en todas partes, en cada piedrita, en cada nube, en el Sol, en su propio cuerpo; y que por eso todas las cosas podían existir. Spinoza creía que Dios era como un espíritu infinito, como un poder o una vida infinita, que estaba en todas partes.

¿Dónde crees que está Dios? ¿Crees que está más allá del mundo, en el cielo? ¿O crees que está en todos lados?

Spinoza creía que Dios es el mundo, o sea, que Dios es todas las cosas, como cada mariposa que vuela en un jardín, o como el desierto y sus atardeceres de fuego.

Spinoza siguió con su paseo, sintiéndose muy feliz, porque sentía cómo él estaba en Dios y, al mismo tiempo, cómo dentro



de él mismo estaban la tierra, el cielo y el inmenso mar. Spinoza sentía cómo el poder divino o la naturaleza entera vibraba en su corazón, y que él era infinito como ella.

De pronto, al dar la vuelta en una esquina, se topó con una persona que tenía una expresión de miedo y angustia. Aquel hombre, al ver a Spinoza, estalló en un llanto inconsolable. Seguramente, al encontrarse con él, no pudo aguantar más su tristeza, y la empezó a descargar a grandes gritos y sollozos.

-¿Qué le pasa señor?, ¿por qué se siente tan mal?- Spinoza le preguntó.

-Es que jugando a las cartas, en una apuesta, acabo de perder mi casa, mis caballos y toda mi fortuna. Quería tener más dinero, y ahora lo he perdido todo. Mi mujer me va a odiar, se va a ir con mis hijos y me voy a quedar solo.

Spinoza veía a ese hombre que se deshacía en lágrimas y tristeza por lo que acababa de perder.

Spinoza se acordó de lo que decía Platón sobre los buenos y los malos amores. Este hombre se había enamorado del juego y las riquezas, y como había perdido todo su dinero, había perdido también aquello que lo hacía sentirse pleno y completo. Además su mujer y sus hijos lo iban a dejar, y entonces su vida ya no tendría ningún valor.

Spinoza le dijo a aquel hombre:

-Señor, alégrese, ha perdido su casa y sus caballos, pero levante la vista, y mire los árboles y las nubes, sienta cómo el poder de la naturaleza entera vibra en sus entrañas, sienta la vida y alégrese de que está vivo.



-¡Qué cosa me dice!- Repondió el señor. -He perdido mi casa, mi familia, mi reputación. ¿Qué va a ser de mí? Yo ya no valgo nada.

-¡Pero, señor!- Trató de decir Spinoza, cuando el hombre se dirigió a una taberna para de beber y tratar de olvidar sus penas.

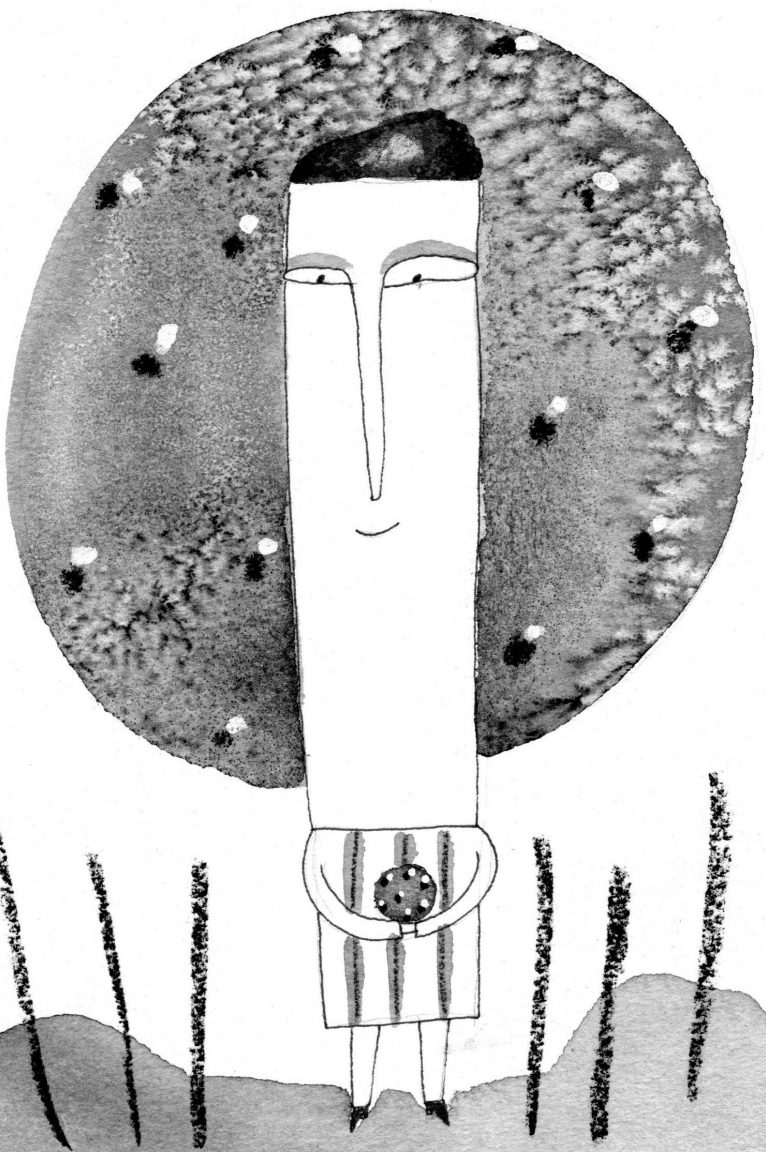
Spinoza se quedó pensando: "Este pobre hombre no escucha a Dios que vive en su interior. Se siente mal porque ha perdido su casa jugando a las cartas, y ahora trata de consolarse bebiendo y emborrachándose. No se da cuenta de que el poder de Dios está en todos lados; de que Dios está dentro de él; de que él mismo es Dios y que Dios, como es infinito, es el mejor alimento y la fuerza para vivir".

Unos días después, Spinoza caminaba cerca de la taberna, cuando encontró a aquel hombre completamente borracho y sucio. El hombre decía muchas cosas, pero pocas se le entendían dado lo descompuesta que estaba su voz.

-Yo voy a ser un hombre muy rico y respetado. ¡Hip, hip! Y cuando yo me convierta en el dueño de... ¡Hip, hip!

Spinoza lo dejó pasar de largo y pensó: "Pobre hombre, no conoce su corazón, no se da cuenta de que él mismo es Dios. Aunque sea dueño de una gran mansión y una fortuna, no creo que jamás sea feliz".

¿Piensas como Spinoza, que Dios está en todos lados, en los árboles, en el amanecer, en el hombre mismo que es dueño de su carácter y su destino? ¿Crees que Dios es todas las cosas, como la lluvia, el cielo azul y deslumbrante, o la propia voluntad del hombre?



LEIBNIZ (1646-1716)

"Cada porción de la materia puede ser concebida como un jardín lleno de plantas, y como un estanque lleno de peces. Pero cada rama de la planta, cada miembro del animal, cada gota de sus humores es, a su vez, un jardín o un estanque semejante".

67 Monadología.

Leibniz fue un filósofo alemán muy inteligente que sabía muchos idiomas. Entre otros, conocía el chino, porque fue como misionero al Lejano Oriente.

Una mañana de primavera, cuando Leibniz se encontraba en China, estaba limpiando las ventanas de la cabaña en la que vivía. Esta cabaña estaba en las montañas, de manera que Leibniz veía un hermoso valle sobre el que flotaban las nubes y en el centro del cual había un lago. Leibniz ponía jabón en las ventanas, las tallaba con una esponja, y después, con una cubetita, les echaba agua y les quitaba el jabón.

Justo cuando estaba limpiando una ventana que daba al valle, Leibniz se quedó observando las gotitas de agua que quedaban en la ventana. Cada pequeña gota era como una bolsita que al reflejar al valle, parecía que lo tenía adentro. Cada gotita de agua tenía dentro de sí al valle, la montañas y el lago que se reflejaban en ella.

Jugando, tomó una navaja, y dividió a las gotitas a la mitad. Y vio cómo cada mitad, también reflejaba al valle y lo tenía dentro de sí como si lo envolviera. Volvió a hacer lo mismo, y vio cómo

mo cada nueva mitad, también reflejaba al valle mismo, a las montañas y a las nubes, y los tenía dentro de sí.

Leibniz acabó de limpiar la ventana y salió de la cabaña para disfrutar del aire frío y fresco que venía de los bosques. Abajo de él, se veían el valle y el lago, y se escuchaba el rumor de una cascada que caía desde unos peñascos.

De pronto, a sus espaldas, oyó el suave canto de un anciano que bajaba de la montaña por un sinuoso sendero. Aquel chino sin duda era muy viejo, pero su andar era ligero y profundo. Tenía los pies bien puestos sobre la tierra, pero parecía también que venía colgado del cielo con un hilo invisible. Su cuerpo era suave y firme, como un almohadón cubierto con terciopelo.

-Joven, me han platicado que usted viene de lejanos países para enseñar la palabra de su Dios- dijo el viejo, cuando estuvo junto a Leibniz.

-Bueno- respondió Leibniz -me gustaría enseñarle la palabra de mi Dios, pero creo que también es importante que yo aprenda de su pueblo. En realidad, además de enseñar, creo que es importante aprender.

-Entonces mire el sereno lago-, dijo complacido el viejo -fíjese cómo es un espejo en el que se reflejan las montañas y el cielo, y también la noche estrellada y la luna.

Al mirar el lago, Leibniz se acordó de las gotas de agua que eran como bolsitas que reflejaban y tenían dentro de sí al paisaje.

El anciano continuó:

-Joven, ¿no cree que sus ojos son como el gran lago, o como gotas de rocío, que al ver el paisaje lo reflejan y lo tienen dentro de sí? Fíjese en mis ojos, aunque son viejos, todavía brillan, y

pueden reflejar las nubes, los árboles y la montaña. En realidad mis ojos reflejan el paisaje, porque el paisaje está dentro de ellos y de mi corazón.

Leibniz iba a preguntar algo al viejo Maestro, cuando éste lo interrumpió :

-Fíjese en las pequeñas flores que miran al Sol. Fíjese en la cascada que quiere llevar sus aguas al gran lago. Todas las cosas son como espejos que reflejan y contienen al universo, todas las cosas tienen corazón.

Entonces Leibniz se acordó de lo que decía Bruno: que lo más grande, como el castillo del rey y sus jardines, estaba en lo más pequeño, como el hormiguero.

El anciano sacó un cristal de su bolsa, y le dijo a Leibniz:

-Mire cómo este cristal refleja todos los colores del paisaje. Así también, como el cristal, cada cosa, cada flor, cada pájaro y cada grano de arena, refleja el universo.

Leibniz no hablaba, sólo escuchaba al anciano.

Entonces, el viejo colocó el cristal sobre una piedra y con otra lo golpeó y lo partió en muchos pedacitos.

-Ahora fíjese cómo en cada pequeño pedazo de cristal, se refleja el mundo entero, cada flor y cada pájaro, y también los otros pequeños pedazos de diamante que también reflejan el mundo mismo, y cada montaña y cada estrella.

Dentro de cada cristal hay un corazón que mira al sol y refleja el universo, y también el corazón de cada pájaro que también refleja el paisaje, y el corazón de los otros cristales que asimismo reflejan el universo.



Leibniz veía sorprendido al anciano.

-Dentro de cada cosa, dentro de cada corazón, por ejemplo, el de un hombre o de una flor, está el corazón de otra cosa, como el del lago, que también refleja el corazón de las estrellas, y el de la luna y los peces... ¿Ha puesto dos espejos de frente y se ha fijado cómo la imagen camina y se refleja al infinito?

-Sí. Respondió Leibniz.

-Bueno, el universo es como un juego de espejos que se repite infinitamente. Sus ojos joven y su propio corazón, se reflejan en todos los espejos, en todos los corazones, en cada mariposa y en cada abeja; y todos los espejos, cada corazón, se reflejan en el suyo. Todas las cosas están en todos lados, todo está en todo.

En ese momento un niño se acercó al Maestro y a Leibniz. Tenía el rostro claro y sin arrugas. Sus ojos eran grandes y alegres, y brillaban como dos hermosos diamantes.

-¿No cree que el corazón de ese niño es fuerte y poderoso como el universo? Mire sus ojos, fíjese cómo reflejan el paisaje. Ahora fíjese en aquél árbol fuerte y frondoso. ¿No cree que en su savia y en sus ramas, se reflejan la belleza y la potencia del universo?

Entonces Leibniz le preguntó al Maestro:

-Señor, ¿si el universo es como un juego infinito de espejos que se reflejan unos a otros, dónde está Dios?

Leibniz se acordaba de Sto. Tomás que decía que Dios está hasta arriba de la jerarquía que empieza con Él mismo, y pasando por los ángeles y el hombre, termina en los animales; también se acordaba de lo que decían Bruno y Spinoza, de que Dios es infinito, y que por eso está en todas partes.



El Maestro le respondió riendo:

-¿Qué pregunta tan extraña? ¿Dónde está Dios?- y seguía riendo -¿Dónde está el corazón del universo?... Bueno, Dios está en cada corazón, porque Dios se refleja en todas las cosas, en todos los corazones, y todos los corazones se reflejan en Dios. Dios es como el juego infinito de luces y reflejos que hay entre todos los espejos del universo.

Pero si usted quiere un lugar para Dios, le puedo decir que Dios es la caja que guarda todos los espejos, cada corazón, todas las cosas del universo. Dios, si así lo quiere entender, creó el universo para reflejarse en él, y ver su rostro.

-¿Y cuál es el rostro de Dios?. Preguntó Leibniz.

-¡Ja!- rió de nuevo el Maestro -Este muchacho lo quiere saber todo. Averigüe cual es el fondo de su propio corazón-. Le respondió .

En ese momento, antes de que Leibniz dijera algo, el anciano se dio cuenta de que a lo lejos, un niño que estaba en la colina de enfrente y apenas se alcanzaba a ver, le silbaba y le hacía señas.

-Es hora de comer- dijo el Maestro, y con una agilidad y una sencillez sorprendentes, se fue por el sendero, hasta que reapareció en la otra colina, para irse con el niño.

Leibniz estuvo varios meses más viviendo en China. Cuando regresó a Europa, se dedicó a estudiar matemáticas y otras ciencias, a viajar y a la política. A Leibniz le gustaba mucho escribir. Al final de su vida escribió un pequeño libro que se llama La Monadología. Este libro, aunque toma muy en cuenta lo que dice la religión cristiana, habla de las mónadas, que son como los espejos y el corazón de todas las cosas, de los que le habló el viejo Maestro chino.

HUME (1711-1776)

¿Recuerdas a Descartes? Él dudaba de lo que le decían sus sentidos. Por ejemplo, aquel día que soñó que le picó la abeja, no estaba seguro de que si el piquete había sido sólo un sueño o había sido realidad. Por eso, dudaba de todas las cosas que tocaba, veía y oía.

Descartes, como no confiaba en lo que le decían sus sentidos, como que había un bosque en el paisaje, o que el azúcar es dulce, por miedo de que todo fuera un sueño o que un genio maligno lo estuviera engañando, decidió confiar sólo en lo que le decía su razón. Por ejemplo, Descartes estaba seguro de que $2+2=4$.

A Descartes le gustaban las matemáticas, porque sabía que con ellas no se podía equivocar. Descartes sabía que con su razón, siempre y cuando procediera adecuadamente, tendría un conocimiento cierto de las cosas. ¿Tu crees que es posible equivocarse cuando uno suma con cuidado?

Descartes pensaba que aunque veamos u oigamos con atención, siempre nos podemos equivocar, porque hay cosas chiquititas que no alcanzamos a ver, y cosas muy lejanas que no podemos oír. Por ejemplo, la vista no alcanza a ver los microbios que causan la gripe, y sin embargo creemos que la gripe aparece con el frío.

Bueno, David Hume pensaba lo contrario que Descartes. Hume confiaba en lo que le decían sus ojos y sus oídos, en lo que le decía la sensibilidad y la experiencia.

Por ejemplo, si Hume veía el cielo azul, estaba seguro de que el cielo era azul. Y si sentía que le picaba una abeja, estaba seguro que le había picado una abeja, y no creía que tal vez sólo

hubiera sido un sueño. Por esto, se entretenía sintiendo todas las cosas que podía, como el aire helado de la noche o el delicioso sabor de un jugo de naranja.

Sin embargo, una mañana, cuando estaba por salir de la regadera para sentarse frente a la ventana de su cuarto y disfrutar del calor del sol, se puso a pensar: "¿Qué tal que si ahora, al salir de la regadera, ya no encuentro mi cuarto, sino que veo que el techo y las paredes salieron volando cada uno por su lado? ¿Cómo voy a estar seguro de que voy a encontrar mi cuarto?"

Sin hacerle demasiado caso a esos extraños pensamientos, Hume salió de la regadera. Se secó, se puso unos pantalones cortos, y sin camisa, se sentó en una silla frente a la ventana. Hume se disponía a disfrutar del calor del sol. Junto a la silla, había una mesa con un plato de frutas. Tomó una manzana, pero antes de morderla, de nuevo se puso a pensar: "¿Qué tal que si antes de que muerda la manzana, su sabor brincó a las uvas, y el de las uvas a la manzana?, ¿qué tal que si la manzana no sabe a manzana, sino a uva?, ¿qué me puede garantizar que la manzanas siempre van a saber a manzana, y no a uva, durazno, o a la suela de mi zapato?"

Pero entonces Hume se dijo a sí mismo: "David, ya no pienses cosas tan extrañas, mejor dedícate a gozar del sol".

Hume estaba disfrutando del calor de la mañana, con una toalla sobre la cara, para que el sol no lo deslumbrara, cuando pensó: "¿y si ahora que me quite la toalla, ya no veo mi jardín? ¿cómo puedo estar seguro de que cuando me destape y abra los ojos, voy a ver el jardín?"

Hume empezó a dudar de la esencia de las cosas, de que éstas tuvieran una forma estable y de que no fueran más que un desfile de puras imágenes caprichosas.

Siguió pensando: "¿qué tal que si cuando abra los ojos, ya no veo al Sol?, ¿qué me garantiza que va a estar ahí?"

¿Tú alguna vez has dudado de la esencia de las cosas?, ¿cómo puedes estar absolutamente seguro de que las fresas son rojas? A lo mejor mañana te encuentras una fresa transparente ¿Has oído hablar de los daltónicos, que sus ojos cambian el color de las cosas? Imagínate que en realidad todo el mundo es daltónico.

En ese momento Hume trató de consolarse a sí mismo: "David, cómo no va a estar el sol allá fuera, si estás sintiendo su calor".

Pero inmediatamente él mismo se respondió: "¿qué tal que si el calor del sol nada tiene que ver con el sol? ¿Cómo puedo estar seguro que el calor viene del sol? Tal vez el calor y el sol son dos cosas distintas".

Siguió pensando: "¿Y cómo sé que la lluvia es la causa de que las cosas se mojen? A lo mejor la lluvia y lo mojado nada tienen que ver entre sí. ¿Y cómo puedo estar seguro de que los ladridos de un perro, efectivamente vienen del perro?"

¿Cómo puedo estar seguro de que todas las cosas tienen una causa? Quizá las cosas, como el calor, lo mojado, y los ladridos, no tienen causa, y están sueltos en el mundo.

Entonces se dijo: "David, cálmate, te estás poniendo nervioso por pensar cosas tan raras, mejor disfruta del sol".

¿Crees que Hume enloquecía cuando pensaba que una manzana era sólo un montón o un racimo de imágenes o sensaciones como el color rojo, la forma redonda, y el sabor a manzana,

y que estas imágenes o sensaciones podían salir disparadas cada una por su lado; o que quizá cuando abriera los ojos, ya no encontraría su cuarto; o que lo mojado no tiene nada que ver con el agua o los ladridos con los perros? ¿Piensas que Hume se estaba volviendo loco por pensar todo eso?

¿Tú podrías pensar que así como $2+2=4$, seguramente mañana va a salir el sol, o las manzanas sabrán a manzana?, ¿qué tal que saben a piña y el sol no sale y solo llega la luz?

Hume empezó a dudar que el mundo tuviera una esencia, una forma estable, que las cosas fueran efectos de algunas causas y que el universo se encontrara ordenado.

Como Hume estaba un poco angustiado porque pensaba que a lo mejor el mundo que estaba fuera de su cabeza quizá desaparecería, decidió dormirse un rato para descansar y ver las cosas de mejor manera.

Pero en ese instante un miedo terrible lo asaltó: ¿qué tal que cuando despertara, no se acordaría de cómo se llamaba, o dónde estaba, y sólo recordara pedazos sueltos de su vida, como del dolor en la rodilla cuando se cayó de un árbol cuando era niño, y del sabor del pastel de chocolate?

Nada garantizaba a Hume que cuando despertara iba a seguir siendo Hume, ¿qué tal que cuando despertara encontraba que era Sócrates, Sto. Tomás o la fea vecina del edificio de enfrente?

Hume empezó a dudar de todo. Dudaba del mundo externo, de que el sol da calor y salga todos los días, del orden y el ritmo de la naturaleza; y también dudaba de su mundo interno, de quién era él y de si siempre se acordaría de quién era.

¿Pensas como Hume? ¿Opinas que se puede dudar de que el mundo tenga un orden, y pensar que lloverán piedras y que los árboles darán lápices? ¿Pensas que en cualquier momento puedes descubrir que no eres quien tú eres, sino cualquier persona que camina por la calle?

Hume era un escéptico, o sea, que de tanto dudar, pensaba que ya no hay nada seguro y cierto en el mundo, porque que tal vez mañana todos olvidemos nuestros nombres, y quizá las frutas pierdan sus aromas, sus colores y sus sabores, y se revuelvan con otros, y se conviertan en formas que no tienen pies ni cabeza.

Hume no pensaba como Heráclito, que hubiera una Razón o un "Logos" que ordenara todas las cosas de la naturaleza; ni decía, como Sto. Tomás, que Dios hubiera ordenado el mundo por grados y en pirámide; ni que había un espíritu infinito, que estaba en todas partes, como señalaban Bruno y Spinoza.

Hume pensaba que nosotros sólo creemos que el mundo está ordenado, y que por eso imaginamos que las cosas caen de arriba a abajo, y que el sol sale cada mañana y que todo tiene una causa y un orden.

Decía que todo lo que pensamos sobre el mundo no es cierto, sino que sólo son creencias.

¿Cómo puedes estar seguro de que mañana te acordarás de tu nombre? ¿Cómo puedes demostrar que el sol siempre dará calor? ¿Qué tal que si un día da frío? Hume decía que como no podemos estar seguros del futuro, no podemos tener un conocimiento cierto de ninguna cosa.

¿Estás de acuerdo con Hume? ¿Eres un escéptico como él y piensas que no podemos conocer al mundo como es en realidad y sólo lo imaginamos y tenemos ciertas creencias sobre su forma?

KANT (1724-1804)

Kant, una tarde que acababa de leer un libro de Hume, se quedó pensando: "Es cierto, Hume tiene razón, no podemos conocer las cosas como son en realidad. Quizá las manzanas sean azules y sepan a chocolate, o tal vez su suave cáscara sea de metal. ¿Cómo puedo probar que lo que yo creo que es una manzana, efectivamente es una manzana?"

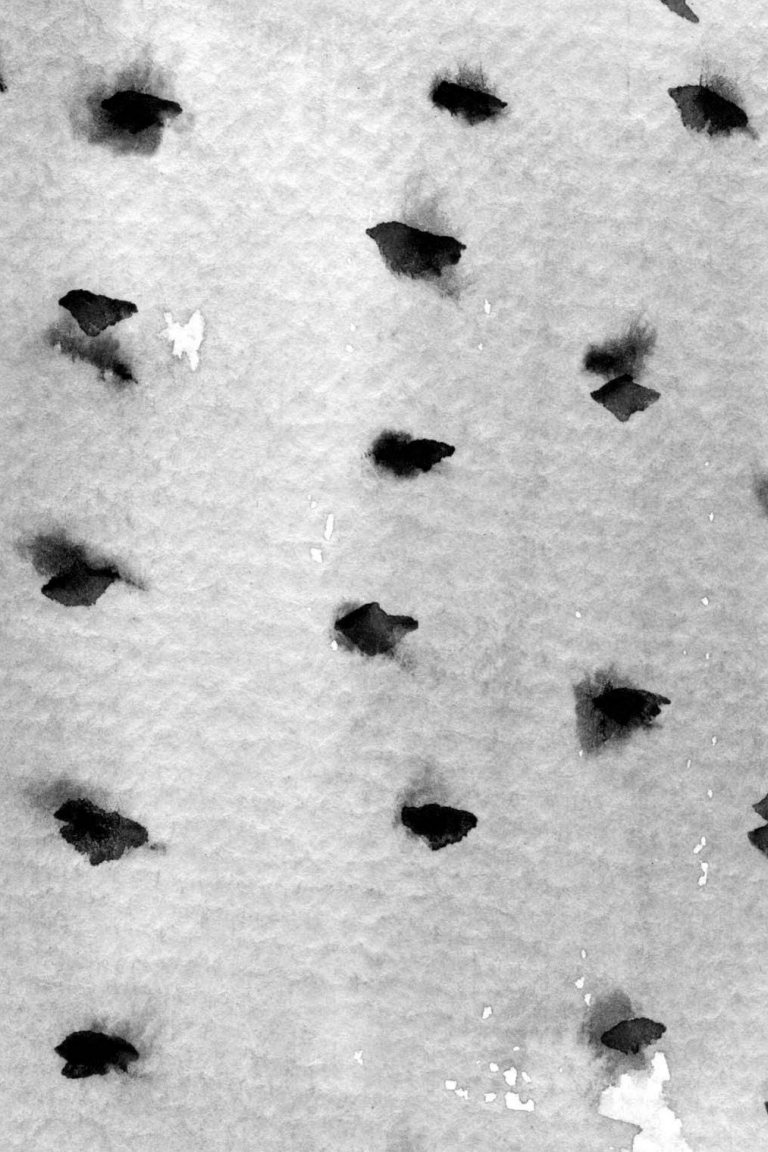
"Veo salir el sol todas las mañanas, por eso creo que el sol sale todas las mañanas, pero ¿qué tal que si un día el sol no sale, y mucho tiempo después aparece con forma de luna?, ¿qué me garantiza que el sol saldrá cada mañana y con forma de sol y no de luna?"

Kant estaba de acuerdo con Hume en que los hombres no pueden conocer a las cosas como son en realidad, en sí mismas, sino que sólo las pueden imaginar y tener algunas creencias sobre ellas:

"Los hombres creen que el sol debe salir cada día, que las manzanas son rojas y saben a manzana, pero no pueden saber la forma real del sol, ni de las manzanas, ni de ninguna cosa".

Kant decía que los hombres no pueden conocer la esencia de las cosas.

En ese momento a Kant le vino una gran preocupación: "¿qué tal que si un día los hombres empiezan a imaginar las cosas de diferente manera? Por ahora todos creen que el agua moja, que el fuego quema y que los pájaros vuelan. Todos están acostumbrados a eso, y creen que las cosas serán así por siempre. Pero ¿qué tal que algunos cambian sus creencias, y comienzan a decir que el agua seca, el fuego enfría y los pájaros bucean bajo el agua?"



Kant pensaba que como todas las personas imaginan cómo es el mundo, pero no lo pueden conocer en sí mismo, tal vez en algún momento empezarían a imaginarlo de manera distinta y a discutir y a pelear por ello.

Por ejemplo, algunos dirían que el universo es redondo como una esfera y otros dirían que es infinito. Otros asegurarían que los elefantes son animales sagrados, y otros los preferirían matar para hacer piezas de marfil con sus colmillos; o algunas personas dirían que es bueno tener esclavos y otros creerían que es bueno que los hombres sean iguales entre sí. ¿Cómo llegar a una idea común?

Para evitar que los hombres no se pudieran entender y algún día se pelearan, Kant se dedicó a buscar una manera por la cual, aunque no fuera posible conocer las cosas como son en realidad, los hombres mismos se pudieran poner de acuerdo.

Kant caminaba dando vueltas en la biblioteca de su casa, ras-cándose la cabeza, tratando de encontrar una manera de conocer para que los hombres pensarán igual.

¿Tú crees que las personas pueden conocer a las cosas como son en realidad, o piensas que los hombres más bien sólo imaginamos su forma? Por ejemplo, ¿crees que alguien sabe como es en realidad el sol, o más bien, piensas que sólo tenemos algunas creencias sobre él? ¿Y si unas personas piensan que el sol es una masa de gas que se está quemando; y otras piensan que es un dios generoso que regala su luz y su calor? ¿Cómo ponerse de acuerdo?

De pronto, después de mucho pensar, Kant se acordó de lo que decía Descartes, o sea, de que las matemáticas son la mane-

ra más segura de conocer. Nadie puede estar en desacuerdo de que $2+2=4$ y en que un triángulo tiene tres lados.

Kant pensó que aunque los hombres no conozcan la esencia del mundo y no sepan cómo es en realidad, se pueden poner de acuerdo en todas las cosas que tienen que ver con las matemáticas; como medir el espacio, al medir el tamaño de un terreno por ejemplo; o como medir el tiempo, al averiguar cuánto tardará la carreta de Descartes en llegar al castillo de su amiga la reina.

Con las matemáticas, todos se pondrían de acuerdo y nadie discutiría o pelearía.

¿Piensas como Kant y opinas que aunque no podamos conocer la esencia del universo y saber cómo es en realidad, podemos conocer y estar de acuerdo en lo que dicen las matemáticas?

Kant estaba muy contento, porque con las matemáticas todas las personas se podría poner de acuerdo en muchas cosas, aunque no conocieran en realidad cuál es la esencia del mundo.

Sin embargo, Kant tenía otro reto: ¿cómo hacer que la gente pensara igual en lo que tiene que ver con las costumbres y la vida cotidiana? Por ejemplo, ¿cómo ponerse de acuerdo en que si es bueno matar elefantes o no, o si es bueno tener esclavos?

Entonces, Kant pensó que si establecía algunas reglas que a todo el mundo le convencieran, las personas podrían dejar de discutir sobre cosas que tienen que ver con las costumbres. Por ejemplo, reglas como "No hagas a los demás lo que no te gusta que te hagan a ti".

¿Crees que a todo el mundo le parece correcta esta regla? ¿A ti te gusta que te peguen o que te quiten tus juguetes? Si no te

gusta, entonces ¿crees que tienes derecho a quitarle sus juguetes a los demás?

Kant pensó otra regla que dice más o menos así: "Trata de que todas tus acciones sean buenas para todos". Por ejemplo, si ayudas, sin que nadie se de cuenta, a mantener tu casa limpia y en orden, o eres aplicado en la escuela, Kant diría que estás haciendo el bien por ti mismo, pero de acuerdo con los demás.

Kant pensaba que con estas reglas todas las personas se podrían poner de acuerdo y ser felices.

¿Crees como Kant, que siguiendo estas reglas, todo mundo se puede poner de acuerdo en las costumbres, de manera que todos se respeten, y puedan vivir en paz?

Kant llevaba una vida muy ordenada, se levantaba temprano todos los días, y trabajaba hasta ya entrada la noche. Era un hombre cortés y amable, y tenía muchos amigos. Kant vivía conforme a las reglas que había pensado, no tenía problemas con nadie, y era muy feliz.

HEGEL (1770-1831)

Hegel, en unas vacaciones de verano, decidió realizar un viaje por varios países de Europa. En su recorrido, iba observando lo que quedaba de las construcciones de los pueblos de diferentes épocas pasadas.

En Atenas visitó el Partenón y los templos que los antiguos griegos hacían para sus dioses. Fue a Roma y observó importantes construcciones, como el Coliseo. En España admiró las mezquitas que en ese país edificaron los árabes, y en Francia observó detenidamente las enormes catedrales góticas.

Hegel, en las noches, en el cuarto del hotel donde dormía, se dedicaba a estudiar la filosofía de los hombres que vivieron en esas ciudades de las que sólo quedaban algunas construcciones. Hegel leyó detenidamente a Platón y a Aristóteles cuando fue a Grecia; a San Agustín cuando visitó las ruinas del imperio romano y algunas iglesias bizantinas; a los filósofos árabes, como Averroes, cuando fue a España y a Sto. Tomas cuando visitó las catedrales medievales.

Hegel se divertía mucho viajando y estudiando al mismo tiempo, porque se imaginaba muy bien cómo era la vida de los filósofos. Visitó Venecia y Florencia, y otras ciudades de la Italia del Renacimiento, y ahí estudió a Pico, a Bruno y a Leonardo. También fue a Francia, a las Islas Británicas y a Holanda, donde leyó detenidamente a Descartes, Hume y Spinoza.

Una tarde, cuando Hegel viajaba en un barco a través del Mediterráneo, se preguntó: ¿por qué son tan diferentes unas ciudades de otras?, ¿por qué los templos griegos son tan diferentes de las catedrales medievales?, ¿por qué unos filósofos dicen unas cosas y otros otras?

Cuando desembarcó, Hegel comenzó a revisar sus libros de Filosofía y también repasó sus libros de Historia, y veía cómo cada pueblo y cada cultura tenía su manera peculiar de ver al mundo.

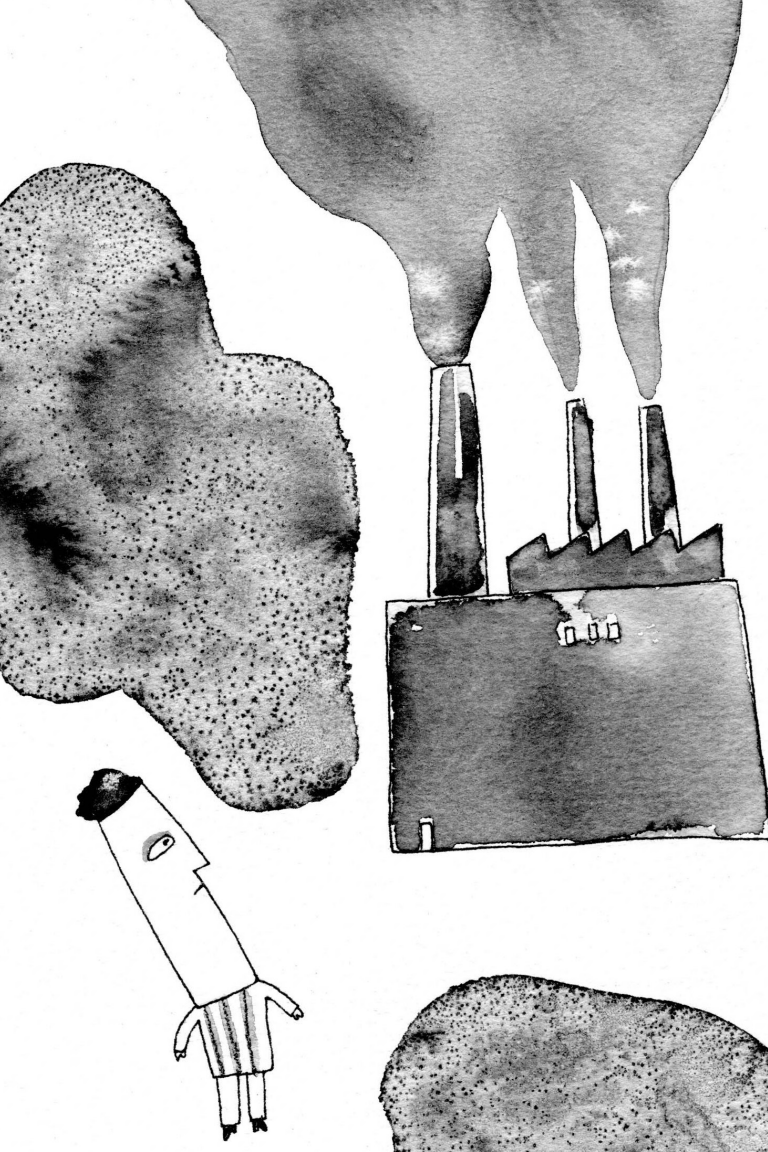
Entonces se dijo a sí mismo: "Lo que sucede, es que todas las filosofías forman una sola cadena. Cada filósofo es como un eslabón de una gran historia en la que se realiza el progreso de la humanidad"

"¡Ya sé!", siguió pensando. "La historia de la filosofía y los pueblos, es como un gran pino, que cada vez crece más, y cada vez tiene su punta más alta. Por eso, cada filosofía es mejor que las demás, porque viene a superar a la anterior, como las nuevas ramas que nacen en la punta del pino, y le permiten crecer y hacerse más alto".

Hegel pensaba que en la historia de los pueblos hay un progreso, porque creía que cada cultura tomaba algo de las anteriores, pero lo mejoraba con su propia creatividad. Por esto decía que los egipcios fueron superados por los griegos, que los griegos fueron superados por los romanos, que los romanos lo fueron por los medievales, y los medievales por los renacentistas y los modernos.

Hegel pensaba que a través de la historia, los pueblos van construyendo el progreso de la cultura y la humanidad, y que por eso unas culturas son mejores que otras.

¿Estás de acuerdo con Hegel? ¿Piensas que todas las culturas son eslabones del progreso del hombre y la humanidad? ¿Crees que son más perfectas las culturas modernas, como la de Hegel, que la de los griegos de la antigüedad o la de los Incas del Perú? ¿Crees que existe el progreso en la historia? ¿O piensas más bien que los pueblos no son mejores unos que otros, sino que simplemente son diferentes y que no forman una sola historia, ni un mismo camino?



MARX (1818-1883)

Carlos Marx vivía en una ciudad en la que había fábricas muy grandes. En ellas trabajaban muchos obreros. Todos los días, a las 6:45 de la mañana, sonaban los silbatos, en señal de que era hora de trabajar. Entonces los obreros entraban a las fábricas, se ponían sus uniformes y comenzaban a hacer sus tareas.

Los experimentos e inventos de muchos filósofos y científicos, como Occam, Leonardo y Bacon, hicieron posible que se crearan grandes fábricas, para producir productos en enormes cantidades, como zapatos, sombreros, herramientas y armas.

Las ciudades en la época de Marx crecieron mucho, pues se llenaron de largas naves y bodegas industriales. Además, se derribaron las murallas que algunas todavía tenían, para facilitar la construcción de anchas avenidas y estaciones de ferrocarril, promoviendo así el comercio y el transporte de mercancías.

Marx caminaba todas las mañanas por las calles de la ciudad y veía cómo los obreros formaban largas filas para entrar a sus trabajos. Se quedaba sentado frente a la entrada, y veía que más tarde, cuando ya no hacía tanto frío, llegaba el dueño de la fábrica en un coche muy elegante, y entraba por una puerta especial sólo para él.

Después en la tarde, Marx notaba como el dueño iba a comer con su familia a un restaurante muy fino, y ya no regresaba a la fábrica; mientras que los obreros salían de trabajar a las 8:00 de la noche, y sólo habían tenido un pequeño almuerzo a mediodía.

Marx se decía a sí mismo: "Cuando Bacon comenzó a hacer sus experimentos para crear ingeniosas máquinas, tenía la ilu-

sión de que las máquinas y las fábricas harían que los hombres tuvieran una vida más fácil, pero lo que veo es que la mayoría de los hombres trabajan más que cuando eran campesinos, y los únicos que disfrutan son los dueños de la fábrica".

Marx seguía pensando: "A los obreros les deberían pagar más por su trabajo y deberían de trabajar menos horas. El dueño vende todas las cosas que produce la fábrica con el trabajo de los obreros, como zapatos y herramientas, y a los obreros no les toca nada de esas ventas".

Marx veía que los dueños de la fábrica, al tener el dinero que resultaba de vender las mercancías, podían mandar a sus hijos a la escuela, viajar mucho y conocer otros países, ir al doctor cuando estaban enfermos, y comprar lujosos coches, ropa elegante y enormes mansiones. En cambio los obreros tenían que hacer que sus hijos trabajaran desde chicos, no fueran a la escuela y que por ello se quedaran burros e ignorantes porque no sabían leer ni escribir. Además, los obreros tenían que trabajar todo el año y no tenían vacaciones, y como les pagaban muy poco, no les alcanzaba para pagar el doctor cuando se enfermaban, y tenían que vivir en unas barracas muy feas y sucias, en las que les daba frío en las noches.

¿A ti te parece justo que los dueños de la fábricas tengan muchas comodidades y lujos, y vayan a la escuela y al doctor, mientras que los obreros sean pobres, y tengan que vivir miserablemente? ¿Crees que es justo que los dueños de la fábrica se queden con lo que produzca la fábrica, lo vendan, y que del dinero que resulte de ello, no le toque nada a los obreros?

Marx se acordaba de Platón y de la filosofía del buen y del mal amor, y se daba cuenta de que los dueños de las fábricas trataban de llenar sus vidas y satisfacer sus deseos comprando grandes casas y coches elegantes; y no le parecía justo que para ello se aprovecharan de los obreros que a penas y podían sobrevivir.

También se acordaba de San Agustín y el cristianismo, que decían que los hombres se deberían amar los unos a los otros, para que todos se ayudaran, todos tuvieran que comer y pudieran gozar de una vida buena.

Sin embargo, Marx se daba cuenta de que los dueños de las fábricas, no querían dejar sus lujos y su dinero, para que todos fueran felices.

Marx pensaba en ¿cuál sería la solución para que los obreros tuvieran un salario justo por su trabajo, y pudieran vivir bien? Marx creía que el progreso de la modernidad, que todos los inventos y las máquinas, sólo provocaban que unos hombres, los dueños de las fábricas, se volvieran más ricos, y otros, los obreros, fueran más pobres.

¿Crees que el progreso que ofrece la modernidad, necesariamente hace a todos los hombres felices?, ¿piensas que el hecho de que haya aviones y trenes, implica que todo el mundo va a poder viajar; y que el hecho de que haya fábricas, quiere decir que todo mundo va a tener qué comer y un doctor que lo cure de sus enfermedades?

Entonces Marx se dijo a sí mismo: "si los dueños de las fábricas se quedan con el dinero que producen las mercancías, y no le dan nada a los obreros, lo que se necesita es que las fábricas tengan dueños nuevos, o sea, que los obreros sean los dueños de las fábricas".

Marx decía que los obreros debían ser los dueños de las fábricas, y de lo que éstas producen, para que a la hora de que reciban el dinero por vender la mercancía, lo repartan justamente entre todos.

¿Te parece bien que los dueños de la fábrica sean los obreros?, ¿crees que de esa manera todos van a recibir lo justo por su trabajo?

Además, pensaba Marx, los obreros, ahora dueños de la fábrica, se encargarían de que sus hijos fueran a la escuela, y de que todo mundo tuviera un doctor y una casa que, aunque no fuera muy grande, fuera muy bonita.

Sin embargo, los dueños de las fábricas no estaban de acuerdo con que los obreros fueran los nuevos dueños, por lo que contrataron policías y soldados, para que encarcelaran a los obreros.

Los obreros, a su vez, se organizaron en sindicatos para formar grupos muy grandes que exigieran su derecho a ser los dueños de las fábricas y recibir un salario justo.

Y bueno, empezaron duras peleas entre los obreros y los patrones, por ver quién era el dueño de las fábricas.

Marx pensaba que si había una revolución, y todos los obreros de todas las fábricas gobernaban al país y eran propietarios de la industria, todo mundo tendría casa, escuela, educación, salud, y todo lo que se necesita para llevar una vida digna.

¿Qué piensas de las revoluciones? ¿Crees que son buenas? ¿Te parece bien que los obreros se levanten en armas para exigir ser dueños de las fábricas y gobernar el país?

NIETZSCHE (1844-1890)

A Nietzsche un día lo invitaron a una fiesta de disfraces. Todos los asistentes habían tenido cuidado de preparar muy bien su disfraz, porque habría un concurso, y el mejor resultaría premiado.

La fiesta estaba comenzando. Mujeres muy hermosas con elegantes sombreros adornados con largas plumas de colores recibían a los invitados, les dan un número y les preguntaban de qué era su disfraz, para anotarlos en una lista.

-Buenas noches, no me diga de que es su disfraz. De cocodrilo, ¿verdad?, muy original, tome un número.

-Buenas noches, ¿de qué es su disfraz?

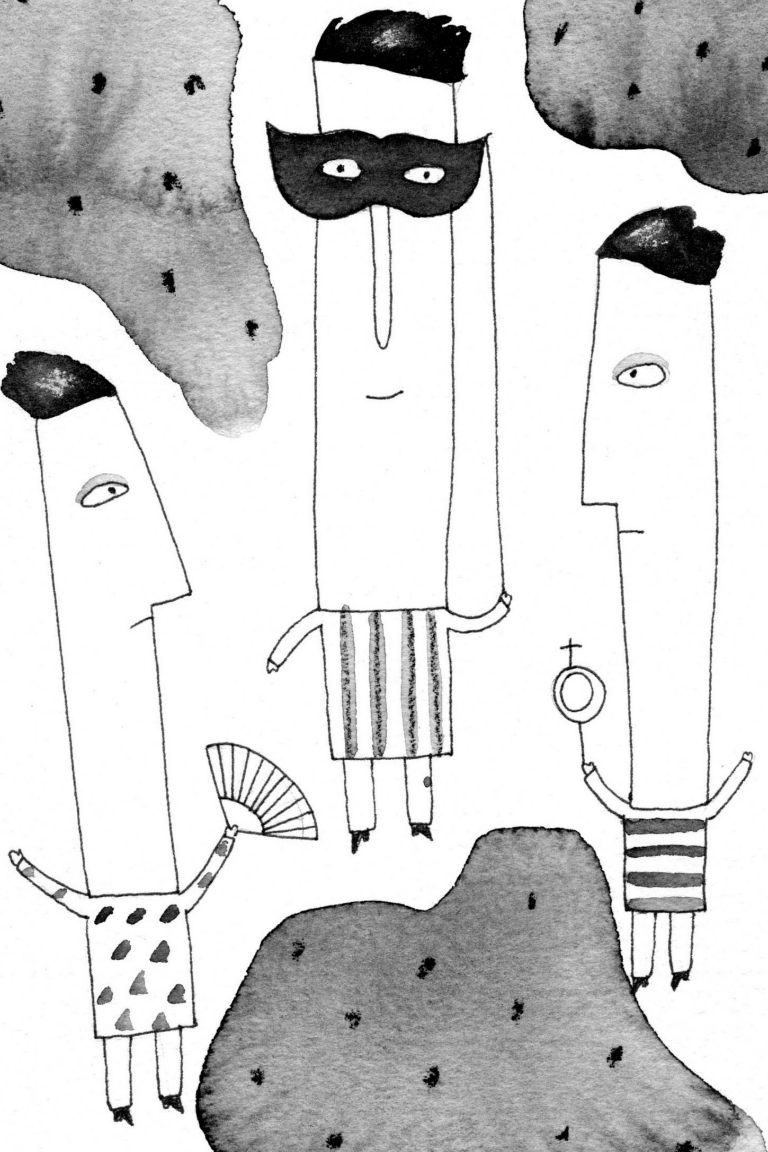
-De príncipe.

-Tome un número.

Todos los invitados, que eran muchos, asistieron con sus disfraces. Había conejos, diablos, soldados, vampiros, caballos, zanahorias, reyes, chinos, momias, hombres vestidos de mujer, mujeres vestidas de hombre, naipes, y toda clase de personajes extraños.

Todos bailaban en medio de antifaces y máscaras, confeti y serpentinas, las bellas piezas que tocaba una orquesta de violas, volines y violoncellos. Copas con exquisitos licores estaban en las manos de diversos personajes como enfermeras y policías, lagartijas y gordos inmensos, gigantes con zancos y caperucitas rojas.

La fiesta era todo un éxito, sonoras carcajadas y risas de alegría se oían en medio de la música y el baile.



De pronto, desde el estrado de la orquesta, se anunció el momento por todos esperado. "Señores y señoras. Damas y caballeros. Es la hora del concurso de disfraces".

Cada personaje subía al estrado, decía de qué era su disfraz y daba algunas vueltas para mostrarlo bien. Los jueces, que ya tenían las listas de los participantes con su número, les daban una calificación.

Primero subió una jirafa, se presentó como "La jirafa enamorada". Presumió su largo cuello, y tras recibir los aplausos del público, regresó a su lugar.

Después vino una tortuga, se presentó, se escondió en su caparazón, reapareció y, después de recibir un fuerte aplauso, bajó del estrado. Luego vino un negro aborigen, con su hueso en la cabeza y un faldón de palmas.

También pasaron un romano con su lanza, un hindú con turbante, y un pirata de pata de palo. Los aplausos eran más o menos intensos según lo bonito que le resultara al público el disfraz y lo buena que fuera la exhibición.

Le tocó el turno a Nietzsche de presentar su disfraz. Subió al estrado, dió algunas vueltas y, en lugar de retirarse, le preguntó a los asistentes:

-¿Qué les parece mi disfraz?

Al público no le quedaba claro de que estaba disfrazado Nietzsche, pues venía vestido con una túnica blanca y una gran barba blanca de anciano. Su disfraz podía ser de griego, de profeta o de sabio. Eso no quedaba claro. Entonces la gente le comenzó a gritar a Nietzsche:

-Señor Nietzsche, ¿de qué es su disfraz?, explíquelo por favor.

Nietzsche respondió:

-Vengo disfrazado de Dios.

Todo mundo guardó silencio. Ni una voz, ni un sólo ruido se oía en la fiesta. Todos pensaban: "Nietzsche viene vestido de Dios. ¡Qué falta de respeto! ¿Cómo tomar a Dios como personaje para una fiesta de disfraces?"

En ese instante, uno de los jueces que había confirmado el disfraz de Nietzsche en las listas y se encontraba muy indignado, se levantó de su silla y en voz alta le dijo:

-Señor, más vale que nos de una explicación y una disculpa. Nos parece de muy mal gusto que usted utilice a Dios como disfraz. De lo contrario, quedará usted automáticamente descalificado del concurso y lo invitaremos a que se vaya de la fiesta.

Nietzsche empezó a reír estrepitosamente, de manera que todos los presentes escuchaban sus carcajadas.

-Bueno, lo que pasa-, comenzó a decir, a la vez que se quitaba el disfraz de Dios, -es que...

Pero antes de que acabara la frase, todo mundo se dio cuenta de que debajo de ese disfraz, tenía otro, que era de payaso. La gente estaba desconcertada.

Nietzsche, en medio de su risa, anunció:

-Sigo disfrazado de Dios.

Inmediatamente comenzó a quitarse el disfraz de payaso, para mostrar que abajo tenía otro de vaquero. Apuntando al público con la pistola, Nietzsche volvió a decir:

-Sigo disfrazado de Dios.

La gente comenzaba a murmurar molesta porque no sabía exactamente que pretendía Nietzsche. No sabían si quería realizar una representación teatral, si pretendía burlarse del público, o de darle un mensaje con su actuación. Mientras tanto los jueces estaban confundidos y la anfitriona de la fiesta se encontraba francamente enojada.

Nietzsche, en medio de carcajadas, se quitó el disfraz de vaquero, y apareció con otro de general, con una gorra militar, sus botas y el saco lleno de condecoraciones. Nietzsche seguía diciendo:

-Sigo disfrazado de Dios.

Después se quitó el disfraz de general, y apareció con otro de verdugo, con su capucha y su hacha. Volvió a decir:

-Sigo disfrazado de Dios.

¿Tu qué crees que pretende Nietzsche al cambiar de disfraz y siempre decir, "Sigo vestido de Dios"? ¿Piensas que se está burlando del público, o crees que le está dando un mensaje? ¿Qué mensaje le estaría dando Nietzsche al público?

Cuando Nietzsche se empezaba a quitar el disfraz de verdugo, uno de los jueces, violentamente le gritó : ¡Basta ya! Deje de burlarse de Dios y salga de esta fiesta!

Nietzsche, que ya tenía un disfraz de flor, en medio de sus carcajadas, le respondió al juez y al público:

-Ustedes son los que se están burlando y matando a Dios. Dios está muerto y todos lo han matado.

Todos guardaron silencio. Nietzsche siguió hablando.

-¿Por qué se molestan de que yo me disfrace de Dios, si Dios, la vida, es todas estas cosas como un sabio, un payaso, un va-



quero, el militar, el verdugo y la flor, y todo lo que Dios y sus carcajadas, le guste representar, para así mostrar su poder?

Dios es poder, y por eso toma todas las formas del mundo, como las bailarinas y las brujas, como la noche y el día, como el asesino y su víctima.

Yo no me burlo de Dios. Ustedes lo matan cuando lo encierran en una iglesia, y sólo dicen que se llamó Jesús, y que era débil y manso como los corderos, tanto que vivía entre los pobres.

Dios es vida y poder, y por eso toma cualquier forma, como el relámpago y la guerra. Dios es fuerza y alegría, como el rugido del león y el paso del elefante.

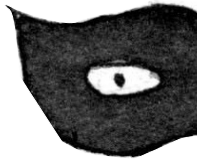
Los jueces y el público no sabían que responderle a Nietzsche.

¿Tu crees que Dios es poder y que por eso puede tomar todas las personalidades del mundo, como la de un gran artista o un furioso guerrero? ¿Piensas que los hombres, como dice Nietzsche, están matando a Dios al decir que no es una gran fuerza que se convierte en todas las cosas, sino sólo pensar que, como Cristo, era pobre y humilde, y que fue crucificado?

Nietzsche siguió explicando su disfraz a todos los presentes.

-A Dios lo que le gusta es jugar, por eso se convierte en oso o en delfín, en tarántula o en cuervo. A Dios no le importa si las cosas en las que se convierte son buenas o malas, porque su poder no conoce límites. El poder de Dios está más allá del bien y del mal.

La gente que escuchaba a Nietzsche estaba asombrada y confundida. Algunos, como los cristianos, estaban enojados con Nietzsche, porque pensaban que Dios era bueno, y que por eso no podía convertirse en cosas feas y malas, como los asesinos, los alacranes y las serpientes.



Sin embargo, había otros que pensaban como Nietzsche, y estaban de acuerdo con él en que Dios, como si fuera un mimo, le gustaba representar todos los papeles de las obras teatrales, como el villano, el ladrón, el catrín o el rey. Al fin y al cabo, como Dios era poderosísimo, no se iba a conformar con un sólo papel. Dios, la vida, jugaba con todos los papeles, sin importarle si éstos resultaran buenos o malos a los ojos de los hombres.

¿Tu crees que Dios es bueno? ¿O piensas que a Dios las cosas buenas y malas no le importan? ¿Piensas que Dios es vida y poder? ¿Crees que Dios se convierte en todo lo que hay en el universo, por el puro placer de jugar, sin importarle que haga bien o que haga mal?

Nietzsche no era cristiano, no pensaba que el amor entre los hombres era la mejor manera de que todos fueran felices. Por el contrario, como pensaba que Dios era poder, decía que los hombres se deberían volver como una máscara suya, expresar su voluntad, volverse superhombres, es decir, ser también como Él fuertes y poderosos, vivir mas allá del bien y del mal, aunque otros sufrieran a su costa, porque les quitaran lo que les hace falta para vivir.

¿Estás de acuerdo con Nietzsche? ¿Piensas que todo mundo, para ser como Dios, debe tratar de ser poderoso, sin importar el daño que haga a los demás?

Nietzsche decía que Dios era como un actor, con todas las máscaras que representan todos los actores del universo, como las estrellas y el mar, como el águila y las tormentas. Nietzsche decía que Dios es como un alegre bailarín que está más allá del bien y del mal; que es un bailarín muy poderoso, que lo único que le importa es mostrar su poder, convirtiéndose en todas las cosas del mundo.

SARTRE (1905-1980)

Sartre estaba un día sentado en la mesa de un café parisino. Desde ahí, veía pasar a la gente que caminaba por la calle.

Sartre escuchaba la animada conversación de todos los que lo rodeaban. En cada mesa había tres o cuatro personas que hablaban en medio de nubes de humo de tabaco. Cada tanto, frente al café, pasaba alguna mujer muy guapa que captaba la atención de los hombres ahí reunidos.

Sin embargo, Sartre se encontraba angustiado. En realidad, no tenía problemas graves. No debía ningún mes de renta, tampoco debía dinero a nadie, estaba sano y no tenía problemas con ninguna persona. Pero a pesar de todo, estaba angustiado.

Sartre leía el periódico, y revisaba algunas noticias como que a la princesa fulanita le habían propuesto matrimonio; y que el presidente perenganito estaba por inaugurar una asamblea en Suecia para el cuidado de los ancianos; que la URSS preparaba nuevos ensayos nucleares; y que Israel, con el apoyo de EU, bombardeaba nuevamente Palenstina.

Sartre leía las noticias, y le parecía que nada tenía sentido. Pensaba: "Qué me importa que el papa visite los países de Europa Oriental, qué me importa que la selección de futbol continúe invicta poco antes de terminar el torneo. Después de la gran guerra, después de las grandes masacres que hemos visto este siglo, ¿qué puede valer la pena?"

A Sartre todas las cosas le daban igual. En realidad no le preocupaba mucho mantenerse al día con sus rentas y las mujeres

guapas que veía por la calle no le resultaban más interesantes que si fueran respetables ancianas.

Al otro lado de la avenida, Sartre veía algunos hombres que entraban y salían de una pequeña iglesia, y pensaba: "Que absurda es la gente. Se sientan frente a una cruz de palo, y se ponen a platicar con ella como si fuera una persona. Que ingenuos, creen que Dios existe y que le tienen que rezar".

Detrás de todos los pensamientos de Sartre, continuaba la misma sensación de angustia. Esta sensación de pronto se volvió tan intensa, que nuestro filósofo se preguntó a sí mismo: "¿qué me pasa, por qué estoy tan angustiado?"

Tú ¿por qué crees que Sartre se sentía así? ¿Por qué crees que tenía angustia?

Sartre se decía a sí mismo: "Que absurda es la gente. Cree que trabajar mucho para reconstruir el país después de la guerra, hacer amigos y familia, tiene sentido. Hasta piensan que se tienen que portar bien en la vida para que después de que se mueran, vayan al cielo. Que tontos, no se dan cuenta de que Dios no existe.

"La gente es como un burro que anda detrás de una zanahoria que tiene colgada desde un palito frente a su boca. La gente se la pasa buscando y deseando cosas, y no entiende que nunca va a estar satisfecha ¿Para qué crear tanto alboroto?"

Conforme Sartre seguía pensando, su angustia crecía y se volvía más insoportable.

En ese momento, entró un pordiosero a pedir limosna al café en el que estaba Sartre, y se paró justamente frente a él, extendiendo la mano. Sartre sacó una moneda y se la dio.

-Muchas gracias. Dios lo bendiga-. Le dijo el pordiosero.

-¡Dios me bendiga!- exclamó Sartre -¡Dios no me va a bendecir. Dios no existe!

-¡Claro que existe!- replicó el pordiosero. -Si no existiera, no valdría la pena vivir, no valdría la pena pasar tanto frío y hambre. Soy pobre, la guerra me dejó sin nada, pero la esperanza de que cuando muera, llegue al cielo y sea feliz, me da fuerza para vivir y afrontar el dolor.

-Yo, por el contrario- respondió Sartre -no creo en Dios, ¿crees que Dios hubiera permitido la horrible guerra? ¿Crees que Dios hubiera permitido las horribles masacres de tanta gente inocente? Yo creo que Dios no existe y más bien que detrás de todas las cosas y en el corazón de todos los hombres, está la Nada. ¡Sí, la Nada!, y por eso las cosas no tienen sentido. No tiene sentido tener una familia, no tiene sentido trabajar cada día. La vida es absurda, porque en el fondo de nuestro corazón no está Dios, sino la Nada. Yo no sé por qué te esfuerzas por vivir, si cuando mueras, lo único que encontrarás será la Nada.

El pordiosero veía a Sartre y guardaba silencio.

¿Estás de acuerdo con Sartre? ¿Piensas que Dios no existe, y que detrás de todo está la Nada? ¿Piensas que finalmente como la Nada está en todos lados, la vida no tiene sentido, y no vale la pena trabajar, tener amigos, conocer el mundo y luchar cada día?

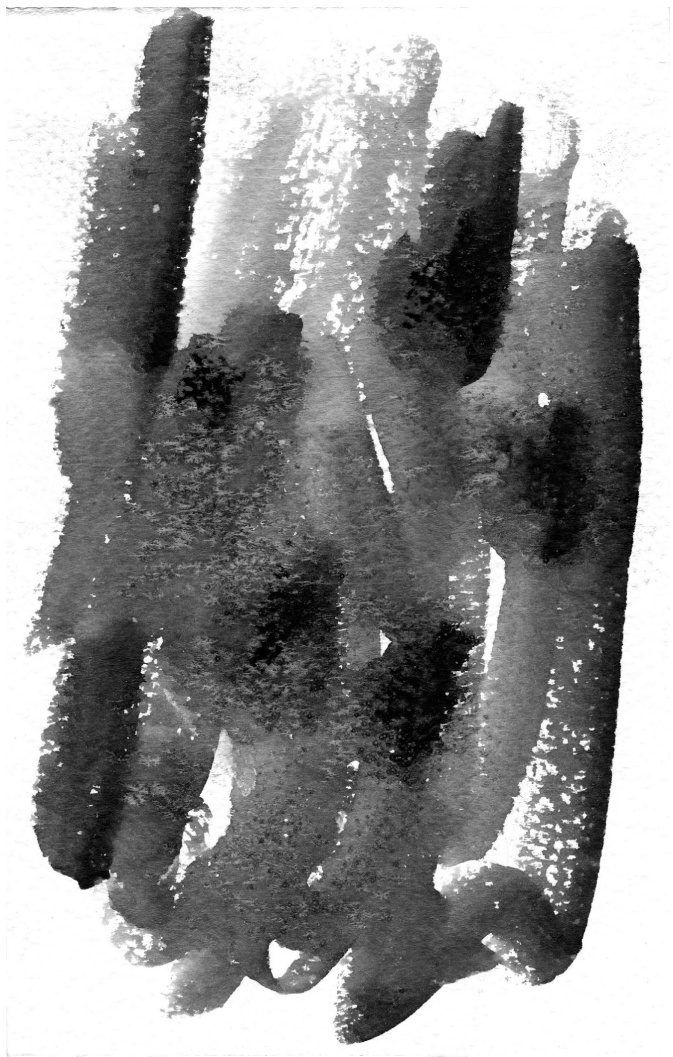
-Ahora entiendo porque tengo tanta angustia- le dijo Sartre al pordiosero. -Como siento que por debajo de nuestros pies está la Nada, la vida me da vértigo, y siento que aunque quisiera vivir por algo, todo está vacío.

-Yo, por el contrario- respondió el pordiosero -podré sentir dolor, hambre, pero como creo en Dios, no siento angustia, sino que tengo la esperanza de poder tener una vida mejor, y también de ir al cielo.

Tú ¿estás de acuerdo con Sartre o con el pordiosero? ¿Piensas que Dios no existe, que la Nada esta en el fondo de todas las cosas, y que no vale la pena luchar por algo, porque finalmente todo es absurdo?; ¿o crees más bien que aunque la vida pueda ser difícil, hay que luchar por ella, porque si el hombre vive bien su vida, puede conocer el amor de Dios?

¿Crees que la vida produce angustia porque la Nada está en todas partes, o piensas más bien que en la vida hay que tener esperanza y tratar de ser mejor cada día, porque de ese modo el hombre puede encontrar a Dios? ¿Crees que Dios es bueno y amoroso, o más bien crees que las guerras y toda la miseria humana prueban que Dios no existe y que la existencia humana no tiene sentido?

Sartre no creía en Dios, porque pensaba que en lugar de Él, estaba más bien la Nada. Y como creía que la Nada está asimismo en el corazón del hombre y en el mundo, el hombre está condenado a vivir con angustia.



EPÍLOGO

Hasta aquí, hemos abordado brevemente algunos de los filósofos griegos, como Demócrito y Platón; otros medievales, como San Agustín y Sto. Tomás; algunos renacentistas, como Leonardo y Pico, y algunos modernos, como Hume y Nietzsche; quienes conforman, como piezas de un rompecabezas, la historia de las preguntas *¿por qué?*, que es la historia de la filosofía.

Cada filósofo, con sus preguntas, y la respuesta que dio a las mismas, contribuyó a formar una tradición, la tradición de la filosofía occidental.

Obviamente, en este pequeño libro, faltaron muchos filósofos que están dentro de esta tradición. La filosofía occidental es riquísima y tiene muchos filósofos muy importantes y muy inteligentes, que según sus costumbres y lo que les tocó vivir, trataron de responder a sus preguntas *¿por qué?*

La tradición de la filosofía occidental, principalmente se desarrolló en Europa, aunque tuvo influencias de pensadores y doctrinas de otros continentes y otros países no europeos. Por ejemplo, Platón y otros griegos iban a Egipto donde aprendían matemáticas; San Agustín practicaba la religión cristiana, que viene de Israel; Sto. Tomás, estudió detenidamente a los filósofos árabes; Spinoza, era judío; y Leibniz, sabía hablar chino. En fin, aunque la

filosofía es de Occidente, existen otras culturas y otros pueblos de los cuales los filósofos aprendían muchas cosas.

Al principio, los filósofos, como veían que la naturaleza les respondía a sus preguntas *¿por qué?* pensaban que esas respuestas eran las únicas y las mejores. Por eso, por ejemplo, cuando un ejército europeo conquistaba a otros pueblos, no sólo les arrebatava las tierras y las joyas, sino que también destruía sus templos y las imágenes de sus dioses, sus escuelas y sus formas de gobernarse; les hacían creer que sus dioses eran falsos, y que las verdaderas respuestas a las preguntas *¿por qué?*, eran las que ofrecía la tradición de la filosofía occidental.

Así, cuando los españoles llegaron a América, obligaron a todos los pueblos a que hablaran su idioma, y a que creyeran en su Dios; cuando los ingleses conquistaron la India, trataron de que la gente ya no practicara las costumbres de aquel país.

Sin embargo, algunos filósofos pensaban que no era tan importante el nombre de los dioses, sino que los hombres se respetaran unos a otros. Además de la filosofía occidental, también existen otros pueblos y otras culturas, más antiguas, y que también tienen sus pensadores, y su manera de responder a las preguntas *¿por qué?*. Por decir algunos, los chinos, los árabes, los africanos o los indios de América, también tienen sus dioses, sus costumbres, y su manera de ver al mundo.

No es que los chinos sean mejores que los europeos, o los europeos mejor que los árabes. Simplemente son culturas diferentes, con costumbres diferentes.

Algunos filósofos, como Nicolás de Cusa, o el mismo Spinoza, estaban preocupadas de que no sólo las personas se amaran entre sí, sino también de que los pueblos se respetaran unos a otros.

Quizá si los sacerdotes españoles y los sabios mayas, los rabinos judíos y los derviches persas, los filósofos estadounidenses y los sabios japoneses se sentaran a conversar, a compartir una rica comida y a disfrutar juntos del atardecer, pensarían más en las cosas que los unen, que en el color de su piel y en aquellas cosas que los separan y hacen que se peleen.

En Europa se desarrolló la filosofía, pero eso no quiere decir que los sabios y los pensadores de otros pueblos y otras culturas no vieran el cielo estrellado, el profundo mar y respiraran el aire fresco de la mañana; ni que no sintieran en su corazón todas las maravillas y todos los misterios que les regalan la naturaleza y la vida. Sin embargo esos pensamientos han quedado plasmados en otra parte de la historia de las preguntas *¿por qué?*, que ahora no podemos disfrutar.

La historia de las preguntas ¿Por Qué?
se terminó de imprimir en
junio del año 2001.

La historia de las preguntas ¿Por Qué? es un libro que invita a los niños (y a sus papás) a compartir y a disfrutar de un ameno recorrido a través de la historia de la filosofía.

Así, la filosofía misma, que es amor a la sabiduría y amor a la vida, seguramente podrá preservarse y crecer, pues el corazón de los niños -siempre presto a preguntar- será su fiel guardián y la tierra fértil en la que ésta florecerá y brindará sus maravillosos frutos.

La historia de las preguntas ¿Por Qué? quiere encontrar en los niños grandes filósofos, capaces de preguntarse por la forma y los colores de su propio mundo (y de otros mundos) o, lo que es lo mismo, por los colores y los brillantes arcoiris de su propio corazón.

